

**VOCES ESCONDIDAS: Traducción de Dos Cuentos de Escritoras Pertenecientes a  
Minorías Étnicas y Culturales Estadounidenses**

**Presentado por**

**ELIANA ZULAY TORRES PÉREZ**

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA**

**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

**ESCUELA DE IDIOMAS**

**LICENCIATURA EN IDIOMAS MODERNOS**

**TUNJA**

**2019**

**VOCES ESCONDIDAS: Traducción de Dos Cuentos de Escritoras Pertenecientes a  
Minorías Étnicas y Culturales Estadounidenses**

**Presentado por**

**ELIANA ZULAY TORRES PÉREZ**

**Directores**

**MG. JULIANA BORRERO ECHEVERRÍA**

**PhD. WITTON BECERRA**

**PROYECTO DE GRADO**

**En la modalidad de participación en el grupo de investigación**

**SENDEROS DEL LENGUAJE**

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA**

**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

**ESCUELA DE IDIOMAS**

**LICENCIATURA EN IDIOMAS MODERNOS**

**TUNJA**

**2019**

**TABLA DE CONTENIDO**

	<b>Pág.</b>
<b>Introducción .....</b>	<b>6</b>
<b>1. Fundamentos teóricos.....</b>	<b>12</b>
1.1. Teoría de la Traducción.....	12
1.2. Perspectiva de Género y Cultura.....	16
1.3. Autobiografía .....	20
1.4. Oralidad.....	21
<b>2. Prólogo de los Cuentos .....</b>	<b>24</b>
2.1. Sobre las autoras y sus culturas.....	25
2.2. El proceso de traducción .....	30
<b>Implicaciones Pedagógicas .....</b>	<b>42</b>
<b>Conclusiones .....</b>	<b>44</b>
<b>Referencias.....</b>	<b>46</b>
<b>Anexos</b>	
White Tigers	
Los Tigres Blancos	
Yellow Woman	
Mujer Amarilla	

### Dedicatoria

Dedico este trabajo de grado a mi amada familia; a mi madre, la mujer que me enseñó a nunca dejar de luchar y soñar por lo que quiero alcanzar, a mi hermano, mi padre; ellos tres son mi motor y mi fuerza, gracias por inspirarme a ser lo que soy y creer en mí en los momentos en los que ni yo misma lo hacía, este logro también es de ustedes. Gracias al universo y al cosmos por permitirme hoy ponerle punto final a un proceso que tomó varios años; por forjarme de esta forma y permitirme llegar hasta donde siempre he querido.

«La traducción de estos cuentos y su prólogo son el fruto final de la terquedad y la perseverancia de la traductora; siendo ellos también sobrevivientes a diferentes adversidades durante varios años. Mientras fueron llevados a cabo, transitaron, visitaron y vivieron en varias partes del mundo».

### Agradecimientos

Gracias eternas a la profesora Juliana Borrero: por su guía, por creer en mí; por continuar apoyándome pese a las adversidades que se presentaron en el desarrollo de este trabajo de grado; por acollitar mi terquedad sin importar la distancia, por respaldarme, por cada una de sus críticas y consejos. Al profesor Witton Becerra, gracias por ser una pieza fundamental para la culminación de esta etapa.

Agradezco también a cada una de las personas que ha acompañado este proceso, los que con palabras, abrazos o mensajes me brindaron las fuerzas para seguir y su aliento en las peores crisis: a mi familia; mis tías y tíos, primas y primos. A mis colegas, amigos y cómplices en todas partes del mundo; ¡a ustedes, gracias por resistir! También a todas las mujeres que han dejado huella en mi vida, ustedes me inspiran a seguir hablando de lo femenino desde su esencia.

Por último, gratitud infinita a todos quienes durante mi estadía en Holanda creyeron en mí y en este proyecto, me animaron para no desfallecer y continúan acompañándome pese a la distancia. Hartelijk dank dat jullie in mij geloven. En veel dank voor het feit dat jullie mij hebben geholpen om de wereld en Nederland op een andere manier te begrijpen en te beleven. Ik koester elk moment dat ik bij jullie kon zijn. Ik voelde mij familielid, vriendin en maatje. Jullie zijn voor mij een fantastisch en onverwacht cadeau in mijn leven. Ik draag jullie in mijn hart. Because of you all, the story of my life has been written in a completely different way.

## Introducción

Al ser mujer, nacida en la última década del siglo XX e influenciada propiamente por hechos históricos directamente relacionados con luchas y reivindicaciones femeninas, surge el afán de indagar más acerca de lo que la mujer representa y cómo la visión del mundo es concebida desde otros ojos, otras mujeres, otras culturas. De la curiosidad de buscar en ellas una forma de personificarse, surge el deseo de servirle de portavoz a las palabras de otras mujeres que han desarrollado un pensamiento propio sin mucho reconocimiento. Así se unifican dos grandes de mis pasiones; tomo como bandera lo literario y la reflexión crítica que esto permite acerca de la mujer y las culturas, así como el impacto de esta en diferentes entornos y contextos a través del uso de la traducción como herramienta para hacer eco de estas para que sus mensajes lleguen hasta donde no han alcanzado.

Es por esto que surge la idea de llevar a cabo el trabajo de investigación «Voces Escondidas: Traducción de dos cuentos de escritoras pertenecientes a minorías étnicas y culturales estadounidenses», en el cual se desarrolla la traducción de dos cuentos que se basan en narraciones culturales autóctonas, escritos por dos autoras norteamericanas de diferente ascendencia; la primera, la indígena de la etnia Laguna Pueblo, Leslie Marmon Silko y la segunda es, de familia china, Maxine Hong Kingston. Ambas autoras empezaron a desarrollar sus trabajos literarios desde los años 60 y 70 y se encuentran enmarcadas dentro del género autobiográfico norteamericano tanto en cuento, novela como en poesía. Para traducir los cuentos de estas autoras, surgieron varios cuestionamientos que se logran unificar en el siguiente: ¿Qué implicaciones tiene traducir dos cuentos escritos por mujeres angloparlantes que reivindican dos

tradiciones culturales, indígena norteamericana y china, con poco reconocimiento a la luz del mundo contemporáneo?

Para dar respuesta a este interrogante, se planteó como objetivo general realizar la traducción de dos cuentos escritos por mujeres anglohablantes, el primero por cuenta de la estadounidense de origen chino Maxine Hong Kingston y su texto *White Tigers*, y el segundo la narración *Yellow Woman*, de la autora indígena norteamericana Leslie Marmon Silko, para luego reflexionar sobre el proceso de traducción de los mismos. Los pasos a seguir para cumplir este objetivo fueron, primero, estudiar los cuentos y reflexionar acerca de los valores estéticos y culturales de cada uno de ellos así como de sus autoras; seguidamente se generó una metodología de traducción específica para los cuentos, teniendo en cuenta sus particularidades literarias y culturales; posteriormente, se llevó a cabo la traducción de los cuentos y la revisión de las respectivas traducciones. Posterior a ello, se inició la escritura de un prólogo que presenta los cuentos al público latinoamericano, discutiendo en él el valor estético y cultural de ambos textos, la metodología empleada y las implicaciones de traducirlos; por último, se desarrolla la reflexión acerca de las implicaciones pedagógicas que este proyecto posee y el uso de estas autoras dentro del aula de lengua castellana e inglés.

En este sentido, este trabajo de grado está constituido por tres grandes capítulos. El primero de ellos acerca a los lectores a cuatro fundamentos teóricos elementales previos a conocer a las autoras y comprender su narrativa. Los conceptos allí tratados son oralidad, género y cultura, autobiografía, y teoría de la traducción. La segunda sección es un prólogo en el que se presenta al público, en primera instancia, una breve caracterización de quiénes son Maxine Hong

Kingston y Leslie Marmon Silko al igual que sus orígenes; además se abordan las principales peculiaridades de su obra, así como la caracterización del contexto en el que esta surge. En seguida se describe cómo se dio el proceso de traducción y cuál fue la metodología empleada para ambos cuentos acorde a las particularidades de los mismos; y para cerrar el segundo capítulo, se exponen una serie de retos a los que como traductora tuve que enfrentarme al momento de traducir los relatos, incluyendo una reflexión crítica de cómo se dio solución a ellos. El último apartado de este documento lo compone las versiones originales de los cuentos en inglés y sus respectivas traducciones al español.

El proceso de traducción aporta a que, como licenciada en Idiomas Modernos, adquiera la capacidad de establecer un criterio multicultural basado desde la inmersión en el contexto propio, para acercarme a la cultura norteamericana de dos maneras diferentes; la primera desde la vista de una inmigrante china y la otra desde una indígena norteamericana. Al traducir textos de este tipo, los cuales pueden leerse en el aula de clase, se insta a reflexionar sobre la propia identidad y diversidad cultural frente a otras comunidades, abriéndose a diferentes maneras estéticas y críticas para valorarla ya que mantiene presente la multiculturalidad que Colombia posee. Es así como la traducción se convierte en una aliada del maestro en la adquisición y fortalecimiento de la competencia intercultural.

Además, la traducción de textos literarios como estos apoya la inmersión y estudio intercultural que el programa de Idiomas Modernos lidera, enlazando saberes propios con concepciones culturales, literarias e históricas diferentes. Es por ello que el presente trabajo de grado se adscribe a la línea de investigación «Pedagogía de las ciencias del lenguaje» y a la sub



línea «Investigación literaria en lengua materna y extranjera, con implicaciones pedagógicas» de la Escuela de Idiomas, siendo también parte de la modalidad «Participación en el grupo de investigación» Senderos del Lenguaje.

Como antecedentes a esta investigación, en la Escuela de Idiomas se han llevado a cabo cinco trabajos de grado que de igual forma tuvieron como propósito fundamental desarrollar traducciones de textos de diversa índole, varios de ellos también se han adscrito bajo esta modalidad de trabajo de grado. Los más recientes son: *Implicaciones de la traducción especializada de textos académicos: traducción y análisis de cuatro artículos académicos de lingüística*, desarrollada por Jennifer Vanessa Díaz Leal y Darwin Rafael Medina Fonseca del programa de Licenciatura en Lenguas Extranjeras (2014) en el que presentan traducciones académicas y discuten los desafíos de su traducción; el segundo es *Entre dos lenguas y una palabra: Traducciones de escrituras femeninas*, de Gloria Inés González y Deicy Pérez Rivera (2011), una antología que refiere a cómo es traducir textos femeninos, incluyendo una reflexión y reconceptualización del lenguaje, fue la continuación de traducciones realizadas en Idiomas Modernos y la Maestría en Literatura; y por último *El rugido de la naturaleza: Presentación, selección, y traducción de la literatura ecofeminista de Susan Griffin*, por Jenny Marlen Camargo Camargo y Angela María Avella López (2015), egresadas del programa de Licenciatura en Idiomas Modernos, que exaltan el acercamiento a diferentes matices estéticos en la traducción feminista, donde la crítica es uno de los principales componentes y exigió alto desempeño de sus habilidades cognitivas, sensitivas y espirituales en su rol como traductoras.

Este trabajo de grado es de tipo cualitativo ya que tiene como resultado la traducción de dos cuentos de las autoras estadounidenses Maxine Hong Kingston, *White Tigers*, y Leslie Marmon Silko, *Yellow Woman*, los cuales han sido previamente seleccionados. También se realizó la escritura de un prólogo que presenta al público la calidad literaria de los mismos, reflexionando sobre el método de la traducción.

Los pasos a seguir para la elaboración de esta investigación fueron los siguientes:

- Estudio minucioso de los cuentos y sus particularidades.
- Reflexión de los valores estéticos, literarios y culturales de cada texto.
- Análisis y contextualización de las autoras.
- Diseño de la metodología de traducción para los cuentos.
- Traducción de los cuentos.\*
- Revisión y corrección de las traducciones.
- Escritura de un prólogo introductorio para presentar los cuentos al público, reflexión sobre la metodología de la traducción y sus implicaciones.
- Desarrollo de las implicaciones pedagógicas del proyecto en el aula de lengua castellana e inglés.

\* Este punto se desarrolla bajo los siguientes cinco pasos, estudiados durante la asignatura “Taller: fundamentos de la traducción” con la profesora Juliana Borrero, el cual se adaptó teniendo en cuenta las características específicas de los cuentos.

- 1) Lectura profunda: el traductor hace una lectura concienzuda del texto a traducir, analizando componentes lexicales y gramaticales.
- 2) Traducción literal: surge un primer borrador del texto a traducir basado meramente en su precisión lingüística desde la lengua original.
- 3) Sinonimia: se tiene en cuenta la lengua meta para encontrar las equivalencias adecuadas de la lengua origen posterior a la literalidad.
- 4) Corrección de problemas específicos: forma, ritmo, entre otros.
- 5) El tiempo de cajón: se toma una pausa prudente para distanciarse del texto y poder continuar con el siguiente paso.
- 6) Decisiones finales: se seleccionan las mejores opciones de sinonimia, soluciones a problemas específicos y se lee en voz alta ante un escucha externo para garantizar la sonoridad y comprensión.

Este proceso se lleva a cabo cuantas veces se considere necesario para que la traducción quede lo más apropiada posible. Para este caso, fue tres veces por cada cuento.

## **1. Fundamentos teóricos**

Para dar solución al problema planteado en este trabajo de grado, es necesario tener en cuenta los siguientes conceptos que son transversales en ambos cuentos. Previamente a la traducción, se requiere retomar aspectos relevantes de la teoría de la traducción para posteriormente dar solución a las dificultades encontradas. Igualmente, el componente de género y cultura es pertinente dadas las características contextuales de las narraciones y el origen étnico de las autoras. Asimismo, se hace énfasis en autobiografía y oralidad debido a que las escritoras no solo presentan al lector sus vidas, sino que también propenden en preservar las tradiciones orales dentro de sus comunidades.

### **1.1. Teoría de la Traducción**

Así como Octavio Paz (2003) lo afirma, «aprender a hablar es aprender a traducir; cuando el niño pregunta a su madre por el significado de esta o aquella palabra, lo que realmente pide es que traduzca a su lenguaje el término desconocido». La traducción es inherente al desarrollo y crecimiento de los seres humanos; este es un componente primordial que se manifiesta a lo largo de la vida de cada individuo desde que empieza a dar inicio a su crecimiento.

El acto de traducir está constituido por elementos que exaltan la sustancia misma del texto; se centra en mantener vigente el mensaje que el autor plantea sin desconocer las implicaciones propias que aparecen entre el paso de una lengua a otra. «Los mejores traductores no pasan años

memorizando conjuntos de significados vinculados, ellos tienen una increíble sensibilidad atenta al significado de expresiones correspondientes en dos o más idiomas.» (Nida, 2006, p.11)<sup>1</sup>.

Definir la labor del traductor meramente en pasar palabras de un idioma a otro no es más que malentender su quehacer. El traductor es ese amplificador que el texto requiere para que su eco llegue a más lugares, más lectores y comunidades; transmuta sus pensamientos y sensaciones en los del autor y deja de lado las subjetividades de sí mismo, se encarga de personificar a otro; en otras palabras, como Spivak (1993) lo define, una de las seducciones de la traducción «es la simple mímica de la responsabilidad para trazar al otro en el ser»<sup>2</sup>; y es esa la labor del traductor, dejar rastro en otros individuos al emplear su voz como la del autor. Es por ello que Octavio Paz menciona que gracias a la traducción no solo se denotan las diferencias entre una lengua y otra, sino también se exalta la variedad de pensamientos y discernimientos que cada cultura posee (2003). El traducir exige al traductor sumergirse e indagar más en el cuándo y dónde el texto tiene su origen para así comprender sus más diminutas peculiaridades estéticas, lingüísticas, históricas y culturales. Esto se evidencia durante la traducción de los cuentos de Maxine Hong Kingston y Leslie Marmon Silko; en ambos relatos, las autoras exponen al lector constantemente al bagaje cultural propio de su narrativa, lo que supone para la traductora la necesidad, que a su vez es un desafío, de sumergirse e indagar más sobre las culturas china, estadounidense e indígena norteamericana de la comunidad Laguna Pueblo. Ahí está la complejidad, debido a que en el mundo hay múltiples comunicaciones y se requieren teorías de traducción que contribuyan al entendimiento cultural y lingüístico del mundo (Nida, 2006, p.14). Traducir es ponerse en los

---

<sup>1</sup> Traducción de la autora. “The best translators do not spend years memorizing sets of related meanings, but they have incredibly alert sensitivity to the meanings of corresponding expressions in two or more languages.”

<sup>2</sup> Traducción de la autora. “It is the simple miming of the responsibility to trace of the other in the self”.

zapatos de otro, es transportarse a otro ser y sus particularidades culturales y centrarse en ellos, ser un bicéfalo con los mismos ojos, con los mismos pensamientos.

Tal como lo conceptualiza George Steiner en *El desplazamiento hermenéutico* (2004), el proceso de traducción se constituye en cuatro etapas para alcanzar su objetivo. La primera de ellas es la *confianza inicial*, en la cual el traductor se conecta indistintamente con el texto, crea interacción entre ambas partes; se plantea el escrito como un todo previo a realizar equivalencias, preparándose para esclarecerlo y darle una completa significación. Esta primera vinculación nos recuerda que el primer paso es el conocimiento profundo del texto a través de la lectura, tal como lo menciona Spivak (1993) «la traducción es el acto más íntimo de la lectura»<sup>3</sup> (p.180).

Posteriormente la etapa planteada es la *agresión*, en la cual «el traductor incursiona, extrae y luego “trae a casa”» (Steiner, 2004, p.305) de la lengua origen a la lengua meta. En este paso, la traductora debe ceder ella misma ante la retórica lingüística del texto original (Spivak, 1993). Allí se alcanza una versión inicial, literal, que es imprecisa y ruda, en tanto que no captura las sutilezas del texto; no obstante, esta es una etapa indispensable en el proceso de traducción y sirve de apertura a un tercer paso necesario.

La tercera etapa se denomina *incorporación*. Teniendo en cuenta la significación y forma que posee el texto, el traductor se esfuerza por buscar palabras más cercanas a la propuesta estética del autor, léxico que acerque más el texto a su nuevo público, exponiéndose a transformarlo involuntariamente. Los riesgos a los que se enfrenta el traductor son: la domesticación, en la cual el traductor se enfoca demasiado en el nuevo lector y hace que el texto

---

<sup>3</sup> Traducción de la autora. “Translation is the most intimate act of reading”.

pierda su particularidad estética y cultural; y la extranjerización, en la que el traductor se enfoca tanto en la particularidad del texto original que el público al leerlo se siente ante un texto extranjero que no tiene herramientas para comprender. Debido a estos dos riesgos, se da paso la cuarta etapa.

La compensación final del texto a traducir, o búsqueda de la *paridad restaurada*, definen la cuarta y última etapa que Steiner (2004) propone. Tal como él lo menciona, «la actualización de la reciprocidad que restaura el equilibrio, es el meollo del oficio de la traducción y su moral» (p.306). Aquí el traductor se inclina hacia el texto que traduce; trae elementos de la lengua origen y compensa la traducción al usar componentes de la lengua meta. Ya que este paso se centra en contrarrestar la pérdida y generar la ganancia que se da al traducir, un miedo que surge es no dar un cuerpo apropiado a la traducción, sentirla incongruente. Es el momento en el que se revisa minuciosamente los detalles gramaticales y lexicales para que entre en sintonía con el idioma objetivo traducido.

Para definir la ruta de todo proceso de traducción, Eugene Nida (1964), citado por Díaz y Medina (2014), propone dos conceptos elementales para tener en cuenta: *equivalencia formal* y *equivalencia dinámica*. En la equivalencia formal, el autor pretende reproducir el texto origen de la manera más fiel; mientras que la equivalencia dinámica busca que la relación y efecto del texto origen y sus lectores sea semejante a la del texto meta y sus respectivos lectores (Ibid. 2014). Tomando como base ambos conceptos, para la traducción de los cuentos *Yellow Woman* y *White Tigers* la equivalencia dinámica sobresalió a lo largo de todo el proceso, debido a la importancia de mantener vivas cada una de las emociones y sensaciones que las autoras suscitan

en la lengua origen de los textos. «Traducir es muy difícil, no menos difícil que escribir textos más o menos originales -, pero no es imposible.» (Paz, 2003)

## **1.2.Perspectiva de Género y Cultura**

Ambas autoras, Maxine Hong Kingston y Leslie Marmon Silko, tratan dentro de su narrativa el empoderamiento femenino conceptualizado desde una visión cultural, de esta forma transmiten una perspectiva feminista. Tal como Nuria Varela (2008), mencionando a Sau (2000), las feministas se han centrado tanto en su quehacer que no se han preocupado en definir el feminismo. Sin embargo, Varela (2008) sostiene que:

El feminismo es un discurso político que se basa en la justicia. El feminismo es una teoría y práctica política articulada por mujeres que tras analizar la realidad en la que viven toman conciencia de las discriminaciones que sufren por la única razón de ser mujeres y deciden organizarse para acabar con ellas, para cambiar la sociedad. Partiendo de esa realidad, el feminismo se articula como filosofía política y, al mismo tiempo, como movimiento social. (p.10)

Se puede observar que las protagonistas de los cuentos traducidos de Marmon Silko y Hong Kingston toman conciencia de su quehacer dentro de sus entornos sociales y culturales correspondientes, buscando empoderarse al cambiar la perspectiva frente al rol que poseen y replanteándolo constantemente. Es debido a esto que la literatura feminista se convierte en un arma fundamental, como Audre Lorde (2007) lo expresa, dado a que utiliza la narrativa como un medio para que las mujeres transmiten su esencia al igual que la lucha por su identidad.



Podemos prepararnos a nosotras mismas para apreciar nuestras emociones y trasladarlas hacia un idioma para poder ser compartidas. Y donde ese idioma aún no existe, es nuestra poesía la que ayuda a crearlo. La poesía no es solo un sueño y una visión; es la estructura arquitectónica de nuestras vidas.<sup>4</sup> (Lorde, 2007, p.37-38)

La escritura femenina constituye un proceso emancipador desde lo más interno, se concibe como el punto inicial para iniciar procesos reivindicatorios; igualmente es develar, por medio de la palabra, las particularidades de las experiencias de la feminidad que históricamente han sido invisibilizadas. Así mismo es el rol que la traducción tiene cabida en el feminismo: «la tarea de la traductora feminista es considerar al lenguaje como una pista para el funcionamiento de la agencia ligada al género»<sup>5</sup> (Spivak, 1993, p.179). El papel de la traductora feminista es garantizar que el mensaje de la autora sea compartido; sin incidir en sus voces y silencios, evitando que su discurso quede minimizado.

Para estas autoras el empoderamiento femenino no se aísla de la situación cultural. Según la teórica Kimberlé Williams Crenshaw, la interseccionalidad se define desde la raza y el género, pero va más allá de ambos; incluye diversos factores biológicos, culturales y sociales. Este término también hace alusión a otra serie de identidades como la etnia, clase social, origen, etc., al igual que sus formas de dominación, discriminación u opresión (Crenshaw, 1994).

---

<sup>4</sup> Traducción de la autora. “We can train ourselves to respect our feelings and to transpose them into a language so they can be shared. And where that language does not yet exists, it is our poetry which helps to fashion it. Poetry is not only dream and vision; it is the skeleton architecture of our lives.”

<sup>5</sup> Traducción de la autora. “The task of the feminist translator is to consider language as a clue to the workings of gendered agency.”

La interseccionalidad brinda herramientas a las reivindicaciones feministas en circunstancias puntuales. Hong Kingston, tanto desde su familia de origen chino como las influencias culturales estadounidenses; y Marmon Silko, de la cosmovisión propia de su comunidad Laguna Pueblo y del fruto de su inmersión en la sociedad de los Estados Unidos, manifiestan claramente la interseccionalidad; su identidad surge del desgarramiento que se genera no solo por su posición de género, sino por ser mujeres de clase trabajadora que pertenecen y conviven en la frontera de dos culturas, con el afán de mantener ambos legados y sobrellevar sus implicaciones.

Gloria Anzaldúa propone la imagen de la *Nepantla* como una manera poética de descubrir esa identidad que tiene como base el (des)encuentro de culturas, así como la experiencia de ser mujeres. La *Nepantla*, un lugar por el que todas las mujeres hemos transitado al crecer en una cultura patriarcal, desde donde nos hemos visto obligadas a manifestarnos, darnos a conocer, rebelarnos. La Frontera, como Anzaldúa lo menciona dentro de su trabajo, significa el haber crecido en una dicotomía cultural, en su caso particular la mexicana y estadounidense. Esta hace alusión a un territorio físico pero va más allá; se refiere así a todos los territorios fronterizos en los que oscila la identidad latinoamericana, donde no habitamos un lugar fijo sino la una ambigüedad donde no estamos ni aquí ni allá: territorios sexuales (entre lo masculino y femenino), psíquicos (entre el sueño y la vigilia, la magia y la realidad verificable), espirituales (entre el mito y la religión, las creencias ancestrales y la religión que nos fue impuesta) además de clase social, raza y cultura (Anzaldúa, 2016). El estado de *Nepantla* es el estado natural de la experiencia de ser *mestiza*. Para Anzaldúa, ser *mestiza* es:

...un estado constante de nepantlismo mental, una palabra azteca que significa «desgarrada entre opciones», *la mestiza* es un producto de la transferencia de los valores

culturales y espirituales de un grupo a otro. Es tricultural, monolingüe, bilingüe o multilingüe, habla un *patois*, y se halla en un estado de perpetua transición, la mestiza se enfrenta al dilema de la raza mezclada: ¿a qué colectividad escucha la hija de una madre de piel oscura? (Anzaldúa, 2016, p.134)

Para Anzaldúa, la mestiza no se define exclusivamente por una mezcla de razas, también la aborda desde lo lingüístico hasta la cultural; son los rasgos propios de cualquier mujer perteneciente a una cultura no-blanca del mundo, todas en algún punto nos encontramos en *Nepantla* y *La Frontera*. Estos lugares oscuros, inestables, complejos, plantean lugares interesantes y poéticos para mirar el mundo, y desafiar la mirada dominante que limita las identidades y las posibilidades de los seres humanos. Tal como Hong Kingston lo expresa, «cuando eres una persona que viene de un entorno multicultural solo significa que tienes más información viniendo del universo»<sup>6</sup> (Chin 1989-1990 en Chen, 1995, p.7).

La traducción de textos feministas, como Camargo y López (2015) lo sostienen, es una experiencia para las traductoras dado a liberación del lenguaje desde sus propias visiones, pensamientos y memorias de lo que ocurre con la mujer. Pero no es solo esto, la traductora feminista también debe confrontar la idea de que también la lengua origen puede ser reaccionaria, puede oponer resistencia a la lengua meta al momento de ser traducida (Spivak, 1993, p.188).

---

<sup>6</sup> Traducción de la autora. “When you are a person who comes from a multicultural background it just means that you have more information coming from the universe.”

### 1.3. Autobiografía

El DRAE<sup>7</sup> define autobiografía como: «vida de una persona escrita por ella misma». Sin embargo, Philippe Lejeune la describe como un «relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad» (1994, p.50). Asimismo, señala la existencia de cuatro elementos propios de la autobiografía en las siguientes categorías:

1. Forma del lenguaje: a) Narración; b) En prosa.
2. Tema tratado: vida individual, historia de una personalidad.
3. Situación del autor: identidad del autor (cuyo nombre reenvía a una persona real) y del narrador.
4. Posición del narrador: a) Identidad del narrador y del personaje principal; b) Perspectiva retrospectiva de la narración. (Ibid. p.51)

No obstante, Leslie Marmon Silko rompe con este esquema tradicional al incorporar elementos ficcionales para tejer su propia historia (Carsten, 2006). Maxine Hong Kingston también usa el mismo procedimiento en tanto que introduce la leyenda de Fa Mulán para recomponer su historia personal. Cabe exaltar que ambas autoras usan la ficción para construir su autobiografía debido a la importancia que esta posee dentro de sus culturas y la influencia que ha tenido en ellas la tradición oral.

Ambas autoras iniciaron su trabajo literario entre finales de los 60 al inicio de los 80, un momento en que las reivindicaciones feministas iniciaban y la apropiación de la literatura como herramienta de denuncia se empleaba constantemente. Tal como lo menciona Linda Anderson,

---

<sup>7</sup> Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española

«la autobiografía ha sido uno de los lugares más importantes para el debate feminista precisamente porque demuestra que hay muchas maneras diferentes de escribir al sujeto» (2011, p.82)<sup>8</sup>, y en la narrativa de ambas, esto también ha contribuido a exponer su legado histórico y cultural. Anderson también declara que la idea de autobiografía puede manifestarse en un ‘texto del oprimido’<sup>9</sup> al articular las experiencias y la representación en un sector marginalizado que se convierte en herramienta para denunciar la opresión y generar empoderamiento de la inscripción y reconocimiento cultural del autor (2011, p. 97).

Así, hablar de autobiografía es hablar del ‘yo’, desde todos los elementos de su manifestación con todas las fracturas y reconstrucciones que dividen al cuerpo, tal como Borrero (2005) lo señala, pueden ser de «cuerpo y mente, deseo y logos, tierra y progreso, identidad y diferencia, ciencia y arte, poesía y pensamiento»<sup>10</sup>, todos los componentes del ser. La autobiografía es un modo de escribirse y reescribirse con base a lo vivido y aprendido; esta escritura se concibe como un arma de emancipación y empoderamiento, iniciando por el ‘yo’ y continuando con el entorno.

#### **1.4.Oralidad**

La oralidad es un componente esencial dentro de los cuentos por traducir de las dos autoras. En ambas culturas, la oralidad es un elemento primordial y ellas se encargan de exaltarla a lo largo de su obra. Domínguez (2011) señala que dentro de las culturas la tradición oral, y sus

---

<sup>8</sup> Traducción de la autora. “Autobiography has been one of the most important sites of feminism debate precisely because it demonstrates that there are many different ways of writing the subject.”

<sup>9</sup> Por ‘textos de oprimidos’ se refiere a todos los sujetos no-blancos, no-ricos, no-europeos, no-heterosexuales, no-patriarcales, etc.

<sup>10</sup> Traducción de la autora. “Body and mind, desire and logos, land and progress, identity and difference, science and art, poetry and thinking”

expresiones, no puede ser desarmada ya que las maneras de enunciar experiencias con palabras se traducen en recuerdos vivientes. Su importancia está en la vigencia que posee; es también una forma de preservación cultural y transmisión de conocimientos ancestrales y experiencias. Una característica importante de la narración oral es que se adecúe a las circunstancias donde esta se da, tal como lo exalta Ong:

La originalidad narrativa en las culturas orales no radica en inventar historias nuevas, sino en lograr una reciprocidad particular con este público en este momento; en cada narración, el relato debe introducirse de manera singular en una situación única, pues en las culturas orales debe persuadirse, a menudo enérgicamente, a un público a responder (Ong, 1987, p. 48 en Domínguez, 2011).

Debido a esto, Leslie Marmon Silko sumerge al público en la narración oral al usar diferentes elementos de esta a lo largo de sus textos escritos, tal como Carsten (2006) lo destaca, y esto mismo se evidencia en el trabajo literario de Maxine Hong Kingston. La oralidad está presente en sus historias ya que ambas autoras basan sus textos en relatos contados por sus familias: en el caso de Kingston, en *White Tigers*, es su propia madre quien le cuenta el canto tradicional chino de Fa Mulán, mientras que a la protagonista del texto de Silko, *Yellow Woman*, la historia era narrada por su abuelo.

La influencia que tiene la oralidad en la comunidad Laguna Pueblo hace que Leslie Marmon Silko la destaque y muestre a lo largo de su obra ya que la narrativa oral, o también llamadas historias de tradición oral, han sido un medio efectivo para que las creencias y conocimientos de Pueblo se mantengan a través de generaciones, siendo un modo de mantener la historia colectiva

de la comunidad (Silko, 1997, p.3). Es importante exaltar que la tradición oral hace parte de una cosmovisión y quehacer comunal en los indígenas norteamericanos, compone un complejo modo de vida para ellos tal como Walker (1981) lo manifiesta:

Desde que un indio norteamericano nace, la tradición oral proporciona formación en cultura y creencias de la gente; transmite una idea del ser, parentesco, e identidad tribal; ayuda a establecer una relación cercana con la naturaleza; unifica la historia tribal; explica ambigüedades y fenómenos naturales; y enseña la conservación de los caminos del grupo (Walker, 1981, p.6-7)<sup>11</sup>.

Maxine Hong Kingston se encarga de reescribir su historia teniendo como referente ese canto tradicional, se personifica como su protagonista y reivindica su propia historia. «La narración oral cura las experiencias pasadas de pérdida y separación; también es un medio para reescribir historias de opresión y victimización dentro de parábolas de autoafirmación y empoderamiento individual»<sup>12</sup> (Heung, 1993, p. 607 en Chen, 1995 p.6).

---

<sup>11</sup> Traducción de la autora "From a Native American's birth, the oral tradition provides instruction in the culture and beliefs of the people; transmits a sense of self, kinship, and tribal identity; helps establish a close relationship with nature; unifies tribal history; explains ambiguities and natural phenomena; and teaches maintenance of the ways of the group."

<sup>12</sup> Traducción de la autora. "Storytelling heals past experiences of loss and separation; it is also a medium for rewriting stories of oppression and victimization into parables of self-affirmation and individual empowerment"

## 2. Prólogo de los Cuentos

Para referirse a lo que ha implicado la traducción de los cuentos *Yellow Woman* y *White Tigers*, es indispensable evocar el momento que da inicio a esta aventura. Ser mujer y hacer parte de un entorno académico y social en donde la búsqueda de las reivindicaciones femeninas son una necesidad recurrente, es menester estudiar sus orígenes y su relevancia histórica. En ese momento empiezan a aparecer diferentes nombres de mujeres de todos los colores, todas las culturas y en diferentes idiomas. Ellas han alzado sus voces para expresarle al mundo el inconformismo de la posición en el que las mujeres se encuentran, y, de este modo, usan la literatura como medio para manifestar ante el mundo sus vivencias y reconstrucciones. Con el tiempo, la afinidad de la traductora con los pensamientos de aquellas mujeres es cada vez más contundente, sobre todo a sabiendas que sus voces no son tan reconocidas en Colombia. La idea de hacer eco del mensaje de varias de estas autoras angloparlantes y sus luchas, usando como herramienta un increíble proceso estudiado previamente en la academia: la traducción, cautivó a un grupo de mujeres jóvenes de la Escuela de Idiomas que con el tiempo y debido a diversas circunstancias, quedó reducido a solo una. La traducción de estos cuentos y el presente prólogo son el fruto final de la terquedad y la perseverancia de la traductora; siendo ellos también sobrevivientes a diferentes adversidades durante varios años. Mientras fueron llevados a cabo, transitaron, visitaron y vivieron en varias partes del mundo.

Antes de dar inicio a esta incursión al mundo literario por medio de la traducción, la traductora tuvo que hacer un estudio consiente de quiénes eran las autoras y cuáles son los ejes



centrales de su narrativa. Asimismo, fue indispensable hacer inmersión al entorno cultural al que han pertenecido y en el que las escritoras fundamentan su obra. Es primordial, tal como Eugene Nida (2006) lo exalta, poseer no solo bases lingüísticas sólidas al momento de traducir, sino también un estudio cultural de los cuentos y sus autoras para que la traducción sea más fiel a su versión original en la lengua origen.

Antes de establecer una teoría general de traducción, generalmente será necesario tener un bagaje teórico cultural aceptable, y eso es más difícil que crear una teoría estándar del lenguaje. Los dos, cultura y lenguaje son sistemas simbólicos, pero mientras que el lenguaje solo consta de símbolos verbales, la cultura incluye todo tipo de creencias y prácticas<sup>13</sup>. (2006, p.13)

Es esta la razón principal para dar inicio al presente prólogo. Se vuelve imperante hacer un breve acercamiento a quiénes son las autoras a traducir y sus orígenes, así como cuáles son las características más relevantes de su obra; en especial, aquellas temáticas y peculiaridades narrativas que se encuentran en los cuentos traducidos.

### **2.1.Sobre las autoras y sus culturas**

Leslie Marmon Silko pertenece a la etnia Laguna Pueblo, en el estado de Nuevo México en los Estados Unidos. Es reconocida en su país por visibilizar la tradición oral de su cultura a partir de mediados del siglo XX desde la lírica y la novela, ambas de carácter autobiográfico. Sin embargo, Carsten (2006) exalta que Silko rompe con los parámetros euroamericanos de la

---

<sup>13</sup> Traducción de la autora. "Before establishing a general theory of translating, it will be necessary to have a generally acceptable theory of culture, and such is much more difficult than setting up a standard theory of language. Both culture and language are symbolic systems, but whereas language consists only in verbal symbols, culture includes all kinds of beliefs and practices."

autobiografía, ya que involucra dentro de sus narraciones diferentes elementos del entorno diario, donde tanto la familia como los objetos desempeñan un rol significativo dentro de las narraciones. De igual forma Alfonso Ortiz, (citado por Carsten, 2006), menciona que la cosmovisión de la comunidad Laguna Pueblo se unifica tanto que todos los objetos, animados e inanimados, y que hacen parte importante de su narrativa, tienen su lugar en el cosmos. Su escritura alberga diferentes formas a interpretación, interrelacionando textos escritos y fotográficos, tal como ocurre en *Yellow Woman*, el cual fue uno de los dos textos a traducir. Este fue publicado por primera vez en 1974 como parte de una antología titulada *The Man to Send Rain Clouds: Contemporary Stories by American Indians*.

Para entender la narrativa de Leslie Marmon Silko es necesario el acercamiento y el entendimiento de la tradición oral en Laguna Pueblo, la importancia de su legado por generaciones y también del rol que la mujer posee dentro de esta comunidad. La cosmovisión de su comunidad parte del respeto y aceptación del prójimo, también del entorno natural. De igual forma, al ser la creadora de todo lo terrenal una mujer, no hay estigmas del rol femenino en Laguna Pueblo (Silko, 1997, p.12). *Yellow Woman* también es conocida en esta comunidad como *Kochininako* (Ibid. p.13).

Al dirigirse cerca al río y dejando de lado el estar en su comunidad con su verdadera familia y esposo, una mujer se cruza en su camino con un hombre, Silva, con quien tiene un encuentro sexual. Después de esto ella recibe por parte de él la denominación de ser la «mujer amarilla», personaje tradicional de una leyenda de la comunidad Laguna Pueblo en la cual una mujer es

raptada por el espíritu kachina. Esto evoca en ella recuerdos de su infancia, ya que esta narración llegó a ella por parte de su abuelo.

Este cuento está constituido por cuatro fragmentos, en los que se describe inicialmente el despertar de ella junto a aquel desconocido y posteriormente su regreso a casa, tras dos días después de haber estado con Silva. A lo largo del relato, la mujer se cuestiona constantemente por qué está con ese hombre, mientras que su familia espera por ella en Pueblo. La protagonista busca evidencias todo el tiempo de que está viviendo algo que solo es producto de su imaginación. En *Yellow Woman*, se presencia constantemente la musicalidad propia de la narrativa oral de su autora, lo que hace indispensable su preservación en su versión traducida.

En segundo lugar, la autora seleccionada es Maxine Hong Kingston quien no nació en China, es originaria de California en Estados Unidos, aunque creció rodeada de costumbres y tradiciones chinas debido a que sus padres emigraron desde allí durante los primeros años del siglo XX. La obra de Hong Kingston se centra en describir la vida de una mujer asiática en el entorno estadounidense, exaltando la importancia de mantener sus raíces culturales y caracterizándolo a manera de autobiografía. Tal como lo exalta Chen (1995), la literatura chino-americana escrita por mujeres brinda una manera alternativa de pensar en diferentes asuntos tales como el idioma, subjetividad, voces culturales e identidad étnica, al igual que el género; reivindicaciones que Hong encabeza a lo largo de su obra.

Para Maxine Hong Kingston el hablar y escribir en inglés representa una forma de revelarse en contra de las tradiciones patriarcales chinas, esto la forzó a adoptar lo que se consideraba en

su momento como posturas no chinas y no femeninas frente a su familia y comunidad (Chen, 1995). Por esta razón, el trabajo de Hong Kingston se puede considerar una forma de insumisión, teniendo en cuenta el contexto del cual proviene y los preceptos que derrumba desde allí. En cuanto a esto, Lan (2003) sostiene que «La rendición de Kingston frente al inglés es una “reconstrucción” de la historia china en la cual ella explora la naturaleza de la feminidad china tanto en términos de sus potenciales como de sus limitaciones» (p.230), replanteando el rol de la mujer y cuestionándolo dentro de los entornos chino y estadounidense respectivamente.

*White Tigers*, segundo apartado del libro *The Woman Warrior: Memoirs of a Childhood Between Ghosts* publicado en 1976, es el texto a traducir de Maxine Hong Kingston. Es una narración en la cual Lan (2003) afirma que, retomando a Skenazy (1998) la autora introduce una versión imaginaria de China que ella crea desde su perspectiva personal. Aunque Kingston creció en contexto chino en Estados Unidos, no estaba familiarizada directamente con el país asiático en la época que surge su narrativa; su opinión se centra meramente en la interpretación que da a la correspondencia familiar proveniente de allá y a lo que informaba la prensa en su momento. Este cuento es una reinterpretación del canto tradicional chino Fa Mulán, el cual trata sobre una joven que se viste de hombre para tomar el lugar de su padre anciano para ir a la guerra; el canto llega a su vida por cuenta de su madre al narrarlo durante su infancia, donde Hong Kingston además añade una crítica que proviene del proceso multicultural en el que ha estado inmersa, así como su experiencia como mujer.

Este cuento se divide en tres secciones: en la primera, la protagonista hace una breve introducción fantástica de cómo conoció el relato de Fa Mulán y la importancia que este tiene

para ella. En la segunda sección, la narradora se personifica como la guerrera de ese canto chino y en primera persona describe los años, entre su infancia y juventud, de preparación y entrenamiento para convertirse aquella triunfante espadachina que reemplaza a su padre en la guerra. Asimismo, relata sus experiencias previas y durante el campo de batalla. También cuenta cómo ha sido enfrentarse a sus enemigos sin dejar de lado su feminidad, ya que la tiene que ocultar mientras permanece en la guerra. A lo largo de la tercera parte y en la California de los años 70, la narradora hace la distinción entre la fantasía de haber sido parte de una leyenda y su vida real. En ese punto ella se cuestiona plenamente del su rol femenino en una sociedad como la estadounidense al ser ella una inmigrante «amarilla».

Como se ha mencionado, aunque de diferentes orígenes, a estas autoras las une varios elementos comunes en sus escritos; la manera como disponen de la autobiografía, el uso de la narración y tradición oral dentro de sus escritos, la re contextualización de las leyendas pertenecientes a sus culturas y la reflexión crítica del rol de la mujer frente a ellos. Ambas escritoras poseen un reconocimiento local limitado, dentro de la literatura de minorías culturales estadounidenses –Leslie Marmon Silko aparece reseñada tanto en *The Penguin anthology of 20th century American Poetry* (2011) como en *The Eye of the Deer, an Anthology of Native American Women Writers* (1999) y Maxine Hong Kingston en *Growing up Asian American: An anthology* (1993) además *The Stories that Shape Us, Contemporary Women Write about the West* (1995)–, sin embargo estas autoras no son tan visibles como sí lo son otros autores de orígenes similares y contemporáneos a ellas, como Haruki Murakami en el caso de Hong Kingston y Simon Ortiz en el de Marmon Silko. Igualmente, en la actualidad, fuera de Estados Unidos no poseen mayor visibilidad, solamente en ámbitos académicos de países hispanoparlantes a través de críticas,

reseñas e investigaciones realizadas en inglés tal como lo es el caso de Pérez (2016) y su tesis doctoral “*Stories and storytellers: Native american approach. Leslie Marmon Silko*”. Tampoco se encuentra ninguna traducción de sus escritos al español, así que la traducción de estos textos cumple un propósito fundamental: transmitir el legado cultural, histórico, literario de las autoras al amplificar sus voces y aumentar el espectro de personas al que su narrativa llega.

## **2.2. El proceso de traducción**

Para dar inicio al proceso de traducción, indudablemente se requiere un vasto conocimiento de la lengua origen de traducción que es el inglés, que se ha estudiado previamente a profundidad, tanto como el español; la lengua meta, que es la lengua materna de la traductora. Inicialmente se procede a la escogencia de los textos a traducir entre una serie de autoras de habla inglesa. Se tuvieron en cuenta diferentes narraciones estudiadas con anterioridad en la academia y por cuenta propia de la traductora, además, se optó por cuentos escritos por mujeres norteamericanas sin mucha visibilidad en el contexto latinoamericano. Tras indagar más sobre las autoras escogidas, se tuvo en cuenta que su narrativa se desarrollara bajo la descripción de ellas mismas y su entorno, asimismo, introdujera narraciones orales propias de sus comunidades. Esta selección dio como resultado dos escritoras estadounidenses, quienes también dentro de su obra reivindican la feminidad y luchan por la preservación del legado histórico y cultural dentro y fuera de sus etnias. Las autoras son Leslie Marmon Silko y Maxine Hong Kingston; los cuentos seleccionados son *Yellow Woman* y *White Tigers* respectivamente.

Las etapas recorridas a lo largo del proceso de traducción son desglosadas a continuación. El primer paso fue la lectura profunda de los dos cuentos, en el que se elaboró un glosario del léxico

desconocido o que no se entendía. Durante el mismo, se hizo indispensable indagar más acerca de cada una de las autoras, sus culturas y el contexto que las rodeaba al momento de escribir estas narraciones, como ha sido mencionado anteriormente. Dadas las características de ambos cuentos y para lograr un mejor entendimiento de ambos relatos, se destacó la importancia de realizar un estudio profundo especializado de las características de la comunidad Laguna Pueblo para el caso de *Yellow Woman*, al igual que algunos aspectos relevantes de la cultura china para *White Tigers*. Después de esto, se inicia la traducción literal de cada cuento y esta es el primer borrador de la versión al español. Debido a su extensión, se inicia con el texto de Maxine Hong Kingston y luego por la narración de Leslie Marmon Silko.

Para traducir *White Tigers* y *Yellow Woman*, se dividió cada cuento en fragmentos de una página. En cada una de ellas, a medida que se iniciaba la traducción, se identificaron y subrayaron los principales aspectos culturales que no fueran claros, además del vocabulario que no se entendiera o fuese desconocido. Se tradujeron de una a tres páginas diarias, dependiendo de cuántas dudas hubiese y qué tan rápido se superasen. En este paso la complejidad fue alta debido a que fue un proceso individual, la traductora se cuestionaba constantemente el asertividad de sus decisiones al momento de superar los percances a los que se enfrentaba. El uso de diccionarios digitales y físicos como Linguee, WordReference y Collins Pocket Plus, contribuyeron a despejar la mayoría de las dudas. Sin embargo, cuando estas eran persistentes, la traductora solía utilizar el DRAE y los diccionarios de Oxford en los que se pueden encontrar sinónimos y definiciones a la vez. Linguee fue la herramienta que más proporcionó claridad en el mayor de los casos gracias a la diversidad gramatical que brinda, al igual que el uso de ejemplos que propone.

De este modo se continúa con la presentación de lo que fue y cómo se superaron los retos más recurrentes en el proceso de traducción de los cuentos, la búsqueda de equivalencias a la lengua meta y posteriores a la literalidad. Estos dilemas, dudas y cuestionamientos se condensan en cuatro categorías: semántica, gramática, aspectos de oralidad y cultura. Cada una está compuesta por elementos y características diferentes, sin embargo, se tienen que concebir en conjunto ya que son parte del mismo proceso y se encontraron en ambos textos traducidos.

En los dos cuentos fue observado que la construcción de oraciones en inglés por parte de las autoras marca un sentido coherente propio, mientras que encontrar la expresión más coherente al español posee un alto grado de dificultad. Como se puede evidenciar en este fragmento de *Yellow Woman*: «*All I could know was the way he felt, warm, damp, his body beside me. This is the way it happens in the stories, I was thinking, with no thought beyond the moment she meets the ka'tsina spirit and they go*» (Silko, 2001, p.368). Tanto en la primera oración como en la expresión «*I was thinking*», literalmente en español: «estaba pensando», en la lengua meta no se pudo mantener la estructura gramatical propuesta por la autora debido a la poca coherencia que tiene en la lengua meta. Por esta razón, para la equivalencia de este fragmento al español se decidió por: «Todo lo que pude reconocer fue la forma en la que él se sentía, su cuerpo junto al mío cálido, húmedo. Esta es la forma en la que ocurre en las historias, meditaba, sin pensar más allá del momento en el que ella conoce al espíritu kachina y se van».

Dadas las particularidades estilísticas que determinan a cada autora en sus cuentos, muchos fragmentos tienden a enunciarse más con características de la narrativa oral que de la escrita



(Carsten, 2006), y es deber de la traductora mantener esta armonía pese a su complejidad. Esto supuso un problema al hacer distinción frente a los diálogos que podían mantenerse fieles a su versión en inglés que a los que no. En *Yellow Woman*: « *“Little Yellow Woman,” he said, “you never give up, do you? I have told you who I am. The Navajo people know me, too.”* » (Silko, 200, p.370). Para dar un mejor sentido, la traductora determinó para este caso el «dijo» que refiere a Silva, debe dejarse al final de ambos diálogos para darle conexidad a lo que el personaje está diciendo, quedando así: «“Mujercita Amarilla, nunca te rindes, ¿cierto? Te dije quién soy. Los Navajo también me conocen” dijo.»

En diversos casos, al hacer uso o no de la traducción literal surgía la preocupación de intervenir en la narrativa de las autoras y el modo en el que escribieron su obra. La literalidad en el mayor de los casos funcionaba para cumplir con este fin, aunque no en todos. Al momento de traducir: «*I thought about my family far below me*» (Silko, 2011, p.371), se busca cumplir con lo que la RAE<sup>14</sup> (2012) define como la función semántica composicional del español que «estudia el significado de las construcciones sintácticas» (p.2) es decir, se enfoca desde lo gramatical para que la oración sea comprensible por el lector. En este sentido, el término «*far below me*» no podía significar «muy debajo mío», debido a que en ese momento la protagonista de *Yellow Woman* se encuentra en lo alto de una meseta: por el adverbio «debajo», la protagonista se refiere al valle donde está localizada su comunidad. Por lo anterior, la traductora resolvió emplear la expresión «Pensé en mi familia abajo en el valle» para este caso. Como en esta y otras situaciones, se debió encontrar el orden más pertinente para transmitir el mensaje que la autora buscaba expresar, retomando el concepto de equivalencia dinámica, propuesto por Nida (1964)

---

<sup>14</sup> Real Academia Española.

en Díaz & Medina (2014), el cual enfatiza que el efecto despertado por el texto origen se debe mantener después de la traducción a la lengua meta. Otro ejemplo de esto se encuentra en *White Tigers* con el enunciado: «*I would have said in real life, mad at the Chinese for lying so much*» (Kingston, 1989, p.20). En un inicio para la traductora no fue fácil descifrar lo que la autora quería decir al emplear esta expresión ya que no tenía sentido «enfurecido con los chinos por mentir demasiado». Luego de varias consultas y análisis se pudo deducir que su significado era de carácter cultural ya que los chinos, en especial los niños y jóvenes, deben ser afables con sus mayores así esto les implique mentir. El enunciado en español quedó de esta forma: «En la vida real hubiera respondido. Diablos, los chinos somos tan educados que no somos capaces de decir la verdad».

Otra barrera a superar a lo largo de la traducción de ambos relatos fue la selección de la palabra más conveniente para que el mensaje propuesto inicialmente por las autoras se conservara, tal como Nida (2006) lo afirma: «el significado de una palabra en un contexto en particular podrá depender del uso local»<sup>15</sup> (p.13). En el caso de las expresiones «*nigger*», «*chink*», y «*gook*» en *White Tigers* (Kingston, 1989), son empleadas en los Estados Unidos para referirse de forma despectiva a personas de origen étnico diferente. La traductora optó por traducirlos como «negro», «achinadas» y «amarillas» respectivamente, para que su equivalencia fuera acorde al mensaje que la autora desea transmitir. O, por el contrario, se puede ver la necesidad de conservar el mismo término adaptado a la lengua meta como es el caso en *Yellow Woman* el concepto «*the ka'tsina spirit*» (Silko, 2001), se refiere a uno o varios espíritus propios de la cosmogonía de diferentes comunidades indígenas Pueblo y no se distingue su género. Para

---

<sup>15</sup> Traducción de la autora. “The meaning of such a word in a particular context may depend on a local usage.”

el término *ka'tsina*, al no existir en español, la traductora decide dejarlo como ha sido apropiado en el inglés, «kachina», mientras que *spirit* en español «espíritu» es un nombre masculino y se le otorga este género; por tanto, la expresión queda «el espíritu kachina». En este cuento ocurre lo mismo con los términos *Pueblo*, *Navajo*, *Marquez*, etc. En esta situación, la RAE sostiene que «los nombres propios de una lengua pueden tener correspondencia etimológica con los de otras [...] pero no propiamente traducción» (2012, p.62).

Junto con lo anterior, la traductora se encontró que en ambos cuentos los diálogos entre los personajes, la mayoría de veces terminan con «*she/he said, she/he answered, she/he asked, etc.*» para denotar cuál era la persona que intervenía. El pronombre personal en inglés siempre distingue el género y número, diferente a como ocurre en español; el pretérito perfecto simple en tercera persona singular del verbo «decir», que traduce «dijo». Allí no hace distinción del género que se emplea y para lograr entender los textos se necesita aclararlo, aunque esto muchas veces es redundante en la lengua meta. Para la traductora fue necesario hacer esta diferenciación del género en los pronombres y no exclusivamente en los diálogos. Para el caso de *White Tigers*: «*My mother put a pillow on the floor before the ancestors. "Kneel here," she said. "Now, take off your shirt." [...] "Wherever you go, whatever happens to you, people will know or sacrifice," my mother said. "And you'll never forget either."*» (Kingston, 1989, p. 34). Cuando la oración en inglés incluye nombre, «*my mother said*», se enfatiza el género en la lengua meta «dijo mi madre», mientras que, si solo está el pronombre personal en tercera persona y el verbo, «*she said*». Si solo hay dos voces, en el diálogo, una de primera persona y otra de tercera, con «dijo» basta. Pero si las conversaciones entre personajes hay tres voces o más de ambos géneros, en español se requiere añadir el pronombre personal y en este caso queda «dijo ella» o «ella dijo».

Al no querer transgredir la poética y narrativa de las autoras, al traducir se quiso preservar la tradición oral de *Yellow Woman* porque es el cuento en el que se encuentran más expresiones y sonoridad propia de esta. El exceso de repetición de palabras hace que el texto se sienta redundante, lo que es propio de la oralidad y no ocurre a menudo en la narración escrita. Por ejemplo, el uso de la conjunción «and» en este fragmento: «[...] *and I will be sure that I am not Yellow Woman. Because she is from out of time past and I live now and I've been to a school and there are highways and pickup trucks that Yellow Woman never saw.*» (Silko, 2001, p.369). Aunque la traductora considere muy repetitivo el uso de «y» sin ningún signo de puntuación, no se cambió con ánimo de preservar este tipo de rasgos estilísticos propios de la autora. Por lo tanto, el texto en español quedó de esta manera: «[...]y estaré segura de que no soy la Mujer Amarilla. Porque ella viene del pasado y yo vivo ahora y he ido al colegio y hay autopistas y camionetas que la Mujer Amarilla nunca conoció».

Con el mismo fragmento anterior, también se puede notar la importancia de tener en cuenta el uso de los signos de puntuación en los textos traducidos, para saber si es necesario conservarlos o no. En el último extracto mencionado de *Yellow Woman*, la autora hace uso de ellos, en especial de la coma y/o su omisión para ratificar la oralidad en su narrativa escrita, tal como Carsten (2006) lo indica. En cualquier texto, tanto en inglés como español, podría considerarse escaso o excesivo y puede no tener mayor concordancia posterior a la traducción, como ocurre en el último fragmento descrito en el que usualmente se remplazarían las «y» por comas, sin embargo la traductora las preserva. En *White Tigers*, el uso del punto y seguido y del punto y aparte también caracteriza la escritura de la autora, sin embargo, para dar mayor sentido

a la traducción en español, muchas veces fue imperante su omisión o remplazo de acuerdo con la semántica del fragmento, tal como sucede en: «*I gripped my knees. I released them. Neither tension nor relaxation helped. I wanted to cry.*» (Kingston, 1989, p.35). Acá los punto y seguido no se suprimen, se cambian por comas para preservar la estética del texto original. Esta equivalencia da como resultado: «Me agarré las rodillas, las solté. Ni la tensión ni la relajación ayudaron, quería llorar.».

El uso de la raya, igualmente llamado guion largo, se empleó para destacar alguna información planteada por las protagonistas en ambos cuentos. En español y en inglés este signo hace las veces de paréntesis o coma acorde al contexto. La traductora se inclinó por mantenerlos ya que son un elemento estilístico de las autoras como aquí ocurre en *White Tigers*, «*Snow lay on the the ground, and snow fell in loose gusts –another way the dragon breathes.*» (Kingston, 1989, p.21), en el que se decide dejar los mismos signos de puntuación tal cual como se encuentran en el texto en inglés: «La nieve caía sobre la tierra, y en suaves ráfagas, –otra forma de la respiración del dragón.» También se evidencia en *Yellow Woman*: «... *and there was something ancient and dark –something I could feel in my stomach– in his eyes, and when I glanced at his hand...*» (Silko, 2001, p.373). Aquí se respeta la forma en que la situación es descrita por la autora; siendo así, la traducción al español queda: «...y había algo oscuro y ancestral en sus ojos –algo que podía sentir en mi estómago– y cuando ojeé sus manos...».

En ambos textos originales en inglés fueron encontrados diversos tipos de pleonasmos. Este término, es definido por el DRAE como «empleo en la oración de uno o más vocablos innecesarios para que tenga sentido completo, pero con los cuales se añade expresividad a lo

dicho». Pleonasmos como «*“Yellow Woman, come inside where it’s warm.”*» (Silko, 2011, p.369); en su versión literal quedó traducido como «Mujer Amarilla, ven adentro donde está cálido.», que es redundante en español, así que se la traductora decidió dejarlo como «Mujer Amarilla, entra que aquí está cálido.».

Otro desafío en lo gramatical al momento de traducir fue el apropiamiento de las expresiones difíciles y nuevas que la autora encontró en ambos textos. En este punto se dio un encuentro profundo que la traductora no solo ha tenido con las autoras, sus etnias y narrativa, sino también ha sido un encuentro íntimo con el inglés desde la escritura y la lectura; así como Spivak (1993) lo destaca. El léxico más complejo a traducir en los textos fueron los conocidos phrasal verbs y otro tipo de vocabulario.

Para que la traducción de los cuentos fuese más precisa, como se ha mencionado con anterioridad, fue necesario realizar el estudio de varios aspectos culturales que tienen parte fundamental en ambos cuentos. En primer lugar, para *Yellow Woman* se tuvo que hacer consulta exhaustiva en varios aspectos: geografía (vocabulario relacionado con ríos, valles, mesetas y montañas), flora (diferentes tipos de árboles y arbustos) y fauna (animales de desierto, razas de caballos y léxico que se refiere a ellos) propia de la región donde la historia se desarrolla. Especialmente al referirse a la flora, hubo dificultad al momento de buscar el nombre coloquial de algunos tipos de vegetación al español porque estas en su mayoría son endémicas de América del Norte. La traductora dispuso, primero, buscar los nombres científicos de cada especie para luego, tratar de encontrar un sustantivo coloquial para referirse a ellas: de «Buckbrush», por

ejemplo, su nombre científico es *Ceanothus cuneatus*, el cual es un arbusto fragante, y se optó por dejar «arbustos ceanotos».

De igual manera, para comprender mejor *White Tigers* también fue ineludible acercarse más a tradiciones y creencias populares chinas (la rana de tres patas; el significado del color rojo y varios de ideogramas chinos; tradiciones familiares, tipos de comidas y vestuarios; vocabulario de batallas, peleas, flora, animales de su mitología). «*On New Year's mornings, the old man let me look in his water gourd to see my family. They were eating the biggest meal of the year, and I missed them very much. I had felt loved, love pouring from their fingers when the adults tucked red money in our pockets. My two old people did not give me money, but, each year for fifteen years, a bead.*» (Kingston, 1989, p.30). La cena de año nuevo chino en ese país asiático es una gran costumbre familiar, allí cada integrante lleva para compartir alguna comida y por eso se refieren a este encuentro como «la comida más importante del año». También en ese día, es tradición que antes de la media noche los menores reciban de los mayores algo de dinero en sobres rojos para atraer la buena suerte; a este se le denomina «dinero rojo». Teniendo estos aspectos en consideración y su significación, la traducción del fragmento anterior queda de la siguiente forma: «En las mañanas de año nuevo, el anciano me dejaba observar a mi familia en su calabaza. Estaban comiendo la comida más grande del año, y los extrañaba mucho. Me había sentido amada, amor brotando de sus dedos como cuando los adultos ponían dinero rojo en nuestros bolsillos. Mis dos ancianos no me daban dinero, pero cada año, durante quince años, me dieron una perla.». Para la traductora es importante dar explicación acerca del «dinero rojo» y otros aspectos culturales de este texto, así que incluye algunas notas de pie de página haciendo estas claridades al lector.

Si bien los cuentos toman como fundamentos relatos de eventos pasados, en ambos se evidencia una variable transición entre los tiempos pasados y presentes del inglés. El mantener esta coherencia sintáctica entre los tiempos verbales sin duda fue el reto lingüístico más grande para la traductora. A lo largo de la segunda sección de *White Tigers*, la autora hace uso constante del modal “*would*”, en «*People would say*», cuya equivalencia en español es el condicional simple (la gente diría) y pretérito imperfecto (la gente decía). Para resolver esto, la traductora se dio a libertad de seleccionar cuál era el caso que más se ajustaba al tener en cuenta el contexto de la oración.

Continuando con anterior, en inglés también se emplean verbos regulares e irregulares en pasado simple o pasado participio, que para hacer distinción entre ambas formas de los pasados es más sencillo en los verbos irregulares; estos en español se utilizan en la forma de pretérito imperfecto o pretérito perfecto simple. Como se ejemplifica en este fragmento: «*During all my years on the mountain, I talked to no one except the two old people, buy they seemed to be many people. The whole world lived inside the gourd, the earth a green and blue pearl like the one the dragon plays with*» (Kingston, 1989, p.33). En la primera versión, la traductora interpretó los verbos irregulares *I talked, they seemed, The whole world lived* como *hablé, ellos parecieron, el mundo entero vivió* respectivamente. Después de «el tiempo de cajón» para la segunda traducción ya no tuvo mucho sentido con el resto del texto y por ello se cambió por una conjugación más acorde: «Durante todos mis años en la montaña, no hablé con nadie excepto con los dos ancianos, pero ellos parecían ser muchas personas. El mundo entero vivía dentro de la calabaza, la tierra era una gran perla azul y verde con la que el dragón juega».



Las correcciones específicas de las versiones a la lengua meta de ambos relatos se hicieron individualmente después de varias semanas de ser traducidos por primera vez. Como la profesora Juliana Borrero denomina, se dio un «tiempo de cajón»: un lapso de tiempo para retomar de manera crítica y reflexiva la traducción, evitando sesgarla o parcializarla. En un inicio, la traductora retomaba los fragmentos que hubiesen sido problemáticos y los rectificaba nuevamente, luego se devolvía a leer en voz alta nuevamente las páginas corregidas, revisando y haciendo los ajustes que se consideraran pertinentes siempre considerando no intervenir en la estilística de cada una de las autoras.

Las últimas revisiones de las traducciones se hicieron junto con la directora, bien fuera de manera presencial o por llamada de internet. La traductora leía las versiones de los cuentos en español mientras que la directora escuchaba siguiendo el texto inglés para hacer aclaraciones, recomendaciones y/o correcciones. Se tomaron en cuenta los comentarios de la directora, los cuales en su mayoría fueron por falta de comprensión de algunas las ideas o darlas por sentadas en la primera versión traducida. Según el caso, luego se realizaron más indagaciones o cambios y así poder generar una última versión de los cuentos en español.

### **Implicaciones Pedagógicas**

El proceso de traducción forja un acercamiento más íntimo con los autores de los textos a traducir y sus universos; sus historias y sus culturas; sus obras y contextos. Une diferentes saberes y visiones del mundo para poder ser entendidos; amplifica voces escondidas y ayuda a visibilizar mensajes, sentimientos, pensamientos de mujeres y múltiples comunidades para que puedan tener eco en muchos lugares. La traducción motiva más a indagar sobre todo lo relacionado con los textos a traducir y su quehacer.

Traducir estructura el conocimiento y apropiamiento de las lenguas origen y meta, que para este caso particular son español e inglés respectivamente. Sumerge a lectores, ya sean profesores o estudiantes, en diferentes herramientas lingüísticas y literarias del inglés, consolidando así un mejor entendimiento del funcionamiento y los fundamentos del español. En la traducción se pone a prueba las capacidades discursivas en ambas lenguas y el uso de la competencia estratégica para enunciar ideas de diferentes formas.

Como profesora y traductora, la traducción literaria incentiva a la búsqueda y/o creación de diversas estrategias de lectura para mejorar la comprensión de e interpretación de cualquier tipo de texto, tanto en inglés como en español. Motiva también el poder encontrar nuevos escritos y autores para acercar a los estudiantes a la lectura mediante diferentes idiomas.

La traducción de textos pluriculturales recuerda a estudiantes y docentes la importancia de conocer y comprender mejor otras culturas. De igual forma, genera conciencia de la trascendencia que la competencia intercultural supone poseer en un país multicultural que, por medio de la literatura, puede acercar al aula de clase a diversas comunidades, no solamente extranjeras sino también locales y regionales.

Tal como Spivak (1993) lo recalca, los profesores que traducen autoras angloparlantes, o de diversas culturas, también ponen en contacto a los estudiantes con la escritura de mujeres que tienen diversas cosmovisiones del mundo. Esto da paso al desarrollo de la competencia intercultural, comunicativa y sociolingüística dentro del aula de español e inglés.

La lectura de traducciones en el aula de clase fomenta el aprendizaje de diferentes idiomas, y esto, a su vez, brinda las herramientas para que diferentes escritos literarios y autobiográficos estimulen la capacidad lectora y escritora. Así como Borrero (2005) lo menciona: «un propósito de la autobiografía en la pedagogía es mostrar la diversidad y pluralismo que existe, donde miles de historias pueden ser relatadas y escuchadas». Pero no solo se conocen nuevas historias, también se conocen más autoras sin olvidar a los escritores habituales, y de igual forma se aborden temáticas diferentes a las tradicionales, tal como el género y feminismo.

La traducción de los cuentos *Yellow Woman* y *White Tigers*, permite el acercamiento a la literatura estadounidense escrita por mujeres. Asimismo, este trabajo de grado continúa aportando al precedente investigativo dentro de la Escuela de Idiomas en el campo de la traducción literaria de género, la cual igualmente ha sido desarrollada por mujeres.

## Conclusiones

El llevar a buen término la traducción literaria de los cuentos *Yellow Woman* y *White Tigers*, deriva una serie de consideraciones posteriores por parte de la traductora.

- 1) Al incursionar por primera vez en el campo de la traducción de manera individual, es un reto más dispendioso que al hacerlo en equipo. Esto debido a que muchas veces se requiere una óptica externa para la creación e implementación de la metodología de traducción a los textos, además demanda más tiempo para llevar a cabo todo el proceso.
- 2) La traducción, en este caso literaria, requiere un debido apropiamiento de las diferentes temáticas que los textos abordan ya que allí se encuentran diferentes componentes históricos, culturales, estéticos que deben ser estudiados minuciosamente. Estos suscitan sentimientos que no pueden incidir en la fidelidad de lo que las autoras buscan transmitir al público, no pueden caber subjetividades.
- 3) El proceso de traducción exige asertividad para tomar decisiones de carácter lingüístico tal como gramatical, semántico y de léxico; debe mantener la equivalencia dinámica para que no intervenga en la narrativa de las autoras o se tergiverse el mensaje que comparten en su obra.

- 4) La metodología de traducción debe estructurarse teniendo en cuenta principalmente las características que los textos posean, considerando siempre el tipo de público al que la narración se dirige; hacer una lectura profunda inicial y estudio concienzudo de las temáticas que lo exijan. Igualmente, se requiere una revisión posterior al «tiempo de cajón» para poder hacer las correcciones pertinentes.

### Referencias

Anderson, L. (2011). *Autobiography*. (2nd ed.). England: Routledge.

Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands / La Frontera: La nueva Mestiza*. España: Capitán Swing Libros S.L.

Borrero, J. (2005). “*Autobiography as stance*”. Capítulo de la tesis: *Autobiography of my tongue*. Masters in Individualized Studies. Goddard College, Vermont, USA.

Camargo, J. & López, A. (2015). *El Rugido de la Naturaleza: Presentación, selección y traducción de la literatura ecofeminista de Susan Griffin*. Trabajo de Grado Pregrado. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Carsten, C. (Fall 2006). *Storyteller: Leslie Marmon Silko’s Reappropriation of Native American History and Identity*. *Wicazo Sa Review*, 21(2), 105-126.

Chen, V. (1995). *Chinese American Women, Language, and Moving Subjectivity*. *Women and Language*, 18(1), 3-7.

Crenshaw, K. "*Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color*". In: Martha Albertson Fineman, Rixanne Mykitiuk, Eds. *The Public Nature of Private Violence*. (New York: Routledge, 1994), p. 93-118.

Díaz, J. & Medina, D. (2014). *Implicaciones de la traducción especializada de textos académicos: traducción y análisis de cuatro artículos académicos de lingüística*. Trabajo de Grado Pregrado. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Domínguez, R. (2011). *Walter Ong: Oralidad y escritura Tecnologías de la palabra*. Razón y Palabra, 75(1).

Dove, R. (2011). *The Penguin anthology of 20th century American Poetry*. Estados Unidos: Penguin Books.

Dunn, C & Comfort, C. (1999). *The Eye of the Deer, an Anthology of Native American Women Writers*. Estados Unidos: Aunt Lute Books.

Hong, M. (1993). *Growing up Asian American: An Anthology*. Estados Unidos: William Morrow & Co.

Jordan, T & Hepworth, J. (1995). *The Stories that Shape Us, Contemporary Women Write about the West*. Estados Unidos: W. W. Norton & Co.

Kingston, M.H. (1989). *White Tigers. The Woman Warrior: Memoirs of a Girlhood Among Ghosts* (pp. 19-53). New York: Vintage International.

Lan, F. (2003). *The Female Individual and the Empire: A Historicist Approach to Mulan and Kingston's Woman Warrior*. *Comparative Literature*, 55(3), 229-245.

Lejeune, P. (1994). *El Pacto Autobiográfico*. In Loureiro. *El Pacto Autobiográfico y Otros Textos* (pp. 49-88). Madrid: Megazul-Endymion.

Lorde, A. (2007). *Poetry is not Luxury*. In Clarke, C. *Sister Outsider* (pp. 36-44). Berkeley: Crossing Press.

Nida, E. (2006). *Theories of Translation*. *Pliegos de Yuste*, 4(1), 11-14.

Paz, O. (2003). *Traducción: literatura y literalidad*. In Eötvös, J. *El reverso del tapiz: Antología de textos teóricos latinoamericanos sobre la traducción literaria* (pp. 157-166). Budapest.

Real Academia Española. (2012). *Nueva gramática de la lengua española*. Barcelona: Espasa.



Silko, L.M. (1997). *Yellow Woman and a beauty of the spirit: Essays on Native American life today*. New York: Simon & Schuster.

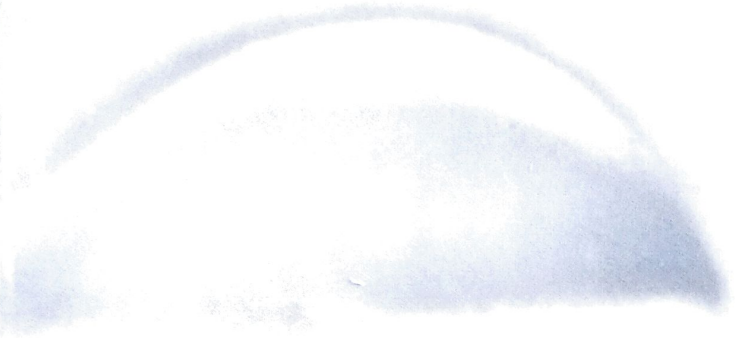
Silko, L. M. (2001). *Yellow Woman*. In Purdy, J. L. & Ruppert, J. *Nothing but the Truth: An Anthology of Native American Literature* (pp. 367-374). New Jersey: Prentice Hall.

Spivak, G. (1993). *The Politics of Translation*. In Spivak, G. *Outside in the Teaching Machine* (pp. 179-200). London: Routledge.

Steiner, G. (2004). *El Desplazamiento Hermenéutico*. In Steiner, G. *Después de Babel: Aspectos del Lenguaje y la Traducción* (pp. 303-355). México: Fondo de Cultura Económica.

Varela, N. (2008). *Feminismo para Principiantes*. Barcelona: Ediciones B.

Walker, A. J. (1981). *Leslie Marmon Silko and the Laguna oral tradition*. Iowa: Iowa State University.



The  
Woman Warrior

MAXINE HONG KINGSTON

*Memoirs  
of a  
Girlhood  
Among  
Ghosts*

Winner of the National Book Critics Circle Award for Nonfiction

TON, M.

White

Tigers



When we Chinese girls listened to the adults talk-story, we learned that we failed if we grew up to be but wives or slaves. We could be heroines, swordswomen. Even if she had to rage across all China, a swordswoman got even with anybody who hurt her family. Perhaps women were once so dangerous that they had to have their feet bound. It was a woman who invented white crane boxing only two hundred years ago. She was already an expert pole fighter, daughter of a teacher trained at the Shao-lin temple, where there lived an order of fighting monks. She was combing her hair one morning when a white crane alighted outside her window. She teased it with her pole, which it pushed aside with a soft brush of its wing. Amazed, she dashed outside and tried to knock the crane off its perch. It snapped her pole in two. Recognizing the presence of great power, she asked the spirit of the white crane if it would teach her to fight. It answered with a cry that white crane boxers imitate today. Later the bird returned as an old man, and he guided her boxing for many years. Thus she gave the world a new martial art.

This was one of the tamer, more modern stories, mere introduction. My mother told others that followed swordswomen through woods and palaces for years. Night after night my mother would talk-story until we fell asleep. I couldn't tell where the stories left off and the dreams began, her voice the voice of the heroines in my sleep. And on Sundays, from noon to midnight, we went to the movies at the Confucius Church. We saw swordswomen jump over houses from a standstill; they didn't even need a running start.

At last I saw that I too had been in the presence of

great power, my mother talking-story. After I grew up, I heard the chant of Fa Mu Lan, the girl who took her father's place in battle. Instantly I remembered that as a child I had followed my mother about the house, the two of us singing about how Fa Mu Lan fought gloriously and returned alive from war to settle in the village. I had forgotten this chant that was once mine, given me by my mother, who may not have known its power to remind. She said I would grow up a wife and a slave, but she taught me the song of the warrior woman, Fa Mu Lan. I would have to grow up a warrior woman.

The call would come from a bird that flew over our roof. In the brush drawings it looks like the ideograph for "human," two black wings. The bird would cross the sun and lift into the mountains (which look like the ideograph "mountain"), there parting the mist briefly that swirled opaque again. I would be a little girl of seven the day I followed the bird away into the mountains. The brambles would tear off my shoes and the rocks cut my feet and fingers, but I would keep climbing, eyes upward to follow the bird. We would go around and around the tallest mountain, climbing ever upward. I would drink from the river, which I would meet again and again. We would go so high the plants would change, and the river that flows past the village would become a waterfall. At the height where the bird used to disappear, the clouds would gray the world like an ink wash.

Even when I got used to that gray, I would only see peaks as if shaded in pencil, rocks like charcoal rubbings, everything so murky. There would be just two black strokes—the bird. Inside the clouds—inside the dragon's breath—I would not know how many hours or days passed. Suddenly, without noise, I would break clear into a yellow, warm world. New trees would lean toward me at mountain angles, but when I looked for the village, it would have vanished under the clouds.

The bird, now gold so close to the sun, would come to

rest on the thatch of a hut, which, until the bird's two feet touched it, was camouflaged as part of the mountainside.

The door opened, and an old man and an old woman came out carrying bowls of rice and soup and a leafy branch of peaches.

"Have you eaten rice today, little girl?" they greeted me.

"Yes, I have," I said out of politeness. "Thank you."

("No, I haven't," I would have said in real life, mad at the Chinese for lying so much. "I'm starved. Do you have any cookies? I like chocolate chip cookies.")

"We were about to sit down to another meal," the old woman said. "Why don't you eat with us?"

They just happened to be bringing three rice bowls and three pairs of silver chopsticks out to the plank table under the pines. They gave me an egg, as if it were my birthday, and tea, though they were older than I, but I poured for them. The teapot and the rice pot seemed bottomless, but perhaps not; the old couple ate very little except for peaches.

When the mountains and the pines turned into blue oxen, blue dogs, and blue people standing, the old couple asked me to spend the night in the hut. I thought about the long way down in the ghostly dark and decided yes. The inside of the hut seemed as large as the outdoors. Pine needles covered the floor in thick patterns; someone had carefully arranged the yellow, green, and brown pine needles according to age. When I stepped carelessly and mused a line, my feet kicked up new blends of earth colors, but the old man and old woman walked so lightly that their feet never stirred the designs by a needle.

A rock grew in the middle of the house, and that was their table. The benches were fallen trees. Ferns and shade flowers grew out of one wall, the mountainside itself. The old couple tucked me into a bed just my width. "Breathe evenly, or you'll lose your balance and fall out," said the

woman, covering me with a silk bag stuffed with feathers and herbs. "Opera singers, who begin their training at age five, sleep in beds like this." Then the two of them went outside, and through the window I could see them pull on a rope looped over a branch. The rope was tied to the roof, and the roof opened up like a basket lid. I would sleep with the moon and the stars. I did not see whether the old people slept, so quickly did I drop off, but they would be there waking me with food in the morning.

"Little girl, you have now spent almost a day and a night with us," the old woman said. In the morning light I could see her earlobes pierced with gold. "Do you think you can bear to stay with us for fifteen years? We can train you to become a warrior."

"What about my mother and father?" I asked.

The old man untied the drinking gourd slung across his back. He lifted the lid by its stem and looked for something in the water. "Ah, there," he said.

At first I saw only water so clear it magnified the fibers in the walls of the gourd. On the surface, I saw only my own round reflection. The old man encircled the neck of the gourd with his thumb and index finger and gave it a shake. As the water shook, then settled, the colors and lights shimmered into a picture, not reflecting anything I could see around me. There at the bottom of the gourd were my mother and father scanning the sky, which was where I was. "It has happened already, then," I could hear my mother say. "I didn't expect it so soon." "You knew from her birth that she would be taken," my father answered. "We'll have to harvest potatoes without her help this year," my mother said, and they turned away toward the fields, straw baskets in their arms. The water shook and became just water again. "Mama. Papa," I called, but they were in the valley and could not hear me.

"What do you want to do?" the old man asked. "You can go back right now if you like. You can go pull sweet potatoes, or you can stay with us and learn how to fight barbarians and bandits."

"You can avenge your village," said the old woman. "You can recapture the harvests the thieves have taken. You can be remembered by the Han people for your dutifulness."

"I'll stay with you," I said.

So the hut became my home, and I found out that the old woman did not arrange the pine needles by hand. She opened the roof; an autumn wind would come up, and the needles fell in braids—brown strands, green strands, yellow strands. The old woman waved her arms in conducting motions; she blew softly with her mouth. I thought, nature certainly works differently on mountains than in valleys.

"The first thing you have to learn," the old woman told me, "is how to be quiet." They left me by streams to watch for animals. "If you're noisy, you'll make the deer go without water."

When I could kneel all day without my legs cramping and my breathing became even, the squirrels would bury their hoardings at the hem of my shirt and then bend their tails in a celebration dance. At night, the mice and toads looked at me, their eyes quick stars and slow stars. Not once would I see a three-legged toad, though; you need strings of cash to bait them.

The two old people led me in exercises that began at dawn and ended at sunset so that I could watch our shadows grow and shrink and grow again, rooted to the earth. I learned to move my fingers, hands, feet, head, and entire body in circles. I walked putting heel down first, toes pointing outward thirty to forty degrees, making the ideograph "eight," making the ideograph "human." Knees bent, I would swing into the slow, measured "square step," the powerful walk into battle. After five years my body became so strong that I could control even the dilations of the pupils inside my irises. I could copy owls and bats, the words for "bat" and "blessing" homonyms. After six years the deer let me run beside them. I could jump twenty feet into the air from a standstill, leaping like a monkey over the hut. Every creature has a hiding skill and a fighting skill a warrior

can use. When birds alighted on my palm, I could yield my muscles under their feet and give them no base from which to fly away.

But I could not fly like the bird that led me here, except in large, free dreams.

During the seventh year (I would be fourteen), the two old people led me blindfolded to the mountains of the white tigers. They held me by either elbow and shouted into my ears, "Run. Run. Run." I ran and, not stepping off a cliff at the edge of my toes and not hitting my forehead against a wall, ran faster. A wind buoyed me up over the roots, the rocks, the little hills. We reached the tiger place in no time—a mountain peak three feet three from the sky. We had to bend over.

The old people waved once, slid down the mountain, and disappeared around a tree. The old woman, good with the bow and arrow, took them with her; the old man took the water gourd. I would have to survive bare-handed. Snow lay on the ground, and snow fell in loose gusts—another way the dragon breathes. I walked in the direction from which we had come, and when I reached the timberline, I collected wood broken from the cherry tree, the peony, and the walnut, which is the tree of life. Fire, the old people had taught me, is stored in trees that grow red flowers or red berries in the spring or whose leaves turn red in the fall. I took the wood from the protected spots beneath the trees and wrapped it in my scarf to keep dry. I dug where squirrels might have come, stealing one or two nuts at each place. These I also wrapped in my scarf. It is possible, the old people said, for a human being to live for fifty days on water. I would save the roots and nuts for hard climbs, the places where nothing grew, the emergency should I not find the hut. This time there would be no bird to follow.

The first night I burned half of the wood and slept curled against the mountain. I heard the white tigers prowling on the other side of the fire, but I could not distinguish them from the snow patches. The morning rose perfectly.

I hurried along, again collecting wood and edibles. I ate nothing and only drank the snow my fires made run.

The first two days were gifts, the fasting so easy to do, I so smug in my strength that on the third day, the hardest, I caught myself sitting on the ground, opening the scarf and staring at the nuts and dry roots. Instead of walking steadily on or even eating, I faded into dreams about the meat meals my mother used to cook, my monk's food forgotten. That night I burned up most of the wood I had collected, unable to sleep for facing my death—if not death here, then death someday. The moon animals that did not hibernate came out to hunt, but I had given up the habits of a carnivore since living with the old people. I would not trap the mice that danced so close or the owls that plunged just outside the fire.

On the fourth and fifth days, my eyesight sharp with hunger, I saw deer and used their trails when our ways coincided. Where the deer nibbled, I gathered the fungus, the fungus of immortality.

At noon on the tenth day I packed snow, white as rice, into the worn center of a rock pointed out to me by a finger of ice, and around the rock I built a fire. In the warming water I put roots, nuts, and the fungus of immortality. For variety I ate a quarter of the nuts and roots raw. Oh, green joyous rush inside my mouth, my head, my stomach, my toes, my soul—the best meal of my life.

One day I found that I was striding long distances without hindrance, my bundle light. Food had become so scarce that I was no longer stopping to collect it. I had walked into dead land. Here even the snow stopped. I did not go back to the richer areas, where I could not stay anyway, but, resolving to fast until I got halfway to the next woods, I started across the dry rocks. Heavily weighed down by the wood on my back, branches poking maddeningly, I had burned almost all of the fuel not to waste strength lugging it.

Somewhere in the dead land I lost count of the days. It

seemed as if I had been walking forever; life had never been different from this. An old man and an old woman were help I had only wished for. I was fourteen years old and lost from my village. I was walking in circles. Hadn't I been already found by the old people? Or was that yet to come? I wanted my mother and father. The old man and old woman were only a part of this lostness and this hunger.

One nightfall I ate the last of my food but had enough sticks for a good fire. I stared into the flames, which reminded me about helping my mother with the cooking and made me cry. It was very strange looking through water into fire and seeing my mother again. I nodded, orange and warm.

A white rabbit hopped beside me, and for a moment I thought it was a blob of snow that had fallen out of the sky. The rabbit and I studied each other. Rabbits taste like chickens. My mother and father had taught me how to hit rabbits over the head with wine jugs, then skin them cleanly for fur vests. "It's a cold night to be an animal," I said. "So you want some fire too, do you? Let me put on another branch, then." I would not hit it with the branch. I had learned from rabbits to kick backward. Perhaps this one was sick because normally the animals did not like fire. The rabbit seemed alert enough, however, looking at me so acutely, bounding up to the fire. But it did not stop when it got to the edge. It turned its face once toward me, then jumped into the fire. The fire went down for a moment, as if crouching in surprise, then the flames shot up taller than before. When the fire became calm again, I saw the rabbit had turned into meat, browned just right. I ate it, knowing the rabbit had sacrificed itself for me. It had made me a gift of meat.

When you have been walking through trees hour after hour—and I finally reached trees after the dead land—branches cross out everything, no relief whichever way your head turns until your eyes start to invent new sights. Hunger also changes the world—when eating can't be a

habit, then neither can seeing. I saw two people made of gold dancing the earth's dances. They turned so perfectly that together they were the axis of the earth's turning. They were light; they were molten, changing gold—Chinese lion dancers, African lion dancers in midstep. I heard high Javanese bells deepen in midring to Indian bells, Hindu Indian, American Indian. Before my eyes, gold bells shredded into gold tassels that fanned into two royal capes that softened into lions' fur. Manes grew tall into feathers that shone—became light rays. Then the dancers danced the future—a machine-future—in clothes I had never seen before. I am watching the centuries pass in moments because suddenly I understand time, which is spinning and fixed like the North Star. And I understand how working and hoeing are dancing; how peasant clothes are golden, as king's clothes are golden; how one of the dancers is always a man and the other a woman.

The man and the woman grow bigger and bigger, so bright. All light. They are tall angels in two rows. They have high white wings on their backs. Perhaps there are infinite angels; perhaps I see two angels in their consecutive moments. I cannot bear their brightness and cover my eyes, which hurt from opening so wide without a blink. When I put my hands down to look again, I recognize the old brown man and the old gray woman walking toward me out of the pine forest.

It would seem that this small crack in the mystery was opened, not so much by the old people's magic, as by hunger. Afterward, whenever I did not eat for long, as during famine or battle, I could stare at ordinary people and see their light and gold. I could see their dance. When I get hungry enough, then killing and falling are dancing too.

The old people fed me hot vegetable soup. Then they asked me to talk-story about what happened in the mountains of the white tigers. I told them that the white tigers had stalked me through the snow but that I had fought them off with burning branches, and my great-grandparents



had come to lead me safely through the forests. I had met a rabbit who taught me about self-immolation and how to speed up transmigration: one does not have to become worms first but can change directly into a human being—as in our own humaneness we had just changed bowls of vegetable soup into people too. That made them laugh. “You tell good stories,” they said. “Now go to sleep, and tomorrow we will begin your dragon lessons.”

“One more thing,” I wanted to say. “I saw you and how old you really are.” But I was already asleep; it came out only a murmur. I would want to tell them about that last moment of my journey; but it was only one moment out of the weeks that I had been gone, and its telling would keep till morning. Besides, the two people must already know. In the next years, when I suddenly came upon them or when I caught them out of the corners of my eyes, he appeared as a handsome young man, tall with long black hair, and she, as a beautiful young woman who ran bare-legged through the trees. In the spring she dressed like a bride; she wore juniper leaves in her hair and a black embroidered jacket. I learned to shoot accurately because my teachers held the targets. Often when sighting along an arrow, there to the side I would glimpse the young man or young woman, but when I looked directly, he or she would be old again. By this time I had guessed from their manner that the old woman was to the old man a sister or a friend rather than a wife.

After I returned from my survival test, the two old people trained me in dragon ways, which took another eight years. Copying the tigers, their stalking kill and their anger, had been a wild, bloodthirsty joy. Tigers are easy to find, but I needed adult wisdom to know dragons. “You have to infer the whole dragon from the parts you can see and touch,” the old people would say. Unlike tigers, dragons are so immense, I would never see one in its entirety. But I could explore the mountains, which are the top of its head. “These mountains are also *like* the tops of *other* dragons’ heads,” the old people would tell me. When climbing the

slopes, I could understand that I was a bug riding on a dragon’s forehead as it roams through space, its speed so different from my speed that I feel the dragon solid and immobile. In quarries I could see its strata, the dragon’s veins and muscles; the minerals, its teeth and bones. I could touch the stones the old woman wore—its bone marrow. I had worked the soil, which is its flesh, and harvested the plants and climbed the trees, which are its hairs. I could listen to its voice in the thunder and feel its breathing in the winds, see its breathing in the clouds. Its tongue is the lightning. And the red that the lightning gives to the world is strong and lucky—in blood, poppies, roses, rubies, the red feathers of birds, the red carp, the cherry tree, the peony, the line alongside the turtle’s eyes and the mallard’s. In the spring when the dragon awakes, I watched its turnings in the rivers.

The closest I came to seeing a dragon whole was when the old people cut away a small strip of bark on a pine that was over three thousand years old. The resin underneath flows in the swirling shapes of dragons. “If you should decide during your old age that you would like to live another five hundred years, come here and drink ten pounds of this sap,” they told me. “But don’t do it now. You’re too young to decide to live forever.” The old people sent me out into thunderstorms to pick the red-cloud herb, which grows only then, a product of dragon’s fire and dragon’s rain. I brought the leaves to the old man and old woman, and they ate them for immortality.

I learned to make my mind large, as the universe is large, so that there is room for paradoxes. Pearls are bone marrow; pearls come from oysters. The dragon lives in the sky, ocean, marshes, and mountains; and the mountains are also its cranium. Its voice thunders and jingles like copper pans. It breathes fire and water; and sometimes the dragon is one, sometimes many.

I worked every day. When it rained, I exercised in the downpour, grateful not to be pulling sweet potatoes. I moved like the trees in the wind. I was grateful not to be

squishing in chicken mud, which I did not have nightmares about so frequently now.

On New Year's mornings, the old man let me look in his water gourd to see my family. They were eating the biggest meal of the year, and I missed them very much. I had felt loved, love pouring from their fingers when the adults tucked red money in our pockets. My two old people did not give me money, but, each year for fifteen years, a bead. After I unwrapped the red paper and rolled the bead about between thumb and fingers, they took it back for safekeeping. We ate monk's food as usual.

By looking into the water gourd I was able to follow the men I would have to execute. Not knowing that I watched, fat men ate meat; fat men drank wine made from the rice; fat men sat on naked little girls. I watched powerful men count their money, and starving men count theirs. When bandits brought their share of raids home, I waited until they took off their masks so I would know the villagers who stole from their neighbors. I studied the generals' faces, their rank-stalks quivering at the backs of their heads. I learned rebels' faces, too, their foreheads tied with wild oaths.

The old man pointed out strengths and weaknesses whenever heroes met in classical battles, but warfare makes a scramble of the beautiful, slow old fights. I saw one young fighter salute his opponent—and five peasants hit him from behind with scythes and hammers. His opponent did not warn him.

"Cheaters!" I yelled. "How am I going to win against cheaters?"

"Don't worry," the old man said. "You'll never be trapped like that poor amateur. You can see behind you like a bat. Hold the peasants back with one hand and kill the warrior with the other."

Menstrual days did not interrupt my training; I was as strong as on any other day. "You're now an adult," explained the old woman on the first one, which happened halfway through my stay on the mountain. "You can have

children." I had thought I had cut myself when jumping over my swords, one made of steel and the other carved out of a single block of jade. "However," she added, "we are asking you to put off children for a few more years."

"Then can I use the control you taught me and stop this bleeding?"

"No. You don't stop shitting and pissing," she said. "It's the same with the blood. Let it run." ("Let it walk" in Chinese.)

To console me for being without family on this day, they let me look inside the gourd. My whole family was visiting friends on the other side of the river. Everybody had on good clothes and was exchanging cakes. It was a wedding. My mother was talking to the hosts: "Thank you for taking our daughter. Wherever she is, she must be happy now. She will certainly come back if she is alive, and if she is a spirit, you have given her a descent line. We are so grateful."

Yes, I would be happy. How full I would be with all their love for me. I would have for a new husband my own playmate, dear since childhood, who loved me so much he was to become a spirit bridegroom for my sake. We will be so happy when I come back to the valley, healthy and strong and not a ghost.

The water gave me a close-up of my husband's wonderful face—and I was watching when it went white at the sudden approach of armored men on horseback, thudding and jangling. My people grabbed iron skillets, boiling soup, knives, hammers, scissors, whatever weapons came to hand, but my father said, "There are too many of them," and they put down the weapons and waited quietly at the door, open as if for guests. An army of horsemen stopped at our house; the foot soldiers in the distance were coming closer. A horseman with silver scales afire in the sun shouted from the scroll in his hands, his words opening a red gap in his black beard. "Your baron has pledged fifty men from this district, one from each family," he said, and then named the family names.

"No!" I screamed into the gourd.

"I'll go," my new husband and my youngest brother said to their fathers.

"No," my father said, "I myself will go," but the women held him back until the foot soldiers passed by, my husband and my brother leaving with them.

As if disturbed by the marching feet, the water churned; and when it stilled again ("Wait!" I yelled, "Wait!"), there were strangers. The baron and his family—all of his family—were knocking their heads on the floor in front of their ancestors and thanking the gods out loud for protecting them from conscription. I watched the baron's piggish face chew open-mouthed on the sacrificial pig. I plunged my hand into the gourd, making a grab for his thick throat, and he broke into pieces, splashing water all over my face and clothes. I turned the gourd upside-down to empty it, but no little people came tumbling out.

"Why can't I go down there now and help them?" I cried. "I'll run away with the two boys and we'll hide in the caves."

"No," the old man said. "You're not ready. You're only fourteen years old. You'd get hurt for nothing."

"Wait until you are twenty-two," the old woman said. "You'll be big then and more skillful. No army will be able to stop you from doing whatever you want. If you go now, you will be killed, and you'll have wasted seven and a half years of our time. You will deprive your people of a champion."

"I'm good enough now to save the boys."

"We didn't work this hard to save just two boys, but whole families."

Of course.

"Do you really think I'll be able to do that—defeat an army?"

"Even when you fight against soldiers trained as you are, most of them will be men, heavy footed and rough. You will have the advantage. Don't be impatient."

"From time to time you may use the water gourd to watch your husband and your brother," the old man said.

But I had ended the panic about them already. I could feel a wooden door inside of me close. I had learned on the farm that I could stop loving animals raised for slaughter. And I could start loving them immediately when someone said, "This one is a pet," freeing me and opening the door. We had lost males before, cousins and uncles who were conscripted into armies or bonded as apprentices, who are almost as lowly as slave girls.

I bled and thought about the people to be killed; I bled and thought about the people to be born.

During all my years on the mountain, I talked to no one except the two old people, but they seemed to be many people. The whole world lived inside the gourd, the earth a green and blue pearl like the one the dragon plays with.

When I could point at the sky and make a sword appear, a silver bolt in the sunlight, and control its slashing with my mind, the old people said I was ready to leave. The old man opened the gourd for the last time. I saw the baron's messenger leave our house, and my father was saying, "This time I must go and fight." I would hurry down the mountain and take his place. The old people gave me the fifteen beads, which I was to use if I got into terrible danger. They gave me men's clothes and armor. We bowed to one another. The bird flew above me down the mountain, and for some miles, whenever I turned to look for them, there would be the two old people waving. I saw them through the mist; I saw them on the clouds; I saw them big on the mountain-top when distance had shrunk the pines. They had probably left images of themselves for me to wave at and gone about their other business.

When I reached my village, my father and mother had grown as old as the two whose shapes I could at last no longer see. I helped my parents carry their tools, and they walked ahead so straight, each carrying a basket or a hoe not to overburden me, their tears falling privately. My family surrounded me with so much love that I almost forgot the ones not there. I praised the new infants.

"Some of the people are saying the Eight Sages took

you away to teach you magic," said a little girl cousin. "They say they changed you into a bird, and you flew to them."

"Some say you went to the city and became a prostitute," another cousin giggled.

"You might tell them that I met some teachers who were willing to teach me science," I said.

"I have been drafted," my father said.

"No, Father," I said. "I will take your place."

My parents killed a chicken and steamed it whole, as if they were welcoming home a son, but I had gotten out of the habit of meat. After eating rice and vegetables, I slept for a long time, preparation for the work ahead.

In the morning my parents woke me and asked that I come with them to the family hall. "Stay in your night-clothes," my mother said. "Don't change yet." She was holding a basin, a towel, and a kettle of hot water. My father had a bottle of wine, an ink block and pens, and knives of various sizes. "Come with us," he said. They had stopped the tears with which they had greeted me. Forebodingly I caught a smell—metallic, the iron smell of blood, as when a woman gives birth, as at the sacrifice of a large animal, as when I menstruated and dreamed red dreams.

My mother put a pillow on the floor before the ancestors. "Kneel here," she said. "Now take off your shirt." I kneeled with my back to my parents so none of us felt embarrassed. My mother washed my back as if I had left for only a day and were her baby yet. "We are going to carve revenge on your back," my father said. "We'll write out oaths and names."

"Wherever you go, whatever happens to you, people will know our sacrifice," my mother said. "And you'll never forget either." She meant that even if I got killed, the people could use my dead body for a weapon, but we do not like to talk out loud about dying.

My father first brushed the words in ink, and they fluttered down my back row after row. Then he began

cutting; to make fine lines and points he used thin blades, for the stems, large blades.

My mother caught the blood and wiped the cuts with a cold towel soaked in wine. It hurt terribly—the cuts sharp; the air burning; the alcohol cold, then hot—pain so various. I gripped my knees. I released them. Neither tension nor relaxation helped. I wanted to cry. If not for the fifteen years of training, I would have writhed on the floor; I would have had to be held down. The list of grievances went on and on. If an enemy should flay me, the light would shine through my skin like lace.

At the end of the last word, I fell forward. Together my parents sang what they had written, then let me rest. My mother fanned my back. "We'll have you with us until your back heals," she said.

When I could sit up again, my mother brought two mirrors, and I saw my back covered entirely with words in red and black files, like an army, like my army. My parents nursed me just as if I had fallen in battle after many victories. Soon I was strong again.

A white horse stepped into the courtyard where I was polishing my armor. Though the gates were locked tight, through the moon door it came—a kingly white horse. It wore a saddle and bridle with red, gold, and black tassels dancing. The saddle was just my size with tigers and dragons tooled in swirls. The white horse pawed the ground for me to go. On the hooves of its near forefoot and hind-foot was the ideograph "to fly."

My parents and I had waited for such a sign. We took the fine saddlebags off the horse and filled them with salves and herbs, blue grass for washing my hair, extra sweaters, dried peaches. They gave me a choice of ivory or silver chopsticks. I took the silver ones because they were lighter. It was like getting wedding presents. The cousins and the villagers came bearing bright orange jams, silk dresses, silver embroidery scissors. They brought blue and white porcelain bowls filled with water and carp—the bowls

painted with carp, fins like orange fire. I accepted all the gifts—the tables, the earthenware jugs—though I could not possibly carry them with me, and culled for travel only a small copper cooking bowl. I could cook in it and eat out of it and would not have to search for bowl-shaped rocks or tortoiseshells.

I put on my men's clothes and armor and tied my hair in a man's fashion. "How beautiful you look," the people said. "How beautiful she looks."

A young man stepped out of the crowd. He looked familiar to me, as if he were the old man's son, or the old man himself when you looked at him from the corners of your eyes.

"I want to go with you," he said.

"You will be the first soldier in my army," I told him.

I leapt onto my horse's back and marveled at the power and height it gave to me. Just then, galloping out of nowhere straight at me came a rider on a black horse. The villagers scattered except for my one soldier, who stood calmly in the road. I drew my sword. "Wait!" shouted the rider, raising weaponless hands. "Wait. I have travelled here to join you."

Then the villagers relinquished their real gifts to me—their sons. Families who had hidden their boys during the last conscription volunteered them now. I took the ones their families could spare and the ones with hero-fire in their eyes, not the young fathers and not those who would break hearts with their leaving.

We were better equipped than many founders of dynasties had been when they walked north to dethrone an emperor; they had been peasants like us. Millions of us had laid our hoes down on the dry ground and faced north. We sat in the fields, from which the dragon had withdrawn its moisture, and sharpened those hoes. Then, though it be ten thousand miles away, we walked to the palace. We would report to the emperor. The emperor, who sat facing south, must have been very frightened—peasants everywhere

walking day and night toward the capital, toward Peiping. But the last emperors of dynasties must not have been facing in the right direction, for they would have seen us and not let us get this hungry. We would not have had to shout our grievances. The peasants would crown as emperor a farmer who knew the earth or a beggar who understood hunger.

"Thank you, Mother. Thank you, Father," I said before leaving. They had carved their names and address on me, and I would come back.

Often I walked beside my horse to travel abreast of my army. When we had to impress other armies—marauders, columns of refugees filing past one another, boy gangs following their martial arts teachers—I mounted and rode in front. The soldiers who owned horses and weapons would pose fiercely on my left and right. The small bands joined us, but sometimes armies of equal or larger strength would fight us. Then screaming a mighty scream and swinging two swords over my head, I charged the leaders; I released my bloodthirsty army and my straining war-horse. I guided the horse with my knees, freeing both hands for sword-work, spinning green and silver circles all around me.

I inspired my army, and I fed them. At night I sang to them glorious songs that came out of the sky and into my head. When I opened my mouth, the songs poured out and were loud enough for the whole encampment to hear; my army stretched out for a mile. We sewed red flags and tied the red scraps around arms, legs, horses' tails. We wore our red clothes so that when we visited a village, we would look as happy as for New Year's Day. Then people would want to join the ranks. My army did not rape, only taking food where there was an abundance. We brought order wherever we went.

When I won over a goodly number of fighters, I built up my army enough to attack fiefdoms and to pursue the enemies I had seen in the water gourd.

My first opponent turned out to be a giant, so much

bigger than the toy general I used to peep at. During the charge, I singled out the leader, who grew as he ran toward me. Our eyes locked until his height made me strain my neck looking up, my throat so vulnerable to the stroke of a knife that my eyes dropped to the secret death points on the huge body. First I cut off his leg with one sword swipe, as Chen Luan-feng had chopped the leg off the thunder god. When the giant stumped toward me, I cut off his head. Instantly he reverted to his true self, a snake, and slithered away hissing. The fighting around me stopped as the combatants' eyes and mouths opened wide in amazement. The giant's spells now broken, his soldiers, seeing that they had been led by a snake, pledged their loyalty to me.

In the stillness after battle I looked up at the mountains; perhaps the old man and woman were watching me and would enjoy my knowing it. They'd laugh to see a creature winking at them from the bottom of the water gourd. But on a green ledge above the battlefield I saw the giant's wives crying. They had climbed out of their palanquins to watch their husband fight me, and now they were holding each other weeping. They were two sisters, two tiny fairies against the sky, widows from now on. Their long undersleeves, which they had pulled out to wipe their tears, flew white mourning in the mountain wind. After a time, they got back into their sedan chairs, and their servants carried them away.

I led my army northward, rarely having to sidetrack; the emperor himself sent the enemies I was hunting chasing after me. Sometimes they attacked us on two or three sides; sometimes they ambushed me when I rode ahead. We would always win, Kuan Kung, the god of war and literature riding before me. I would be told of in fairy tales myself. I overheard some soldiers—and now there were many who had not met me—say that whenever we had been in danger of losing, I made a throwing gesture and the opposing army would fall, hurled across the battlefield. Hailstones as big as heads would shoot out of the sky and the lightning would stab

like swords, but never at those on my side. "On *his* side," they said. I never told them the truth. Chinese executed women who disguised themselves as soldiers or students, no matter how bravely they fought or how high they scored on the examinations.

One spring morning I was at work in my tent repairing equipment, patching my clothes, and studying maps when a voice said, "General, may I visit you in your tent, please?" As if it were my own home, I did not allow strangers in my tent. And since I had no family with me, no one ever visited inside. Riverbanks, hillsides, the cool sloped rooms under the pine trees—China provides her soldiers with meeting places enough. I opened the tent flap. And there in the sunlight stood my own husband with arms full of wildflowers for me. "You are beautiful," he said, and meant it truly. "I have looked for you everywhere. I've been looking for you since the day that bird flew away with you." We were so pleased with each other, the childhood friend found at last, the childhood friend mysteriously grown up. "I followed you, but you skimmed over the rocks until I lost you."

"I've looked for you too," I said, the tent now snug around us like a secret house when we were kids. "Whenever I heard about a good fighter, I went to see if it were you," I said. "I saw you marry me. I'm so glad you married me."

He wept when he took off my shirt and saw the scar-words on my back. He loosened my hair and covered the words with it. I turned around and touched his face, loving the familiar first.

So for a time I had a partner—my husband and I, soldiers together just as when we were little soldiers playing in the village. We rode side by side into battle. When I became pregnant, during the last four months, I wore my armor altered so that I looked like a powerful, big man. As a fat man, I walked with the foot soldiers so as not to jounce the gestation. Now when I was naked, I was a strange

human being indeed—words carved on my back and the baby large in front.

I hid from battle only once, when I gave birth to our baby. In dark and silver dreams I had seen him falling from the sky, each night closer to the earth, his soul a star. Just before labor began, the last star rays sank into my belly. My husband would talk to me and not go, though I said for him to return to the battlefield. He caught the baby, a boy, and put it on my breast. "What are we going to do with this?" he asked, holding up the piece of umbilical cord that had been closest to the baby.

"Let's tie it to a flagpole until it dries," I said. We had both seen the boxes in which our parents kept the dried cords of all their children. "This one was yours, and this yours," my mother would say to us brothers and sisters, and fill us with awe that she could remember.

We made a sling for the baby inside my big armor, and rode back into the thickest part of the fighting. The umbilical cord flew with the red flag and made us laugh. At night inside our own tent, I let the baby ride on my back. The sling was made of red satin and purple silk; the four paisley straps that tied across my breasts and around my waist ended in housewife's pockets lined with a coin, a seed, a nut, and a juniper leaf. At the back of the sling I had sewn a tiny quilted triangle, red at its center against two shades of green; it marked the baby's nape for luck. I walked bowed, and the baby warmed himself against me, his breathing in rhythm with mine, his heart beating like my heart.

When the baby was a month old, we gave him a name and shaved his head. For the full-month ceremony my husband had found two eggs, which we dyed red by boiling them with a flag. I peeled one and rolled it all over the baby's head, his eyes, his lips, off his bump of a nose, his cheeks, his dear bald head and fontanel. I had brought dried grapefruit peel in my saddlebag, and we also boiled that. We washed our heads and hands in the grapefruit water, dabbing it on the baby's forehead and hands. Then I gave my

husband the baby and told him to take it to his family, and I gave him all the money we had taken on raids to take to my family. "Go now," I said, "before he is old enough to recognize me." While the blur is still in his eyes and the little fists shut tight like buds, I'll send my baby away from me. I altered my clothes and became again the slim young man. Only now I would get so lonely with the tent so empty that I slept outside.

My white horse overturned buckets and danced on them; it lifted full wine cups with its teeth. The strong soldiers lifted the horse in a wooden tub, while it danced to the stone drums and flute music. I played with the soldiers, throwing arrows into a bronze jar. But I found none of these antics as amusing as when I first set out on the road.

It was during this lonely time, when any high cry made the milk spill from my breasts, that I got careless. Wildflowers distracted me so that I followed them, picking one, then another, until I was alone in the woods. Out from behind trees, springing off branches came the enemy, their leader looming like a genie out of the water gourd. I threw fists and feet at them, but they were so many, they pinned me to the earth while their leader drew his sword. My fear shot forth—a quick, jabbing sword that slashed fiercely, silver flashes, quick cuts wherever my attention drove it. The leader stared at the palpable sword swishing unclutched at his men, then laughed aloud. As if signaled by his laughter, two more swords appeared in midair. They clanged against mine, and I felt metal vibrate inside my brain. I willed my sword to hit back and to go after the head that controlled the other swords. But the man fought well, hurting my brain. The swords opened and closed, scissoring madly, metal zinging along metal. Unable to leave my sky-sword to work itself, I would be watching the swords move like puppets when the genie yanked my hair back and held a dagger against my throat. "Aha!" he said. "What have we here?" He lifted the bead pouch out of my shirt and cut the string. I grabbed his arm, but one of his swords dived toward me, and I rolled out of the way. A horse galloped up,

and he leapt on it, escaping into the forest, the beads in his fist. His swords fought behind him until I heard him shout, "I am here!" and they flew to his side. So I had done battle with the prince who had mixed the blood of his two sons with the metal he had used for casting his swords.

I ran back to my soldiers and gathered the fastest horsemen for pursuit. Our horses ran like the little white water horses in the surf. Across a plain we could see the enemy, a dustdevil rushing toward the horizon. Wanting to see, I focused my eyes as the eagles had taught me, and there the genie would be—shaking one bead out of the pouch and casting it at us. Nothing happened. No thunder, no earthquake that split open the ground, no hailstones big as heads.

"Stop!" I ordered my riders. "Our horses are exhausted, and I don't want to chase any farther south." The rest of the victories would be won on my own, slow and without shortcuts.

I stood on top of the last hill before Peiping and saw the roads below me flow like living rivers. Between roads the woods and plains moved too; the land was peopled—the Han people, the People of One Hundred Surnames, marching with one heart, our tatters flying. The depth and width of Joy were exactly known to me: the Chinese population. After much hardship a few of our millions had arrived together at the capital. We faced our emperor personally. We beheaded him, cleaned out the palace, and inaugurated the peasant who would begin the new order. In his rags he sat on the throne facing south, and we, a great red crowd, bowed to him three times. He commended some of us who were his first generals.

I told the people who had come with me that they were free to go home now, but since the Long Wall was so close, I would go see it. They could come along if they liked. So, loath to disband after such high adventures, we reached the northern boundary of the world, chasing Mongols en route.

I touched the Long Wall with my own fingers, running the edge of my hand between the stones, tracing the grooves

the builders' hands had made. We lay our foreheads and our cheeks against the Long Wall and cried like the women who had come here looking for their men so long building the wall. In my travels north, I had not found my brother.

Carrying the news about the new emperor, I went home, where one more battle awaited me. The baron who had drafted my brother would still be bearing sway over our village. Having dropped my soldiers off at crossroads and bridges, I attacked the baron's stronghold alone. I jumped over the double walls and landed with swords drawn and knees bent, ready to spring. When no one accosted me, I sheathed the swords and walked about like a guest until I found the baron. He was counting his money, his fat ringed fingers playing over the abacus.

"Who are you? What do you want?" he said, encircling his profits with his arms. He sat square and fat like a god.

"I want your life in payment for your crimes against the villagers."

"I haven't done anything to you. All this is mine. I earned it. I didn't steal it from you. I've never seen you before in my life. Who are you?"

"I am a female avenger."

Then—heaven help him—he tried to be charming, to appeal to me man to man. "Oh, come now. Everyone takes the girls when he can. The families are glad to be rid of them. 'Girls are maggots in the rice.' 'It is more profitable to raise geese than daughters.'" He quoted to me the sayings I hated.

"Regret what you've done before I kill you," I said.

"I haven't done anything other men—even you—wouldn't have done in my place."

"You took away my brother."

"I free my apprentices."

"He was not an apprentice."

"China needs soldiers in wartime."

"You took away my childhood."

"I don't know what you're talking about. We've never met before. I've done nothing to you."



"You've done this," I said, and ripped off my shirt to show him my back. "You are responsible for this." When I saw his startled eyes at my breasts, I slashed him across the face and on the second stroke cut off his head.

I pulled my shirt back on and opened the house to the villagers. The baron's family and servants hid in closets and under beds. The villagers dragged them out into the courtyard, where they tried them next to the beheading machine. "Did you take my harvest so that my children had to eat grass?" a weeping farmer asked.

"I saw him steal seed grain," another testified.

"My family was hiding under the thatch on the roof when the bandits robbed our house, and we saw this one take off his mask." They spared those who proved they could be reformed. They beheaded the others. Their necks were collared in the beheading machine, which slowly clamped shut. There was one last-minute reprieve of a bodyguard when a witness shouted testimony just as the vise was pinching blood. The guard had but recently joined the household in exchange for a child hostage. A slow killing gives a criminal time to regret his crimes and think of the right words to prove he can change.

I searched the house, hunting out people for trial. I came upon a locked room. When I broke down the door, I found women, cowering, whimpering women. I heard shrill insect noises and scurrying. They blinked weakly at me like pheasants that have been raised in the dark for soft meat. The servants who walked the ladies had abandoned them, and they could not escape on their little bound feet. Some crawled away from me, using their elbows to pull themselves along. These women would not be good for anything. I called the villagers to come identify any daughters they wanted to take home, but no one claimed any. I gave each woman a bagful of rice, which they sat on. They rolled the bags to the road. They wandered away like ghosts. Later, it would be said, they turned into the band of sword-women who were a mercenary army. They did not wear men's clothes like me, but rode as women in black and red

dresses. They bought up girl babies so that many poor families welcomed their visitations. When slave girls and daughters-in-law ran away, people would say they joined these witch amazons. They killed men and boys. I myself never encountered such women and could not vouch for their reality.

After the trials we tore down the ancestral tablets. "We'll use this great hall for village meetings," I announced. "Here we'll put on operas; we'll sing together and talk-story." We washed the courtyard; we exorcised the house with smoke and red paper. "This is a new year," I told the people, "the year one."

I went home to my parents-in-law and husband and son. My son stared, very impressed by the general he had seen in the parade, but his father said, "It's your mother. Go to your mother." My son was delighted that the shiny general was his mother too. She gave him her helmet to wear and her swords to hold.

Wearing my black embroidered wedding coat, I knelt at my parents-in-law's feet, as I would have done as a bride. "Now my public duties are finished," I said. "I will stay with you, doing farmwork and housework, and giving you more sons."

"Go visit your mother and father first," my mother-in-law said, a generous woman. "They want to welcome you."

My mother and father and the entire clan would be living happily on the money I had sent them. My parents had bought their coffins. They would sacrifice a pig to the gods that I had returned. From the words on my back, and how they were fulfilled, the villagers would make a legend about my perfect filiality.

My American life has been such a disappointment.

"I got straight A's, Mama."

"Let me tell you a true story about a girl who saved her village."

I could not figure out what was my village. And it was

important that I do something big and fine, or else my parents would sell me when we made our way back to China. In China there were solutions for what to do with little girls who ate up food and threw tantrums. You can't eat straight A's.

When one of my parents or the emigrant villagers said, "Feeding girls is feeding cowbirds," I would thrash on the floor and scream so hard I couldn't talk. I couldn't stop.

"What's the matter with her?"

"I don't know. Bad, I guess. You know how girls are. There's no profit in raising girls. Better to raise geese than girls."

"I would hit her if she were mine. But then there's no use wasting all that discipline on a girl. 'When you raise girls, you're raising children for strangers.'"

"Stop that crying!" my mother would yell. "I'm going to hit you if you don't stop. Bad girl! Stop!" I'm going to remember never to hit or to scold my children for crying, I thought, because then they will only cry more.

"I'm not a bad girl," I would scream. "I'm not a bad girl. I'm not a bad girl." I might as well have said, "I'm not a girl."

"When you were little, all you had to say was 'I'm not a bad girl,' and you could make yourself cry," my mother says, talking-story about my childhood.

I minded that the emigrant villagers shook their heads at my sister and me. "One girl—and another girl," they said, and made our parents ashamed to take us out together. The good part about my brothers being born was that people stopped saying, "All girls," but I learned new grievances. "Did you roll an egg on my face like that when I was born?" "Did you have a full-month party for me?" "Did you turn on all the lights?" "Did you send my picture to Grandmother?" "Why not? Because I'm a girl? Is that why not?" "Why didn't you teach me English?" "You like having me beaten up at school, don't you?"

"She is very mean, isn't she?" the emigrant villagers would say.

"Come, children. Hurry. Hurry. Who wants to go out with Great-Uncle?" On Saturday mornings my great-uncle, the ex-river pirate, did the shopping. "Get your coats, whoever's coming."

"I'm coming. I'm coming. Wait for me."

When he heard girls' voices, he turned on us and roared, "No girls!" and left my sisters and me hanging our coats back up, not looking at one another. The boys came back with candy and new toys. When they walked through Chinatown, the people must have said, "A boy—and another boy—and another boy!" At my great-uncle's funeral I secretly tested out feeling glad that he was dead—the six-foot bearish masculinity of him.

I went away to college—Berkeley in the sixties—and I studied, and I marched to change the world, but I did not turn into a boy. I would have liked to bring myself back as a boy for my parents to welcome with chickens and pigs. That was for my brother, who returned alive from Vietnam.

If I went to Vietnam, I would not come back; females desert families. It was said, "There is an outward tendency in females," which meant that I was getting straight A's for the good of my future husband's family, not my own. I did not plan ever to have a husband. I would show my mother and father and the nosey emigrant villagers that girls have no outward tendency. I stopped getting straight A's.

And all the time I was having to turn myself American-feminine, or no dates.

There is a Chinese word for the female I—which is "slave." Break the women with their own tongues!

I refused to cook. When I had to wash dishes, I would crack one or two. "Bad girl," my mother yelled, and sometimes that made me gloat rather than cry. Isn't a bad girl almost a boy?

"What do you want to be when you grow up, little girl?"

"A lumberjack in Oregon."

Even now, unless I'm happy, I burn the food when I cook. I do not feed people. I let the dirty dishes rot. I eat

at other people's tables but won't invite them to mine, where the dishes are rotting.

If I could not-eat, perhaps I could make myself a warrior like the swordswoman who drives me. I will—I must—rise and plow the fields as soon as the baby comes out.

Once I get outside the house, what bird might call me; on what horse could I ride away? Marriage and childbirth strengthen the swordswoman, who is not a maid like Joan of Arc. Do the women's work; then do more work, which will become ours too. No husband of mine will say, "I could have been a drummer, but I had to think about the wife and kids. You know how it is." Nobody supports me at the expense of his own adventure. Then I get bitter: no one supports me; I am not loved enough to be supported. That I am not a burden has to compensate for the sad envy when I look at women loved enough to be supported. Even now China wraps double binds around my feet.

When urban renewal tore down my parents' laundry and paved over our slum for a parking lot, I only made up gun and knife fantasies and did nothing useful.

From the fairy tales, I've learned exactly who the enemy are. I easily recognize them—business-suited in their modern American executive guise, each boss two feet taller than I am and impossible to meet eye to eye.

I once worked at an art supply house that sold paints to artists. "Order more of that nigger yellow, willya?" the boss told me. "Bright, isn't it? Nigger yellow."

"I don't like that word," I had to say in my bad, small-person's voice that makes no impact. The boss never deigned to answer.

I also worked at a land developers' association. The building industry was planning a banquet for contractors, real estate dealers, and real estate editors. "Did you know the restaurant you chose for the banquet is being picketed by CORE and the NAACP?" I squeaked.

"Of course I know." The boss laughed. "That's why I chose it."

"I refuse to type these invitations," I whispered, voice unreliable.

He leaned back in his leather chair, his bossy stomach opulent. He picked up his calendar and slowly circled a date. "You will be paid up to here," he said. "We'll mail you the check."

If I took the sword, which my hate must surely have forged out of the air, and gutted him, I would put color and wrinkles into his shirt.

It's not just the stupid racists that I have to do something about, but the tyrants who for whatever reason can deny my family food and work. My job is my own only land.

To avenge my family, I'd have to storm across China to take back our farm from the Communists; I'd have to rage across the United States to take back the laundry in New York and the one in California. Nobody in history has conquered and united both North America and Asia. A descendant of eighty pole fighters, I ought to be able to set out confidently, march straight down our street, get going right now. There's work to do, ground to cover. Surely, the eighty pole fighters, though unseen, would follow me and lead me and protect me, as is the wont of ancestors.

Or it may well be that they're resting happily in China, their spirits dispersed among the real Chinese, and not nudging me at all with their poles. I mustn't feel bad that I haven't done as well as the swordswoman did; after all, no bird called me, no wise old people tutored me. I have no magic beads, no water gourd sight, no rabbit that will jump in the fire when I'm hungry. I dislike armies.

I've looked for the bird. I've seen clouds make pointed angel wings that stream past the sunset, but they shred into clouds. Once at a beach after a long hike I saw a seagull, tiny as an insect. But when I jumped up to tell what miracle I saw, before I could get the words out I understood that the bird was insect-size because it was far away. My brain had momentarily lost its depth perception. I was that eager to find an unusual bird.

The news from China has been confusing. It also had something to do with birds. I was nine years old when the letters made my parents, who are rocks, cry. My father screamed in his sleep. My mother wept and crumpled up the letters. She set fire to them page by page in the ashtray, but new letters came almost every day. The only letters they opened without fear were the ones with red borders, the holiday letters that mustn't carry bad news. The other letters said that my uncles were made to kneel on broken glass during their trials and had confessed to being land-owners. They were all executed, and the aunt whose thumbs were twisted off drowned herself. Other aunts, mothers-in-law, and cousins disappeared; some suddenly began writing to us again from communes or from Hong Kong. They kept asking for money. The ones in communes got four ounces of fat and one cup of oil a week, they said, and had to work from 4 A.M. to 9 P.M. They had to learn to do dances waving red kerchiefs; they had to sing nonsense syllables. The Communists gave axes to the old ladies and said, "Go and kill yourself. You're useless." If we overseas Chinese would just send money to the Communist bank, our relatives said, they might get a percentage of it for themselves. The aunts in Hong Kong said to send money quickly; their children were begging on the sidewalks, and mean people put dirt in their bowls.

When I dream that I am wire without flesh, there is a letter on blue airmail paper that floats above the night ocean between here and China. It must arrive safely or else my grandmother and I will lose each other.

My parents felt bad whether or not they sent money. Sometimes they got angry at their brothers and sisters for asking. And they would not simply ask but have to talk-story too. The revolutionaries had taken Fourth Aunt and Uncle's store, house, and lands. They attacked the house and killed the grandfather and oldest daughter. The grandmother escaped with the loose cash and did not return to help. Fourth Aunt picked up her sons, one under each arm,

and hid in the pig house, where they slept that night in cotton clothes. The next day she found her husband, who had also miraculously escaped. The two of them collected twigs and yams to sell while their children begged. Each morning they tied the faggots on each other's back. Nobody bought from them. They ate the yams and some of the children's rice. Finally Fourth Aunt saw what was wrong. "We have to shout 'Fuel for sale' and 'Yams for sale,'" she said. "We can't just walk unobtrusively up and down the street." "You're right," said my uncle, but he was shy and walked in back of her. "Shout," my aunt ordered, but he could not. "They think we're carrying these sticks home for our own fire," she said. "Shout." They walked about miserably, silently, until sundown, neither of them able to advertise themselves. Fourth Aunt, an orphan since the age of ten, mean as my mother, threw her bundle down at his feet and scolded Fourth Uncle, "Starving to death, his wife and children starving to death, and he's too damned shy to raise his voice." She left him standing by himself and afraid to return empty-handed to her. He sat under a tree to think, when he spotted a pair of nesting doves. Dumping his bag of yams, he climbed up and caught the birds. That was where the Communists trapped him, in the tree. They criticized him for selfishly taking food for his own family and killed him, leaving his body in the tree as an example. They took the birds to a commune kitchen to be shared.

It is confusing that my family was not the poor to be championed. They were executed like the barons in the stories, when they were not barons. It is confusing that birds tricked us.

What fighting and killing I have seen have not been glorious but slum grubby. I fought the most during junior high school and always cried. Fights are confusing as to who has won. The corpses I've seen had been rolled and dumped, sad little dirty bodies covered with a police khaki blanket. My mother locked her children in the house so we couldn't look at dead slum people. But at news of a body,

I would find a way to get out; I had to learn about dying if I wanted to become a swordswoman. Once there was an Asian man stabbed next door, words on cloth pinned to his corpse. When the police came around asking questions, my father said, "No read Japanese. Japanese words. Me Chinese."

I've also looked for old people who could be my gurus. A medium with red hair told me that a girl who died in a far country follows me wherever I go. This spirit can help me if I acknowledge her, she said. Between the head line and heart line in my right palm, she said, I have the mystic cross. I could become a medium myself. I don't want to be a medium. I don't want to be a crank taking "offerings" in a wicker plate from the frightened audience, who, one after another, asked the spirits how to raise rent money, how to cure their coughs and skin diseases, how to find a job. And martial arts are for unsure little boys kicking away under fluorescent lights.

I live now where there are Chinese and Japanese, but no emigrants from my own village looking at me as if I had failed them. Living among one's own emigrant villagers can give a good Chinese far from China glory and a place. "That old busboy is really a swordsman," we whisper when he goes by, "He's a swordsman who's killed fifty. He has a tong ax in his closet." But I am useless, one more girl who couldn't be sold. When I visit the family now, I wrap my American successes around me like a private shawl; I *am* worthy of eating the food. From afar I can believe my family loves me fundamentally. They only say, "When fishing for treasures in the flood, be careful not to pull in girls," because that is what one says about daughters. But I watched such words come out of my own mother's and father's mouths; I looked at their ink drawing of poor people snagging their neighbors' flotage with long flood hooks and pushing the girl babies on down the river. And I had to get out of hating range. I read in an anthropology book that Chinese say, "Girls are necessary too"; I have

never heard the Chinese I know make this concession. Perhaps it was a saying in another village. I refuse to shy my way anymore through our Chinatown, which tasks me with the old sayings and the stories.

The swordswoman and I are not so dissimilar. May my people understand the resemblance soon so that I can return to them. What we have in common are the words at our backs. The idioms for *revenge* are "report a crime" and "report to five families." The reporting is the vengeance—not the beheading, not the gutting, but the words. And I have so many words—"chink" words and "gook" words too—that they do not fit on my skin.

**LOS TIGRES BLANCOS**  
**(La Mujer Guerrera: Memorias de Una Infancia Entre Fantasmas)**  
**Maxine Hong Kingston**

**Traducción: Eliana Torres.**

**Edición: Juliana Borrero.**

Cuando nosotras, jóvenes de origen chino, escuchábamos a los adultos hilar historias de nuestra cultura, aprendimos que nuestro destino no era solo crecer para ser esposas o esclavas. Podíamos ser más que eso; heroínas, o tal vez espadachinas. Una espadachina toma represalias contra cualquier persona que hiera a algún miembro de su familia, así tenga que arrasar con toda China. Quizás las mujeres alguna vez fueron tan peligrosas que algunos hombres se vieron obligados a atarles los pies. Hace doscientos años, fue una mujer la que inventó un estilo de arte marcial chino, el boxeo de la grulla blanca; era hija de un entrenador de un templo Shao-Lin, en la provincia de Fújiàn Shěng, y vivía con su padre en una orden de monjes luchadores. Ella ya era una experta en la tradicional pelea China con vara larga. Una mañana, mientras la joven cepillaba su cabello, una grulla blanca se posó en su ventana; ella la hostigó con su vara y esta con un sutil aleteo distanció la vara hacia un costado. Sorprendida, trató de empujar al ave para ahuyentarla del lugar donde se posaba. Cuando de pronto, la grulla quebró su bastón en dos. Al reconocer la presencia del grandioso poder de la grulla blanca, la joven preguntó a aquel espíritu si le enseñaría a pelear. El ave le respondió con un grito, el cual es imitado por los luchadores de hoy. Más tarde, el ave se manifestó en forma de anciano y durante muchos años guio la forma en la que ella luchaba y así fue que la joven dio al mundo una nueva arte marcial.

Este era el preámbulo a otras historias más modernas, simplemente una introducción. Durante años, mi madre nos seguía relatando historias a cerca de espadachinas, bosques y palacios. Noche tras noche, ella solía murmurar esas historias hasta que nos dormíamos. Yo no podía diferenciar cuándo las historias se acababan y los sueños comenzaban. La voz de mi madre se convertía en la voz de las heroínas de mis sueños. Los domingos a partir del mediodía y hasta la media noche íbamos a cine en la iglesia de Confucio. Veíamos cómo las espadachinas se saltaban casas completas, sin siquiera tomar impulso.

Al final, noté que también había estado frente a la presencia de un gran poder, el de mi madre al tejer historias. Cuando crecí, escuché el antiguo canto chino de Fa Mulán, la joven que reemplazó a su padre en la guerra. Inmediatamente recordé que de niña yo seguía a mi madre alrededor de la casa, ambas cantando acerca de cómo Fa Mulán luchó gloriosamente y regresó viva de la guerra para habitar en la aldea. Había olvidado este canto que alguna vez fue mío, entregado a mí por mi madre que puede no haber sabido de su poder para suscitar el recuerdo. Mi madre decía que yo crecería para ser esposa y esclava, pero en realidad me enseñó la canción de Fa Mulán, así que no tuve otra opción que crecer como una verdadera guerrera.

Aquel llamado vendría de un ave que volaba sobre nuestro tejado. En los dibujos a pincel se parece al ideograma de «humano», con sus dos alas negras. El ave atravesaría el sol y se elevaría hacia las montañas (recordando el ideograma de «montaña») brevemente separando la neblina que se arremolinaba y tardaba en opacarse. Tendría solo siete años el día que seguí al ave y me perdí entre las montañas. Mientras escalaba, con los ojos siempre hacia arriba para seguir al ave, aquellos espinosos arbustos de mora rasgarían mis sandalias y las piedras lastimarían mis pies y dedos. Dando vueltas y vueltas a la montaña más alta, cada vez escalando más y más, seguiría el rastro del ave. Bebería agua del río, el cual cruzaría una y otra vez. Llegaríamos tan alto que la vegetación ya no sería la misma, el río ya no sería río sino una cascada. En la cúspide donde el ave solía desaparecer, las nubes tornarían gris el mundo, como un poco de tinta aguada.

Incluso cuando me hubiese acostumbrado a ese gris, sólo veía picos como si fuesen sombreados a lápiz, piedras como a carboncillo; todo turbio. Habría solo dos pinceladas negras – que formaban un ave. Dentro de las nubes, –desde adentro del aliento del dragón– yo no sabría cuántas horas o días habrían transcurrido. De repente, sin ruido alguno, me encontraría en el umbral de un mundo amarillo y tibio. Los árboles jóvenes se inclinarían hacia mí desde el ángulo de la montaña formando curvas, pero cuando buscaba la aldea, esta se habría ocultado entre las nubes.

El ave, ahora dorada por su cercanía al sol, vendría a posarse en el tejado de paja de una cabaña, la cual hasta que las patas del pájaro se posaron encima, estaba camuflada entre la montaña.

**L**a puerta se abrió y una pareja de ancianos salió llevando tazas de arroz, sopa y un frondoso racimo de duraznos.

«Pequeña, ¿has comido arroz hoy?» Me dieron la bienvenida.

«Gracias, ya comí», respondí cortésmente.

(«No, no he comido». En la vida real hubiera respondido, diablos, los chinos somos tan educados que no somos capaces de decir la verdad. «Estoy que muero del hambre. ¿Tienen galletas? Me gustan con chips de chocolate».)

«Íbamos a comer. ¿Por qué no te sientas con nosotros?», dijo la anciana.

Bajo unos pinos, estaba la mesa. Los ancianos trajeron tres tazas de arroz y tres pares de palillos de plata. Me dieron un huevo, como si fuera mi cumpleaños; también un poco de té. Aunque ellos eran mayores que yo, decidí ayudar a servirlo. La tetera y la olla de arroz parecían no tener fondo ¿será posible? La pareja de ancianos comió muy poco, excepto por los duraznos.

Cuando las montañas y los pinos se transformaron en bueyes azules, perros azules y gente en azul también, la pareja de ancianos me pidió que pasara la noche en la cabaña. Al pensar en el largo camino y en su fantasmal oscuridad, decidí que sí. El interior de la cabaña parecía tan grande como por fuera, las agujas de pino cubrían el suelo en patrones definidos, como si alguien las hubiese organizado cuidadosamente según su edad en amarillas, verdes y marrones. Cuando

por descuido pisé una línea sin cuidado, mis pies levantaron nuevas tonalidades, pero las pisadas de los ancianos eran tan ligeras que no alteraban los diseños ni por una aguja.

Había una roca en medio de la casa, la cual usaban de mesa; unos árboles caídos eran los asientos. Los helechos y las flores de sombra habían crecido desmesuradamente en una de las paredes, como si fuesen la ladera de una montaña. La pareja de ancianos me acostó en una cama exactamente de mi tamaño, «respira moderadamente o perderás el equilibrio y caerás» dijo la mujer, mientras me tapaba con una cobija de seda, llena de plumas y hierbas. «Los cantantes de ópera que se preparan desde los 5 años, duermen en camas como esta». Fue ahí cuando ambos salieron y a través de la ventana pude ver que halaban de una cuerda, que colgaba de una rama, la cual estaba atada al techo que se abría como si fuese una canasta. Dormiría con la luna y las estrellas. No supe si los ancianos se durmieron tan rápido como yo, pero sabía que ellos estarían allí en la mañana despertándome con el desayuno.

«Pequeña niña, has pasado casi un día y una noche» dijo la anciana. A plena luz de la mañana, pude ver sus orejas perforadas con oro. «¿Crees que puedes quedarte con nosotros durante quince años? Podemos entrenarte para que te conviertas en una guerrera».

«¿Qué pasará con mi madre y mi padre?» Pregunté.

El anciano descolgó la bebida que tenía en la calabaza, que llevaba en su espalda. Levantó la tapa por el tallo y buscó algo en el agua. «Ahí está», dijo.

Al principio solo vi agua, tan clara que ampliaba las fibras en las paredes de la calabaza. En la superficie solamente vi mi propio reflejo. El anciano rodeó el cuello de la calabaza con su pulgar y su dedo índice y la agitó. A medida que el agua vibró y luego se detuvo, se consolidó una imagen que no reflejaba nada que estuviera a mi alrededor. En el fondo de la calabaza, estaban mi madre y mi padre mirando al cielo, que era donde yo estaba. «Entonces ya sucedió» pude escuchar decir a mi madre. «No lo esperaba tan pronto. Tú sabías desde su nacimiento que se iría», respondió mi padre. «Este año tendremos que cultivar las papas sin su ayuda» dijo mi madre. Se dirigieron hacia los campos, con canastos de paja entre sus brazos. El agua se agitó nuevamente y volvió a ser solo agua. «Mamá, papá» los llamé, pero ellos estaban en el valle y no podían escucharme.

«¿Qué quieres hacer?» preguntó el anciano. «Puedes regresar ahora mismo si lo deseas; puedes ir a sacar papas, o puedes quedarte con nosotros y aprender a pelear contra bárbaros y bandidos».

«Podrás vengar a tu aldea y recuperar la cosecha que los ladrones robaron. El pueblo de Han te recordara por tu compromiso» dijo la anciana. «Me quedaré con ustedes» respondí. Entonces aquella cabaña se convirtió en mi hogar y descubrí que la anciana no había sido quien ordenó las agujas de pino, tan pronto como abrió el techo, un viento otoñal llegó y cayeron formando una trenza. Primero una hebra café, luego una verde y por último una amarilla. La anciana sopló suavemente al compás del movimiento de sus brazos, como dirigiendo una orquesta invisible. La naturaleza actúa de una manera distinta en las montañas y de otra en los valles, pensé. «Lo primero que debes hacer es no perturbarte» recalcó. Luego me llevaron junto a la corriente del río para mirar a los animales. «Si haces ruido, el siervo no se acercará a beber el agua».



Cuando al fin logré arrodillarme un día sin que mis piernas se entumecieran y cuando pude estabilizar mi respiración, las ardillas escondían sus vallas en el dobladillo de mi camisa y luego enrollaban sus colas como si estuviesen en una danza de celebración. En la noche los ratones y los sapos me observaban, como estrellas rápidas y estrellas lenta, luego pensé que tan pronto se apareciera la rana de tres patas<sup>1</sup>, necesitaría varias monedas para atraparla.

Los entrenamientos con los ancianos comenzaban al amanecer y terminaban al anochecer, tanto así que yo podía ver cómo nuestras sombras echaban raíces y luego se encogían para acentuarse en la tierra. Aprendí a mover mis dedos, manos, pies, cabeza y todo el cuerpo en círculos. Mientras caminaba apoyando primero el talón, los dedos formaban un ángulo hacia afuera de 30 a 40 grados, como si estuviera haciendo el ideograma «ocho» para luego hacer el ideograma «humano». Con las rodillas flexionadas, caminaba cautelosamente, asegurando un paso como en la marcha de los más poderosos hacia la guerra. Mi cuerpo comenzó a ser más fuerte después de 5 años. Llegué a controlar las dilataciones de mis pupilas y también aprendí a copiar los sonidos de las lechuzas y de los murciélagos; en chino las palabras para murciélago y bendición son homónimas. Después de seis años pude correr con los venados; pude saltar seis metros en el aire desde una posición inmóvil, abalanzándome como un mono por encima de la cabaña; cuando los pájaros se posaban en la palma de mi mano, podía tensionar tanto los músculos bajo sus patas que no les daba ninguna posibilidad de escapar. Cada criatura tiene una destreza oculta y una habilidad de pelea que los luchadores pueden imitar.

Pero no podía volar como el ave me había traído hasta aquí; solo en mis mejores sueños.

Durante el séptimo año, (cuando cumplí catorce), los ancianos me llevaron a las montañas de los tigres blancos, con los ojos vendados, me sostuvieron de ambos codos y gritaron en mis oídos, «corre». Corrí sin caerme del precipicio del acantilado, en puntas de pies, y sin golpearme la frente contra una pared, corrí cada vez más rápido. Un viento fuerte me empujó sobre raíces, piedras y colinas. Al instante, logramos llegar al lugar del tigre –a una cumbre a un metro del cielo. Ahí tuvimos que agacharnos.

Agitando las manos una sola vez para despedirse, los ancianos se deslizaron por la montaña y desaparecieron alrededor de un árbol. La anciana que era buena arquera llevó consigo el arco y la flecha, el anciano se llevó la calabaza del agua. Yo tendría que sobrevivir con mis propias manos. La nieve caía sobre la tierra, y en suaves ráfagas, –otra forma de la respiración del dragón. Caminé en la dirección en que habíamos venido, y cuando llegué a la orilla del bosque recolecté madera rota de cerezos, peonías, y nogales, que es el árbol de la vida. El fuego, los ancianos me habían enseñado, está almacenado en los árboles que dan flores rojas o frutos rojos durante la primavera o aquellos que sus hojas se vuelven rojas en el otoño. Tomé la leña debajo de los sitios protegidos en los árboles y la envolví en mi bufanda para mantenerla seca. Cavé donde las ardillas podían haber venido, robando una o dos nueces de cada lugar. Estas también las envolví en la bufanda. Es posible, los ancianos dijeron, que una persona sobreviva por cincuenta días sólo bebiendo agua. Guardaría las raíces y las nueces para los duros ascensos, en

---

<sup>1</sup> Nota de la traductora: la rana de tres patas refiere a una leyenda tradicional china en la que dicho animal atrae la buena suerte y la fortuna. Para atraparla, se requiere tener a la mano varias monedas de oro.

los lugares donde nada crecía, la emergencia en caso de no a encontrar la choza. En esta vez no habría pájaro al cual seguir.

La primera noche quemé la mitad de la leña y dormí enrollada junto a la montaña. Escuché los tigres blancos merodeando al otro lado del fuego, pero no pude diferenciarlos de los parches de nieve. La mañana llegó. Me apuré, nuevamente recolectando madera y comestibles. No comí nada y solo bebí de la nieve derretida por mis fogatas.

Los primeros dos días fueron un regalo, el ayuno fue llevadero, yo me sentía tan arrogante acerca de mi resistencia que, en el tercer día, el más difícil, me sorprendí al verme sentada en el suelo, abriendo la bufanda y mirando fijamente las nueces y raíces secas. En vez de caminar firmemente o incluso comer, me desvanecí en delirios de comer las carnes que mi madre solía cocinar, olvidando mi comida de monje. Esa noche quemé casi toda la madera que había recolectado, incapaz de dormir por el hecho de estar enfrentando la muerte –si no la muerte aquí, entonces algún día. Los animales de luna que no hibernaban salieron a cazar, pero yo había renunciado a los hábitos carnívoros desde que vivía con los ancianos. Me rehusaba a atrapar a los ratones que bailaban tan cerca o los búhos que fugazmente se lanzaban en picada a los lados del fuego.

Al cuarto y quinto día, mi visión se agudizó por el hambre, vi ciervos y usé sus rastros cuando nuestros caminos coincidían. Allí, donde los ciervos mordisqueaban, recolecté los hongos, los hongos de la inmortalidad.

Al medio día del décimo día, empaqué nieve, tan blanca como el arroz en el centro de una piedra desgastada la cual había sido señalaba por un témpano de hielo, y alrededor de la roca prendí el fuego. En el agua caliente puse las raíces, las nueces y el hongo de la inmortalidad. Para variar me comí un cuarto de las nueces y raíces crudas. Oh verde ráfaga de felicidad dentro de mi boca, mi cabeza, mi estómago, mis dedos y mi alma –la mejor comida de mi vida.

Un día me encontré que estaba andando a grandes pasos sin ningún impedimento, mi carga se había hecho liviana. La comida se había vuelto tan escasa que ya no me detenía a recolectarla. Había entrado en la tierra muerta. Aquí incluso la nieve se detuvo. No regresé a los lugares más abundantes de comida, de todos modos, no podía quedarme allí. Decidí ayunar hasta llegar a la mitad del camino del bosque más cercano e inicié el recorrido por el sendero rocoso. Con la carga pesada de leña en mi espalda y las ramas punzándome moleestamente, había quemado casi toda la leña para no gastar mi fuerza cargándola.

En algún lugar de la tierra muerta, perdí la cuenta de los días. Parecía como si hubiese estado caminando por siempre; la vida nunca había sido diferente a esto. Los ancianos eran la única ayuda que deseaba. Tenía catorce años y estaba lejos de mi aldea. Caminaba en círculos. ¿Ya había sido encontrada por lo ancianos? ¿o eso estaba por venir? Extrañaba a mi madre y a mi padre. Los ancianos eran solo una parte de esta sensación de estar perdida y de esta hambre.

Un anochecer comí lo que poco me quedaba, pero tenía suficientes ramas para una buena fogata. Miré fijamente a las llamas que me recordaron sobre cuando ayudaba a mi madre a cocinar y esto me hizo llorar. Fue muy extraño mirar el fuego a través de mis lágrimas y ver nuevamente a mi madre. Asentí con la cabeza, tibia y naranja.

Un conejo blanco brincó a mi lado y por un momento pensé que era una masa de nieve sin forma, que había caído del cielo. El conejo y yo nos analizamos mutuamente. Los conejos saben a pollo. Mi madre y mi padre me habían enseñado cómo golpear a los conejos en la cabeza con una tinaja de vino, para luego quitarles la piel y hacer un chaleco con esta. «Es una noche fría para ser un animal,» dije. «¿También quieres un poco de fuego, cierto? Entonces déjame poner más leña». No lo golpearía con la rama; había aprendido de los conejos a dar patadas hacia atrás. Tal vez este estaba enfermo; a los animales normalmente no les gusta el fuego, pensé. Sin embargo, el conejo parecía lo suficientemente alerta, me miraba agudamente mientras se acercaba cada vez más hacia el fuego, pero este no se detuvo cuando llegó al borde de la hoguera. Giró la cabeza hacia mí, una vez y entonces saltó directo al fuego. La fogata se desvaneció por un momento, como si se agachara para que luego las llamas se encendieran más altas que antes. Cuando la fogata se calmó nuevamente, vi que el conejo se había transformado en una carne dorada justo en el punto. Me lo comí sabiendo que se había sacrificado por mí. Se hizo un regalo de carne para mí.

Cuando has estado caminando a través de los árboles, hora tras hora, –y finalmente llegué a los árboles después de cruzar por la tierra muerta– las ramas se atraviesan por todos lados sin importar la dirección en la que tu cabeza gire, hasta que tus ojos crean nuevas visiones. El hambre también cambia el mundo –cuando comer no es un hábito, ni siquiera se puede ver bien. Vi dos personas de oro bailando al ritmo de las danzas de la tierra. Giraban tan perfectamente que juntos formaban el eje de movimiento de la tierra. Eran luz, estaban fundidos, eran oro mutable –bailarines chinos de la danza del león, bailarines africanos de la danza del león a medio paso. Oí prominentes campanas javanasas repicar medio de campanas indias, hindúes, indígenas americanas. Ante mis ojos, las campanas doradas se desmenuzaban en borlas de oro que se abrían en dos capas reales que brillaban –se suavizaban para convertirse en el pelaje de los leones. Las melenas crecían en forma de plumas que brillaban –se convertían en rayo de luz. Entonces los bailarines danzaron el futuro –un futuro máquina– en vestimentas que no había visto antes. Estoy viendo el paso de los siglos en instantes, porque de repente entiendo el tiempo, que gira y se detiene como la Estrella del Norte. Y comprendo cómo el trabajar y arar son un baile, como las ropas de los campesinos son doradas al igual que las ropas del rey, como Siempre un bailarín es hombre y el otro una mujer.

El hombre y la mujer crecieron más y más, demasiado brillo. Todo era luz. Ellos son grandes ángeles en dos líneas, tienen grandes alas blancas en sus espaldas, quizás existan ángeles inmensos, quizás veo dos ángeles en sus momentos consecutivos. No puedo soportar su brillo, cubro mis ojos que duelen de abrirlos tanto sin siquiera parpadear. Cuando bajo mis manos para mirar de nuevo, reconozco al anciano marrón y la anciana gris caminando hacia mí desde el bosque de pino.

Parecería que esta pequeña grieta en el misterio se abrió, no tanto por la magia de los ancianos sino por el hambre. Después, cuando no comía por un largo tiempo, como durante la

hambruna o la batalla, podía mirar fijamente a la gente común y ver su luz y su oro; podía ver su baile. Cuando tengo suficiente hambre, matar y caer también son una danza.

Los ancianos me alimentaron con una sopa caliente de vegetales, después me pidieron que les contara todo acerca de lo que pasó en las montañas de los tigres blancos. Les dije que los tigres blancos me acecharon a través de la nieve, pero que yo me había defendido de ellos con ramas ardientes, y que mis tatarabuelos habían venido a guiarme de manera segura a través de los bosques. Conocí un conejo que me enseñó a cerca de la autoinmolación y la forma de acelerar la transmigración: uno no tiene que convertirse en un gusano primero, pero sí se puede transformar directamente en un ser humano, –así como en nuestra propia humanidad habíamos convertido platos de sopa de verdura en gente. Eso los hizo reír «cuentas buenas historias», dijeron. Ahora ve a dormir y mañana iniciaremos con tus lecciones de dragón”.

«Una cosa más» quise decir. «Los vi y supe realmente cuán viejos son». Pero ya estaba dormida; salió sólo un murmullo. Quería contarles sobre mi último momento del día, pero fue solamente un instante de las semanas en que me había ido, y contarle me tomaría hasta la mañana. Además, ambos ya debían saberlo. Durante los años siguientes, cuando repentinamente me cruzaba con ellos o cuando de los miraba reojo, él apareció como un joven y simpático hombre, alto con cabello largo y oscuro, y ella como una hermosa jovencita que corría por entre los árboles con las piernas descubiertas. En el verano, ella se vestía como una novia; se ponía hojas de enebro en su cabellera y un abrigo negro bordado. Aprendí a disparar de manera precisa, porque mis maestros sostenían los objetivos. De vez en cuando al divisar a lo largo de la flecha, a un lado entreveía al muchacho o la muchacha; pero cuando observaba directamente, él o ella nuevamente se volvían ancianos. Para ese momento había adivinado por sus movimientos que la anciana era más la hermana o la amiga del anciano que su esposa.

Después de que regresé de mi prueba de supervivencia, ambos ancianos me entrenaron en el estilo del dragón, lo cual tomó otros ocho años. Imitar a los tigres, su acecho al matar y su furia, había sido una alegría salvaje y sanguinaria. Los tigres son fáciles de encontrar, pero requerí de sabiduría adulta para reconocer a los dragones. «Tienes que deducir el dragón completo de las partes que puedes ver y tocar», dijeron los ancianos. A diferencia de los tigres, los dragones son inmensos; jamás vería uno en su totalidad. Pero podría explorar las montañas, las cuales son la parte más alta de su cabeza. «Esas montañas son *como* la coronilla de *otros* dragones», los ancianos me contarían. Al escalar las cuestas, pude entender que era solo un insecto subiendo la frente de un dragón, como a medida que este recorre el espacio. Su velocidad tan diferente de la mía, tanto que siento al dragón sólido e inamovible. En los yacimientos pude ver sus capas geológicas, que son las venas y músculos del dragón; los minerales, sus dientes y huesos. Pude tocar las piedras que la anciana vestía –la médula ósea. Había trabajado el terreno, el cual es su propia carne; también cosechado las plantas, y escalado los árboles, que son sus pelos. Podía escuchar su voz en el trueno y sentir su respiración en los vientos, ver su respiración en las nubes. Su lengua es el rayo. Y lo rojo que el rayo da al mundo es fuerza y suerte –en la sangre, las amapolas, rosas, rubíes, las plumas rojas de las aves, las carpas rojas en el agua, los cerezos,

la peonía, la línea al lado de los ojos de la tortuga y del pavo real. En la primavera, cuando el dragón despierta, lo veía arremolinarse en los ríos.

Lo más cerca que vi a un dragón entero fue cuando los ancianos cortaron una pequeña tira de corteza de roble que tenía más de tres mil años. La resina fluye por debajo como formas arremolinadas de dragón, «si decides durante tu vejez que quieres vivir otros quinientos años, ven a este lugar y bebe cinco litros de esta savia» dijeron, «pero no lo hagas ahora eres demasiado joven para decidir si quieres vivir por siempre». Los ancianos me enviaron afuera al corazón de la tormenta eléctrica para recoger la hierba de la nube roja, que crece sólo ahí, la cual es fruto del fuego y de la lluvia del dragón. Llevé las hojas a los ancianos y ellos las comieron para la inmortalidad.

Aprendí a hacer mi mente tan grande como el universo, de manera que haya lugar para las paradojas. Las perlas son médula ósea y vienen de las ostras. El dragón vive en el cielo, en el océano, en los pantanos y las montañas; las montañas también son el cráneo. Su voz son truenos y aquellos tintineos son como sartenes de cobre. Respira fuego y agua, a veces el dragón puede ser uno y otras veces puede ser muchos.

Trabajé todos los días. Cuando llovía me ejercitaba en el aguacero, agradecida de no estar sacando batatas. Me movía como los árboles al viento. Estaba agradecida de no estar pisteadado el barro de los pollos, de lo cual no tenía pesadillas tan frecuentes ahora.

En las mañanas de año nuevo, el anciano me dejaba observar a mi familia en su calabaza. Estaban comiendo la comida más grande del año, y los extrañaba mucho. Me había sentido amada, amor brotando de sus dedos como cuando los adultos ponían dinero rojo<sup>2</sup> en nuestros bolsillos. Mis dos ancianos no me daban dinero, pero cada año, durante quince años, me dieron una perla. Después de que yo destapaba el papel rojo y hacía rodar el abalorio entre el pulgar y los dedos, ellos la tomaban nuevamente para guardarla. Cenábamos comida de monjes, como de costumbre.

Al mirar el agua de la calabaza, fui capaz de ver a los hombres que tendría que ejecutar. Sin saber que yo los miraba, los hombres gordos comían carne; los hombres gordos bebían vino de arroz; los hombres gordos se sentaban sobre niñas desnudas. Vi hombres poderosos contar su dinero, y hombres hambrientos contando el de ellos. Cuando los bandidos traían los botines de las casas que habían robado, yo esperaba hasta que se desenmascararan para saber cuáles de los habitantes del pueblo robaban a sus vecinos. Analicé las caras de los generales, la piel fétida de su nuca temblando bajo sus cabezas. También me aprendí las facciones de los rebeldes; promesas salvajes amarradas en sus frentes.

El anciano señalaba las fortalezas y debilidades de los héroes que se enfrentaban en épicas batallas. La guerra acaba con la belleza de esas lentas batallas antiguas. Vi un joven luchador saludar a su oponente —y cinco campesinos lo golpearon por la espalda con picas y martillos. Su oponente no le advirtió.

«¡Traidores!» grité. «¿Cómo voy a ganar contra ellos?»

---

<sup>2</sup> N de T: En el día de año nuevo los adultos suelen regalar a los niños monedas de oro en sobre rojos para atraer la fortuna. A esta tradición se le conoce como «dinero rojo».

«No te preocupes» dijo el anciano. «Nunca serás atrapada como ese pobre principiante. Puedes ver más allá de ti como un murciélago. Mantén a los campesinos atrás con una mano y mata al guerrero con la otra».

Durante mi menstruación no interrumpí mi entrenamiento; era más fuerte que cualquier otro día. «Ahora eres una adulta», me explicó la anciana en el primer ciclo, que ocurrió a medio camino durante mi estadía en la montaña. «Puedes tener hijos». Yo había pensado que me había cortado cuando saltaba sobre mis espadas; una hecha de metal y la otra tallada de un simple pedazo de jade. «Aun así, te estamos pidiendo que lo pospongas por unos años», añadió.

«¿Y entonces puedo usar el control que me enseñaste para parar este sangrado?»

«No, no puedes parar de cagar y orinar» dijo ella. «Es lo mismo con la sangre, déjala correr» (que en chino sería «déjala caminar»).

Para consolarme por estar sin mi familia durante este día, ellos me dejaron ver el interior de la calabaza. Toda mi familia estaba visitando a unos amigos al otro lado del río. Todos vestían sus mejores ropas y estaban intercambiando pasteles. Era una boda. Mi madre estaba hablando a los anfitriones. «Gracias por aceptar a nuestra hija. Donde sea que esté, ahora debe estar feliz. Ciertamente regresará si está viva, y si es un espíritu, ustedes le han dado una buena descendencia y estamos muy agradecidos».

Sí, yo estaría feliz. Cuán satisfecha estaría con todo su amor para mí. Tendría como esposo mi propio amiguito, querido desde la infancia, quien me amó tanto hasta convertirse en el espíritu de un novio por mí. Seremos tan felices cuando yo regrese al valle, saludable y fuerte y no como un fantasma.

El agua me permitió una vista cercana al maravilloso rostro de mi esposo –y estaba mirando cuando se puso blanco por el repentino acercamiento de hombres armados, golpeando en seco y tintineando. Mi gente agarró sartenes de hierro, sopa hirviendo, cuchillos, martillos, tijeras, cualquier arma llegó a sus manos, pero mi padre dijo «hay demasiados de ellos» y bajaron las armas y esperaron en silencio en la puerta, abierta como si esperaran invitados. Un ejército de jinetes se detuvo en nuestra casa; a lo lejos, las pisadas de los soldados se fueron acercando. Un jinete con escamas de plata ardiendo bajo el sol gritó con un pergamino en sus manos, sus palabras abrieron un orificio rojo en su barba negra. «Su barón ha prometido cincuenta hombres de este distrito, uno por cada familia», dijo, y en ese momento mencionó los apellidos.

«¡No!» Grité a la calabaza.

«Iré yo», mi nuevo esposo y mi hermano menor les dijeron a sus padres.

«No, yo mismo iré» respondió mi padre, pero las mujeres lo retuvieron hasta que los soldados pasaron marchando, llevándose mi esposo y mi hermano.

Perturbada por la marcha de los pies, el agua se batió; y cuando nuevamente se detuvo («¡Esperen, esperen! grité»), sólo habían desconocidos. El barón y su familia, –toda su familia–, golpeaban sus cabezas contra el suelo haciendo reverencia a sus ancestros, y agradeciendo en voz alta a los dioses por protegerlos del reclutamiento. Miré la cara de cerdo del Barón, mascando con la boca abierta sobre el cerdo sacrificado. Sumergí mi mano dentro de la calabaza,

agarrando su gruesa garganta, y él se rompió en pedazos, salpicando toda el agua sobre mi cara y ropa. Invertí la calabaza para vaciarla, pero no salieron personitas.

«¿Por qué no puedo ir allá y ayudarlos?» grité. «Me escaparé con los dos chicos y nos esconderemos en las cuevas».

«No» dijo el anciano. «Aún no estás lista. Tan solo tienes catorce años. Te lastimarían fácilmente».

«Espera hasta que tengas veintidós años» dijo la anciana, «entonces serás mayor y más hábil. Ningún ejército será capaz de detenerte. Si te vas ahora, te matarán y habrás desperdiciado siete años y medio de nuestro tiempo. Le negarás a tu gente la posibilidad de ser una campeadora».

«Ahora soy lo suficientemente hábil para salvar a los chicos».

«No trabajamos tan fuerte para salvar solamente a dos chicos; fue para salvar familias enteras».

Por supuesto.

«¿En realidad creen que seré capaz de hacer eso –vencer a un ejército completo?»

«Aunque te enfrentes a soldados tan entrenados como tú, la mayoría de ellos serán hombres, pesados y rudos. Tendrás la ventaja, no seas impaciente».

«En algunos momentos podrás usar el agua de la calabaza para ver a tu hermano y a tu esposo» dijo el anciano.

Pero el pánico sobre su suerte ya había terminado. Pude sentir una puerta de madera cerrarse dentro de mí. En la granja había aprendido que podía dejar de amar a los animales criados para ser sacrificados. Y podía amarlos inmediatamente cuando alguien decía «este es una mascota», liberándome y abriendo la puerta. Ya habíamos perdido hombres antes, primos y tíos, quienes fueron reclutados por ejércitos o vinculados como aprendices, que son casi tan poco importantes como las niñas esclavas.

Sangré y pensé en la gente que está por ser asesinada; sangré y pensé en la gente que está por nacer.

Durante todos mis años en la montaña, no hablé con nadie excepto con los dos ancianos, pero ellos parecían ser muchas personas. El mundo entero vivía dentro de la calabaza, la tierra era una gran perla azul y verde con la que el dragón juega.

Cuando pude apuntar al cielo y hacer aparecer una espada, un rayo plateado en la luz del sol, y controlar su estocada con mi mente, los ancianos dijeron que estaba lista para irme. El anciano sacó la calabaza por última vez. Vi al mensajero del barón irse de nuestra casa y a mi padre diciendo «esta vez debo ir a luchar». Debo apurarme a bajar de la montaña para tomar su lugar. Los ancianos me dieron quince perlas las cuales debía usar si llegase a estar en grave peligro. Me dieron ropa de hombre y una armadura. Nos reverenciamos mutuamente de despedida. El pájaro voló encima de mi montaña abajo durante algunos kilómetros, siempre que volteaba a buscarlos, ahí estarían los dos ancianos agitando las manos. Los vi a través de la niebla; los vi en las nubes; los vi gigantes en la cima de la montaña cuando la distancia había

encogido a los pinos. Probablemente me habían dejado imágenes de sí mismos despidiéndose y se habían ido a ocuparse de sus propios asuntos.

Cuando llegué a mi pueblo, mi padre y mi madre habían envejecido tanto como dos formas que ya casi no podía ver. Ayudé a mis papás a cargar sus herramientas, y ellos caminaron adelante en línea recta, cada uno cargando un canasto o un azadón para no sobrecargarme, sus lágrimas cayendo íntimamente. Mi familia me rodeó con tanto amor que casi olvidé a aquellos que no estaban ahí. Admiré a los nuevos niños.

«Algunas personas están diciendo que los ocho sabios te llevaron para enseñarte magia» me dijo una primita. «También mencionaron que te convirtieron en un pájaro y volaste con ellos».

«Algunos dijeron que te fuiste a la ciudad y te convertiste en prostituta», dijo otro primo mientras reía nerviosamente.

«Podrías decirles que conocí a unos profesores que me enseñaron ciencias» dije.

«He sido reclutado» anunció mi padre.

«No Padre, yo te remplazaré». Le respondí.

Mis padres mataron un pollo y lo cocinaron al vapor por completo, parecía que le estuvieran dando la bienvenida a un hijo, pero yo había dejado el hábito de comer carne. Después de comer arroz y verduras, dormí durante un largo rato, preparándome para el trabajo que venía.

En la mañana mis padres me despertaron y me pidieron ir con ellos al salón familiar. «Quédate en pijama» dijo mi madre, «no te cambies». Ella sostenía una vasija, una toalla y una caldera con agua caliente. Mi padre tenía una botella de vino, un bloque de tintas y lápices, también cuchillos de varios tamaños. «Ven con nosotros», dijo él. Mis padres habían detenido las lágrimas que se les escaparon cuando me saludaron. Premeditadamente sentí un olor metálico, el olor a hierro de la sangre, como cuando una mujer da a luz, como cuando se sacrifica un animal enorme, como cuando yo menstruaba y tenía sueños rojos.

Mi madre puso una almohada en el suelo ante los ancestros. «Arrodíllate aquí», me pidió «ahora, quítate la camisa». Me arrodillé dándole la espalda a mis padres para que ninguno de nosotros se sintiera avergonzado. Mi madre lavó mi espalda como si yo me hubiese ido solamente un día y aún fuera su bebé. «Vamos a tallar la venganza en tu espalda» dijo mi padre, «escribiremos los juramentos y nombres completos».

«A donde sea que vayas, sin importar lo que te pase, la gente sabrá de nuestro sacrificio» dijo mi madre «y tú nunca lo olvidarás tampoco». Lo que ella quería decir era que si me mataban, la gente podría usar mi cuerpo como un arma. No nos gusta hablar mucho sobre la muerte en voz alta.

Primero, mi padre escribió las palabras con tinta, haciendo estremecer mi espalda hilera tras hilera. Luego empezó a cortar; para hacer las líneas finas y los puntos usó cuchillas delgadas, para las líneas gruesas usó cuchillas grandes.

Mi madre detuvo el sangrado y limpió los cortes con una toalla fría empapada en vino, me dolía terriblemente –los cortes lacerantes; el aire quemando; el alcohol frío y después caliente– el dolor tan diverso. Me agarré las rodillas, las solté. Ni la tensión ni la relajación ayudaron, quería llorar. Si no hubiera sido por los quince años que tuve de entrenamiento, me hubiera retorcido en



el suelo; me hubieran tenido que sujetar con fuerza. La lista de agravios seguía y seguía, si un enemigo llegara a despellejarme, la luz brillaría a través de mi piel como un encaje.

Al final de la última palabra, caí hacia delante. Juntos, mis padres cantaron lo que habían escrito, después me dejaron descansar. Mi madre abanicó mi espalda «estaremos contigo hasta que tú espalda cure», dijo.

Cuando nuevamente pude sentarme, mi madre trajo dos espejos, pude ver mi espalda llena de hileras de palabras en rojo y negro, como un ejército, como mi ejército. Mis padres me cuidaron como si yo hubiese caído en batalla después de muchas victorias. Pronto recuperé mis fuerzas.

Un caballo blanco entró en el patio donde yo estaba puliendo mi armadura. Aunque las puertas estaban cerradas bien aseguradas, entró a través de la puerta lunar –un majestuoso caballo blanco. Llevaba una silla y un freno con borlas rojas, doradas y negras que iban y venían. La silla era justo de mi tamaño, tallada con tigres y dragones arremolinados. El caballo blanco manoteó la tierra para que me acercara. En sus cuatro cascos estaba el ideograma «volar».

Mis padres y yo estábamos esperando una señal como esta. Tomamos las finas alforjas del caballo y las llenamos de ungüentos y hierbas, hierbas azules para lavar mi cabello, sacos extra, duraznos secos. Para comer, me dieron la elección de palillos de marfil o de plata, escogí los de plata porque eran mucho más livianos. Fue como recibir regalos de boda. Los primos y otras personas de la aldea llegaron con mermeladas de naranja brillantes, vestidos de seda y tijeras de plata para bordar. Trajeron tazones de porcelana azules y blancas llenos de agua y carpas nadando – en los tazones había carpas pintadas, con aletas como fuego naranja. Acepté todos los regalos –las mesas, los jarrones de barro– aunque posiblemente no podría llevarlos conmigo, seleccioné para el viaje un solo tazón pequeño de cobre para cocinar. Podría cocinar y comer en él y no tendría que buscar rocas en forma de taza o caparazones de tortuga.

Me puse mi ropa de hombre y la armadura, recogí mi cabello como los hombres lo hacen. «Qué hermosa te ves», decía la gente. «Cuán hermosa luce».

Un joven salió de la multitud. Se me hacía conocido; como si él fuese el hijo del anciano, o el mismo anciano cuando lo miraba de reojo.

«Quiero ir contigo», me dijo.

«Serás el primer soldado de mi ejército», le respondí.

De un salto me monté al lomo de mi caballo y me maravillé con el poder y altura que me otorgaba. Fue entonces, cabalgando hacia ninguna parte, cuando vino directo hacia mí un jinete sobre un caballo negro. Los habitantes de la aldea se dispersaron por completo, a excepción de mi único soldado, quien permaneció quieto en el camino. Desenvainé mi espada, «¡espera!». Gritó aquel jinete mientras alzaba las manos sin arma alguna. «Espera. He viajado hasta aquí para acompañarte».

En ese momento, los habitantes me concedieron sus regalos reales –sus hijos. Las familias que habían escondido a sus hijos durante el reclutamiento, ahora los entregaban voluntariamente. Seleccioné a aquellos que sus familias podían dar, y a aquellos con fuego heroico en sus ojos y no los padres jóvenes ni a aquellos que romperían corazones con su partida.

Estábamos mejor equipados que muchos de los fundadores de las dinastías cuando habían caminado hacia el norte para destronar a un emperador; habían sido campesinos, tal como nosotros. Millones de nosotros habíamos dejado nuestros azadones sobre la tierra seca y nos habíamos dirigido hacia el norte. Nos sentamos en los campos, de los cuales el dragón había retirado su humedad y había afilado esos azadones. Entonces, por lo menos durante dieciséis mil kilómetros, caminamos hacia el palacio. Nos presentaríamos ante el emperador. El emperador, quien estaba sentado mirando hacia el sur, debió aterrarse –había campesinos en todos lados, caminaban día y noche hacia la capital, hacia Peiping. Los últimos emperadores de las dinastías no debieron haber mirado en la dirección correcta, pues de habernos visto no nos hubieran dejado tener tanta hambre. No habríamos tenido que gritar nuestros agravios. Los campesinos coronarían como emperador a otro campesino que supiera de la tierra o a un mendigo que entendiera del hambre.

«Gracias madre, gracias padre» dije antes de irme. Ellos habían tallado en mí sus nombres y dirección, y yo regresaría.

Con frecuencia caminé al lado de mi caballo para viajar junto a mi ejército. Cuando teníamos que impresionar a otros ejércitos –saqueadores, filas de refugiados amontonados unos contra otros, pandillas de muchachos siguiendo a sus maestros de artes marciales– yo me montaba y cabalgaba al frente. Los soldados que tenían caballos y armas posarían ferozmente a mi izquierda y derecha. Las pequeñas bandas se unieron a nosotros, pero a veces ejércitos de igual o mayor fuerza se enfrentaban a nosotros. Luego soltando un poderoso grito y balanceando dos espadas sobre mi cabeza, atacaba a los líderes; mandé contra ellos a mi ejército sanguinario y a mi pujante caballo de guerra. Guie al caballo con mis rodillas, liberando ambas manos para empuñar las espadas que giraban en círculos verdes y plateados a mi alrededor.

Inspiré a mi ejército y lo alimenté. En la noche, les entonaba gloriosos cantos que caían del cielo y entraban a mi cabeza. Cuando abría mi boca, los cantos brotaban y eran lo suficientemente ruidosos para que todo el campamento los escuchara; mi ejército se extendió por un kilómetro y medio. Cosimos banderas rojas y atamos los retazos rojos alrededor de nuestros brazos, piernas y en las colas de los caballos. Usábamos ropa roja para que cuando visitáramos una aldea, nos viéramos tan felices como en el día de año nuevo. Luego la gente querría unirse a nuestras filas. Mi ejército no violaba a nadie, solo tomaba comida de donde había en abundancia. Llevábamos el orden a donde íbamos.

Cuando me hice a un considerable número de guerreros, fortalecí mi ejército lo suficiente para atacar a los feudos y perseguir a los enemigos que había visto en la calabaza.

Mi primer oponente resultó ser un gigante, mucho más grande que el mamarracho de general al que solía espiar. Durante el ataque, señalé al líder, que se hizo más grande cuando corrió hacia mí. Nuestros ojos se bloquearon hasta que su estatura hizo tensar mi cuello al mirar hacia arriba, mi garganta tan vulnerable al golpe del cuchillo que mis ojos cayeron hacia los puntos secretos de la muerte en su enorme cuerpo. Primero corté su pierna con un solo espadazo, como Chen Luan-feng había cortado la pierna del dios del trueno. Cuando el gigante pisoteó hacia mí, corté su cabeza. Instantáneamente volvió a su verdadero ser, una serpiente, y se deslizó

lejos silbando. La pelea a mi alrededor acabó cuando los ojos y bocas de los combatientes se abrieron ampliamente por el asombro. Los hechizos del gigante ahora estaban rotos, sus soldados, viendo que habían sido liderados por una serpiente, me prometieron su lealtad.

En la calma posterior a la batalla, busqué en las cimas de las montañas; quizás el anciano y la anciana estarían mirándome y disfrutarían que yo lo supiera. Se reirían al ver a una criatura parpadeándoles desde el fondo del agua de la calabaza. Pero en una cornisa verde sobre el campo de batalla vi a las esposas del gigante llorando. Ellas se habían bajado de sus palanquines para ver a su esposo pelear conmigo, y ahora se abrazaban mutuamente llorando. Eran dos hermanas, dos pequeñas hadas contra el cielo, viudas de ahora en adelante. Sus mangas largas, las cuales habían arrancado para limpiar sus lágrimas, volaron en el viento de la montaña trayendo el luto blanco. Después de un rato, regresaron a la silla de manos y sus sirvientes las llevaron.

Lideré a mi ejército hacia el norte, casi nunca tuve que detenerme; el mismo emperador enviaba a los enemigos que yo estaba buscando. Algunas veces nos atacaban de dos o tres lados; algunas veces me emboscaban cuando me adelantaba. Siempre ganaríamos, Kuan Kung, el dios de la guerra y la literatura cabalgaba tras de mí. Yo sería narrada en cuentos de hadas. Escuché por casualidad a algunos soldados decir –y ahora había muchos que no me conocían– que siempre que estuviéramos en riesgo de perder, yo haría un gesto y el ejército contrario caería en el campo de batalla. Granizos tan grandes como cabezas saldrían disparados del cielo y el rayo hendiría como las espadas, pero nunca a aquellos de mi lado. «Del lado de él», dijeron. Nunca les dije la verdad. Los chinos ejecutaban a las mujeres que se disfrazaban como soldados o estudiantes, sin importar cuán valiente ellas fueran o cuán altas fueran sus calificaciones.

Una mañana de primavera estaba trabajando en mi carpa reparando el equipo, remendando mi ropa y estudiando mapas, cuando una voz dijo: «General, ¿puedo entrar a su tienda de campaña, por favor?» Como si estuviera en mi propia casa, yo no permitía extraños en mi carpa. Y ya que no tenía familia conmigo, ninguna persona me visitaba adentro. Las orillas del río, la ladera, los frescos espacios bajo los pinos inclinados –China abastece a sus soldados con bastantes lugares para reunirse. Abrí la solapa de la tienda. Y en la luz del sol estaba de pie mi propio esposo con sus brazos llenos de flores silvestres para mí. «Eres hermosa» dijo, y realmente lo quería decir. «Te he buscado por todas partes. He estado buscándote desde el día que el ave voló lejos contigo». Estábamos tan encantados el uno con el otro, el amigo de infancia recuperó al fin su amiga de infancia que misteriosamente había crecido. «Te he seguido, pero pasaste tan rápido por el borde de las rocas que te perdí».

«También he estado buscándote,» respondí, ahora la tienda de campaña nos acogió como una casa secreta como cuando éramos niños. «Siempre que escuchaba hablar de un buen guerrero, iba a ver si eras tú» dije. «Vi que te casaste conmigo. Estoy muy feliz de que lo hayas echo».

Él lloró cuando me quitó la camisa y vio las palabras cicatrizadas en mi espalda. Soltó mi cabello y las cubrió con este. Me di la vuelta y toqué su cara, amando primero lo familiar.

Entonces por un tiempo tuve pareja –mi esposo y yo, marchando juntos como cuando éramos soldaditos jugando en la aldea. Cabalgamos uno al lado del otro en las batallas. Cuando

quedé embarazada, durante los últimos cuatro meses, usé mi armadura modificada para que me viera como un hombre grande y poderoso. Como si fuera un hombre gordo, caminé con los soldados de a pie para no afectar la gestación con el rebote del caballo. Cuando estaba desnuda, en efecto era un ser humano extraño –con las palabras talladas en mi espalda y el bebé grande al frente.

Me escondí de la batalla solo una vez, cuando di a luz a nuestro bebé. En sueños oscuros y plateados lo había visto caer del cielo, cada noche más cerca de la tierra, su alma era una estrella. Justo antes de que el parto iniciara, los últimos rayos de estrella se hundieron en mi vientre. Mi esposo me hablaba y no se iba, aunque le dije que regresara al campo de batalla. Él recibió al bebé, un niño, y lo puso en mi pecho. «¿Qué vamos a hacer con esto?» preguntó, sosteniendo un trozo de cordón umbilical.

«Amarrémoslo a una asta hasta que se seque», dije. Ambos habíamos visto las cajas en las que nuestros padres guardaban los cordones secos de todos sus hijos. «Este era tuyo, y este tuyo», mi mamá nos decía a hermanos y hermanas, y nos asombraba que ella pudiera recordarlo.

Hicimos un fular para cargar al bebé al interior de mi gran armadura, y regresamos a la parte más densa de la batalla. El cordón umbilical ondeaba con la bandera roja y nos hacía reír. En la noche, dentro de nuestra tienda de campaña, dejaba al bebé montado en mi espalda. El fular estaba hecho de satín rojo y seda morada; las cuatro tiras estampadas de amibas que ataban en cruz mis senos y alrededor mi cintura, terminaban en bolsillos de ama de casa bordeado con una moneda, una semilla, una nuez y una hoja de enebro. Al fondo del fular había cosido un triángulo acolchado, rojo en su centro y rodeado por dos tonos de verde; esta marca en la nuca del bebé atraía la suerte. Yo caminaba inclinada y el bebé se calentaba contra mí, su respiración a ritmo con la mía, su corazón latiendo como mi corazón.

Cuando el bebé tenía un mes, le pusimos un nombre y afeitamos su cabeza. Para la ceremonia del mes completo, mi esposo había encontrado dos huevos los cuales teñimos de rojo al hervirlos con una bandera. Pelé uno y lo deslicé por toda la cabeza del bebé, sus ojos, sus labios, fuera bajando de la punta de su nariz, sus mejillas, su cabecita calva y mollera. Yo tenía cáscara seca de toronja en mi alforja, y también la hervimos. Lavamos nuestras cabezas y manos en el agua de toronja, tocando suavemente la frente y manos del bebé. Después le entregué a mi esposo el bebé y le dije que lo llevara con su familia; le di todo el dinero que habíamos tomado en los asaltos para llevarlo a mi familia. «Ve ahora», dije, «antes de que crezca lo suficiente para reconocerme». Mientras la escasa visión aún esté en sus ojos y sus pequeños puños se cierran firmemente como los capullos, enviaré a mi bebé lejos de mí. Modifiqué mis ropas y nuevamente volví a ser el delgado hombre joven. Únicamente ahora me sentiría tan sola con la carpa tan vacía que dormiría afuera.

Mi caballo blanco volcó los baldes y bailó sobre ellos; levantó copas llenas de vino con sus dientes. Fuertes soldados levantaron el caballo en un contenedor de madera, mientras bailaba al son de los tambores de piedra y la música de flauta. Jugaba con los soldados, lanzando flechas dentro de una jarra de bronce. Pero ninguna de estas payasadas me pareció tan divertida como cuando al principio me puse en marcha.

Fue durante este tiempo solitario en que cualquier chillido fuerte hacía que se derramara la leche de mis pechos, que me descuidé. Las flores silvestres me distraían por lo que las seguí, recogiendo una tras otra hasta que me encontré sola en el bosque. Detrás de los árboles, brotando de las ramas apareció el enemigo, su líder se acercó como un genio que salía de la calabaza. Lancé mis puños y pies contra ellos, pero eran tantos que me lanzaron al piso mientras su líder desenvainaba su espada. Mi miedo se disparó —una espada rápida y penetrante que despedazaba ferozmente. Veía destellos plateados a donde fuera que mi atención se dirigiera. El líder miró fijamente a la espada sacudiéndose en el aire ante sus hombres sin ninguna mano que la agarrara, luego se rio en voz alta. Como invocadas por su risa, otras dos espadas aparecieron en el aire. Se chocaron contra la mía, y sentí el metal vibrar dentro de mi cerebro. Quería que mi espada golpeará hacia atrás y que fuera tras la cabeza que controlaba las otras espadas. Pero el hombre luchó bien, hiriendo mi cerebro. Las espadas se abrieron y cerraron, tije-teando locamente, el metal retumbando contra el metal. Incapaz de dejar mi espada de cielo trabajar por sí sola, estaba viendo las espadas moverse como marionetas cuando el genio tiró mi pelo hacia atrás y sostuvo una daga contra mi garganta. «¡Ajá!» dijo «¿Qué tenemos aquí?» Sacó la bolsita de perlas de la buena suerte de mi camisa y cortó el cordón. Agarré su brazo, pero una de sus espadas se zambulló hacia mí y rodé lejos de él. Un caballo se acercó galopando y él saltó sobre este, escapando hacia el bosque, con mis perlas en su puño. Sus espadas se quedaron lucharon detrás de él hasta que lo escuché gritar, «¡aquí estoy!» y volaron a su lado. Así que había batallado contra el príncipe quien había mezclado la sangre de sus dos hijos con el metal que había utilizado para fundir sus espadas.

Corrí de regreso hacia mis soldados y junté a los jinetes más veloces para la persecución. Nuestros caballos corrían como los caballitos de mar blancos entre las olas. Cruzando una planicie pudimos ver al enemigo, un torbellino turbulento hacia el horizonte. Queriendo ver, enfoqué mis ojos como las águilas me habían enseñado, y ahí estaría el genio —sacando una perla de la bolsa y arrojándola hacia nosotros. Nada sucedió. No hubo truenos, ni terremotos que abrieran la tierra, ni granizos grandes como cabezas.

«¡Deténganse!» le ordené a mis jinetes. «Nuestros caballos están exhaustos y no quiero seguir la persecución hacia el sur». Las victorias restantes serían ganadas por mi cuenta, despacio y sin atajos.

Me detuve en la cima de la última colina antes de Peiping y vi fluir debajo de mí los caminos como ríos vivos. Entre los caminos los bosques y planicies también se movían; la tierra estaba poblada —la gente de Han, las Personas de los Cien Apellidos<sup>3</sup>, marchando con un solo corazón, con nuestros harapos al viento. La profundidad y anchura del júbilo eran conocidas para mí precisamente: la población china. Después de grandes adversidades, una parte de nuestros millones habíamos llegado juntos a la capital. Encaramos al emperador en persona. Lo decapitamos, limpiamos el palacio e investimos al campesino que iniciaría el nuevo orden. Con sus harapos, se sentó en el trono mirando hacia el sur, y nosotros, una gran multitud roja, lo

---

<sup>3</sup> N. de T: Los *Cien Apellidos* corresponden a un texto clásico chino que incluye, actualmente, cerca de los 500 apellidos más comunes en China.

reverenciamos tres veces. Encomendó a algunos de nosotros para que fuéramos sus primeros generales.

Le dije a las personas que habían venido conmigo que ahora podrían irse a casa, pero debido a que la Gran Muralla estaba tan cerca, yo iría a verla. Ellos podrían venir si querían. Entonces, reacios a separarse después de tan grandes aventuras, alcanzamos el límite más al norte del mundo, persiguiendo a los mongoles en el camino.

Palpé la Gran Muralla con mis propios dedos, pasando el borde de mis manos por entre las piedras, delineando las marcas que las manos los constructores habían dejado. Recargamos nuestras frentes y mejillas contra la Gran Muralla, y lloramos como las mujeres que habían venido hasta aquí buscando a sus hombres después de tanto tiempo construyendo ese muro. En mis viajes al norte, no encontré a mi hermano.

Llevando las noticias del nuevo emperador, volví a casa, donde otra batalla me esperaba. El barón que había reclutado a mi hermano aún estaría dominando nuestra aldea. Tras haber dejado ir a mis soldados en los cruces de caminos y los puentes, atacé la fortaleza del barón sola. Salté por encima de los muros dobles y aterricé con las espadas listas y las rodillas flexionadas, lista para la acción. Cuando nadie me abordó, envainé las espadas y anduve como un huésped hasta que encontré al barón. Estaba contando su dinero, sus dedos gordos con anillos jugando sobre el ábaco.

«¿Quién eres? ¿Qué quieres?» dijo, rodeando su recaudación con sus brazos. Estaba sentado en el piso, cuadrado y gordo como un dios.

«Vengo a tomar tu vida como forma de pago por tus crímenes en contra de los aldeanos».

«Yo no te he hecho nada. Todo esto es mío. Me lo he ganado. No te lo robé. Nunca te había visto en mi vida. ¿Quién eres?»

«Soy una mujer vengadora»

Luego –pobre hombre– trató de ser agradable, de persuadirme de hombre a hombre. «Oh, por favor. Todo hombre sabe que puede disponer de las niñas cuando quiera. Las familias se alegran al librarse de ellas. “Las niñas son gusanos en el arroz”. “Es más útil criar gansos que hijas”». Él repitió varios dichos que yo odiaba.

«Arrepiéntete de lo que has hecho antes de que te mate» dije.

«No he hecho nada que otros hombres –incluyéndote– no hubiesen hecho en mi lugar».

«Me quitaste a mi hermano».

«Yo libero a mis aprendices».

«Él no era un aprendiz».

«China necesita soldados en tiempo de guerra».

«Me quitaste mi niñez».

«No sé de qué estás hablando. Nunca nos habíamos visto antes. No te he hecho nada».

«Has hecho esto», dije y rasgué mi camisa para mostrarle mi espalda. «Eres responsable de esto». Cuando vi sus ojos sorprendidos sobre mi busto, le corté todo su rostro y en el segundo hachazo corté su cabeza.

Halé de vuelta mi camisa y abrí la casa a los habitantes de la aldea. La familia del barón y sus sirvientes se escondieron en los roperos y bajo las camas. Los aldeanos los arrastraron al patio, donde los juzgaron junto a la guillotina. «¿Tomaron mi cosecha para que mis niños tuvieran que comer pasto?» preguntó un agricultor llorando.

«Lo vi robar semillas de cereal», otro testificó.

«Mi familia se estaba escondiendo bajo la paja sobre el techo cuando los bandidos robaron nuestra casa, y vimos a este quitándose la máscara». Perdonaron a aquellos que demostraron que podían reformarse. Decapitaron a los otros. Sus cuellos estaban encajados en la guillotina, la cual lentamente caía. La cuchilla se detuvo en el último minuto sobre uno de los guardias, un testigo gritó su testimonio justo cuando el tornillo empezaba a chorrear sangre. Ese guardia se había unido a la casa del barón recientemente en un intercambio por un niño rehén. Una muerte lenta le da tiempo al criminal para arrepentirse de sus crímenes y pensar en las palabras correctas para comprometerse a cambiar.

Busqué en la casa del barón, ubicando personas para el juicio. Hallé una habitación asegurada. Cuando derribé la puerta encontré mujeres, encogiéndose de miedo, mujeres sollozando. Escuché el chillido ruidoso de insectos y sus patitas escabulléndose. Las mujeres parpadearon débilmente hacia mí, como los faisanes que han estado criados en la oscuridad para producir una carne más suave. Los sirvientes que habían llevado a las mujeres allí las habían abandonado, y ellas no podían escapar con sus piecitos amarrados. Algunas se alejaron de mí a rastras, usando sus codos para deslizarse por el piso. Estas mujeres no serían buenas para nada. Llamé a los aldeanos para identificar algunas hijas que ellos querían que regresaran a casa, pero nadie reclamó a ninguna. Le di a cada mujer una bolsa llena de arroz, en las cuales ellas se sentaron. Rodaron las bolsas por el camino. Deambularon lejos como fantasmas. Después, se diría que se convirtieron en una banda de espadachinas, un ejército de mercenarias. No se vestían de hombres como yo, pero cabalgaban como mujeres en vestidos negros y rojos. Compraron niñas bebés para que muchas familias pobres le dieran la bienvenida a su aparición. Cuando las esclavas y nueras huían, la gente decía que se unían a esas brujas amazonas. Mataban hombres y niños. Personalmente nunca encontré a tales mujeres, no podría responder por su realidad.

Después de los juicios derribamos las placas de los ancestros<sup>4</sup>. «Utilizaremos esta gran sala para las reuniones de la aldea» anuncié. «Aquí presentaremos las óperas; cantaremos juntos e haremos historias». Lavamos el patio; exorcizamos la casa con humo y papel rojo. «Este es un nuevo año», le dije a la gente, «el primer año».

Regresé a la casa de mis suegros y mi esposo y mi hijo. Mi hijo me miró fijamente, muy impresionado por el general que había visto en el desfile, pero su padre le dijo «es tu madre. Ve con tu madre». Mi hijo estaba encantado de que el radiante general también fuera su madre. Ella le dio su casco para usarlo y sus espadas para sostenerlas.

---

<sup>4</sup> N. de T: son unos letreros conmemorativos a los ancestros de cada familia que se pueden ubicar en un pasillo de las casas familiares o en los templos.

Usando mi negro y bordado abrigo de bodas, me arrodillé ante los pies de mis suegros, tal como lo hubiera hecho de novia. «Ahora mis deberes públicos han terminado», dije. «Me quedaré con ustedes, trabajando en la granja y en la casa, y dándoles más hijos».

«Primero ve a visitar a tu madre y padre», dijo mi suegra, una mujer generosa. «Ellos quieren darte la bienvenida».

Mi madre y padre y toda la comunidad estarían felices viviendo con el dinero que les había enviado. Mis padres habían comprado sus ataúdes. Sacrificarían un cerdo a los dioses por mi regreso. De las palabras en mi espalda y cómo se cumplieron, los aldeanos relatarían una leyenda acerca de mi perfecta filiación.

**M**i vida como estadounidense ha sido toda una decepción.

«Obtuve perfectas calificaciones, mamá».

«Déjame contarte una historia real acerca de una chica que salvó su aldea».

No pude determinar cuál fue mi aldea. Y era importante que yo hiciera algo en grande, o de lo contrario mis papás me venderían cuando fuéramos de regreso a China. En China se sabía qué hacer con las niñas que comían mucho y hacían berrinches. No puedes comerte las calificaciones perfectas.

Cuando uno de mis padres o aldeanos emigrantes decían «alimentar a las niñas es como alimentar mirlos», yo azotaría tan fuerte el piso, gritaría tan fuerte que no podía hablar. No podía parar.

«¿Qué es lo que le pasa a ella?»

«No lo sé. Está mal, creo. Tú sabes cómo son las chicas. “No hay ningún beneficio al criar niñas. Es mejor criar gansos que niñas”».

«Yo la golpearía si fuera mía. Pero entonces no hay propósito al gastar toda esa disciplina en una niña. “Cuando crías chicas, estás criando hijos para desconocidos”».

«¡Detén ese lloriqueo!» mi madre gritaría «Voy a golpearte si no paras. ¡Niña mala, no más!». Voy a recordar nunca golpear o regañar a mis niños por llorar, pensé, porque entonces ellos solo llorarán más.

«No soy una niña mala» gritaría. «No soy una niña mala, no soy una niña mala». También pude haber dicho «no soy una niña».

«Cuando eras pequeña, todo lo que tenías que decir para ponerte llorar era “no soy una niña mala”» dice mi madre, entretejiendo historias de mi infancia.

Ponía atención cuando los aldeanos emigrantes sacudían su cabeza hacia mi hermana y a mí. «Una chica –y otra chica» decían y hacían avergonzarse a nuestros padres para que todos nos fuéramos. La mejor parte de que mis hermanos nacieran fue que la gente dejara de decir «todas niñas», pero aprendí nuevos agravios. «¿Deslizaste un huevo en *mi* cara como cuando *yo* estaba recién nacida?». «¿Tuviste un mes completo de fiesta por *mí*?» «¿Prendiste todas las luces?» «¿Enviaste *mi* foto a la abuela?» «¿Por qué no?» «¿Porque soy una niña?» «¿Es que por eso que no?» «¿Por qué no me enseñaste inglés?» «Te gusta que me golpeen en el colegio, ¿cierto?».



«Ella es muy mala, ¿verdad?» dirían los emigrantes de la aldea.

«Vengan niños. Apuren. Apuren. ¿Quién quiere salir con el tío abuelo?» En las mañanas de los sábados mi tío abuelo, ex pirata de río, hacía las compras. «Tomen sus abrigos los que vengan conmigo».

«Yo voy, yo voy. Espérenme».

Cuando él escuchaba las voces de las niñas, se lanzaba sobre nosotras y rugía «No niñas» y con mis hermanas nos quedábamos descolgando nuestros abrigos, sin mirarnos las unas a las otras. Los niños volvían con dulces y juguetes nuevos. Cuando caminaban a través del barrio chino, la mayoría de gente debió haber dicho «un chico –y otro chico– ¡y otro chico!». En el funeral de mi tío abuelo, secretamente me sentí contenta de que él estuviera muerto –ya estaba tres metros bajo su masculinidad.

Fui lejos a la universidad –Berkeley en los sesentas– y estudié, y marché para cambiar el mundo, pero no me convertí en un chico. Me hubiera gustado regresar como un chico para que mis padres me dieran la bienvenida con pollos y cerdos. Eso fue para mi hermano, quien volvió vivo de Vietnam.

Si yo iba a Vietnam, no regresaría; las mujeres abandonan las familias. Se decía «en las mujeres existe una tendencia al exterior» lo que significa que yo estaba teniendo perfectas calificaciones para el bien del futuro de la familia de mi esposo, no para mí. Jamás planeé tener marido. Le demostraría a mi madre y mi padre y a los emigrantes chismosos de la aldea que las chicas no tenemos tendencia al exterior. Dejé de tener calificaciones perfectas.

Y todo el tiempo estaba convirtiéndome a mí misma en la mujer estadounidense, o sin citas.

Hay una palabra china para referirse al *Yo en femenino* –la cual es «esclava». ¡Rompen a las mujeres con sus propias lenguas!

Me rehusé a cocinar. Cuando tenía que lavar los platos, rompería uno o dos. «Chica mala» mi madre gritaba, y a veces eso me deleitaba más en vez de hacerme llorar. ¿No es una chica mala casi un chico?

«¿Qué quieres ser cuando crezcas niña?»

«Un leñador en Oregón».

Inclusive ahora, a menos que esté feliz, quemo la comida cuando cocino. No invito gente a comer. Dejo los platos sucios pudrirse. Como en la mesa de otras personas pero no los invitaré a la mía cuando los platos están pudriéndose.

Si no podré comer, quizás podré hacer de mí misma una guerrera como las espadachinas que me guían. Me levantaré –tengo que– levantarme y arar los campos tan pronto como el bebé nazca.

Una vez yo salga de la casa, ¿cuál ave podría llamarme? ¿en cuál caballo podría alejarme? El matrimonio y el parto fortalecen a la espadachina, quien no es una empleada como Juana de Arco. Haz el trabajo de las mujeres; luego trabaja más, el cual también llegará a ser nuestro. Ningún marido mío dirá, «pude haber sido un baterista, pero tenía que pensar en mi esposa y los niños. Ya sabes cómo es». Nadie me apoya a costa de su propia aventura. Luego me amargo: nadie me apoya; no me aman lo suficiente como para que me apoyen. No soy una carga que la

triste envidia tiene que compensar cuando veo mujeres lo suficientemente amadas para ser apoyadas. Incluso ahora China envuelve doble atadura alrededor de mis pies.

Cuando la renovación urbana tumbó la lavandería de mis padres y pavimentó sobre nuestro suburbio para hacer un parqueadero, solo fantaseé con armas y cuchillos y no hice nada útil.

De los cuentos de hadas he aprendido exactamente quiénes son los enemigos. Los reconozco fácilmente –vestidos en traje de negocios con apariencia moderna de ejecutivos estadounidenses, cada jefe sesenta centímetros más alto de lo que soy e imposible de vernos frente a frente.

Una vez trabajé en una casa de suministros artísticos que vendía pinturas a los artistas. «Pide más de ese amarillo negro, ¿sí?» me dijo el jefe. «Es brillante, ¿cierto? Amarillo negro».

«No me gusta esa palabra», tenía que decirlo con mi vocecita de mala que no impacta. El jefe nunca se dignó a responder.

También trabajé en una asociación de promotores inmobiliarios. La industria de la construcción estaba planeando un banquete para los contratistas, comerciantes de propiedad inmobiliaria y revisores de bienes inmuebles. «¿Sabía que el restaurante que eligió para el banquete está siendo cerrado por una protesta de *CORE*<sup>5</sup> y el *NAACP*<sup>6</sup>?» me quejé.

«Por supuesto que sé». El jefe rio. «Es por eso que lo elegí».

«Me niego a escribir estas invitaciones» susurré, con una voz irreal.

Se recostó en su silla de cuero, presumiendo su gran barriga. Tomó su calendario y lentamente redondeó una fecha. «Se le será pagado hasta hoy» dijo. «Le enviaremos su cheque por correo».

Si tomaba la espada, que mi odio debe haber forjado en el aire, y lo destripaba, pondría color y arrugas en su camisa.

No son sólo los racistas estúpidos por los que tengo que hacer algo, también por los tiranos que por cualquier razón pueden negar a mi familia el trabajo y la comida. Mi trabajo es mi propia tierra.

Para vengar a mi familia, tendría que irrumpir y cruzar China para recuperar nuestra tierra de los comunistas; tendría que arrasarlo a lo largo de los Estados Unidos para recuperar la lavandería en Nueva York y la de California. Nadie en la historia ha conquistado y unido a Norteamérica y Asia. Como descendiente de los ochenta luchadores de vara, yo debería ser capaz de salir con confianza, marchar directamente en nuestra calle, irme ahora mismo. Hay trabajo por hacer, terreno para cubrir. Sin duda, los ochenta luchadores de vara, aunque invisibles, me seguirían y me guiarían y me protegerían, como es la costumbre de los antepasados.

O bien puede ser que estén descansando felices en China, sus espíritus dispersos entre los verdaderos chinos, y no empujándome con sus varas. No me debo sentir mal por no haberlo hecho tan bien como lo hizo la espadachina; después de todo, ningún ave me llamó, ningunos ancianos sabios me enseñaron. No tengo perlas mágicas, no hay visiones en el agua de la calabaza, ningún conejo saltará al fuego cuando estoy hambrienta. No me gustan los ejércitos.

---

<sup>5</sup> The Congress of National Equality (Congreso de la Igualdad Nacional).

<sup>6</sup> National Association for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color).

He buscado al ave. He visto nubes hacer alas de ángel puntiagudas que fluyen más allá del atardecer, pero se hacen pedazos en nubes. Una vez en una playa después de una larga caminata vi una gaviota, pequeña como un insecto. Y cuando corrí a contar el milagro que vi, antes de que pudiera sacar las palabras entendí que el pájaro era del tamaño de un insecto porque estaba lejos. Mi cerebro había perdido momentáneamente su percepción de profundidad. Estaba tan ansiosa por encontrar un pájaro no común.

Las noticias desde China han sido confusas. También tenía algo que ver con pájaros. Tenía nueve años cuando las cartas hicieron que mis padres, quienes son como piedras, lloraran. Mi padre gritaba en su reposo. Mi madre lloriqueaba y arrugaba las cartas. Ella les prendía fuego página por página en el cenicero, pero nuevas cartas llegaban casi todos los días. Las únicas cartas que ellos abrían sin miedo eran las que tenían bordes rojos, las cartas de días festivos no deben ser portadoras de malas noticias. Las otras cartas decían que a mis tíos los hicieron arrodillarse sobre vidrios rotos durante sus juicios y habían confesado ser los dueños de los terrenos. Todos fueron ejecutados y la tía a quien los pulgares retorcieron ella misma se ahogó. Otras tías, suegras y primos desaparecieron; algunos repentinamente empezaron a escribirnos nuevamente desde los pueblos o desde Hong Kong. Seguían pidiendo dinero. Los que estaban en esos pueblos tenían menos de un cuarto de litro de grasa y una taza de aceite a la semana, decían, y tenían que trabajar desde las 4am hasta las 9pm. Tuvieron que aprender a hacer la danza de los pañuelos rojos ondeantes; tenían que entonar frases sin sentido. Los comunistas les dieron hachas a las ancianas y les dijeron, «mátense. Ustedes son inútiles». Si nosotros, chinos en el extranjero solo enviáramos dinero al banco Comunista, nuestros parientes dirían, que solo podrían obtener un porcentaje de este para ellos. Las tías en Hong Kong pedían que les enviáramos dinero rápidamente; sus niños estaban mendigando en los andenes, y la gente mala les ponía basura en sus tazas.

Cuando sueño que soy un cable, hay una carta de correo aéreo en papel azul que cruza sobre el océano nocturno entre China y aquí. Esta debe llegar sin riesgos o mi abuela y yo nos perderemos la una a la otra.

Mis padres se sentían mal enviaran o no dinero. A veces se enfurecían con sus hermanos y hermanas por preguntar. Y no sólo preguntarían, sino que también tendrían que entretejer historias. Los revolucionarios habían tomado la tienda, la casa y las tierras de la cuarta tía y su esposo. Atacaron su casa, mataron al abuelo y su hija mayor. La abuela escapó con el dinero suelto y no regresó con ayuda. La cuarta tía alzó a sus hijos, uno debajo de cada brazo, y se escondió en la cochera de los cerdos, donde durmieron esa noche con ropa de algodón. Al día siguiente encontró a su marido, quien milagrosamente también se había escapado. Los dos recolectaban ramitas y ñames para vender mientras sus hijos mendigaban. Cada mañana ataban las astillas en cada una de sus espaldas. Nadie les compró. Comían ñames y algunas veces del arroz de los niños. Finalmente la cuarta tía vio lo que estaba mal. «Tenemos que gritar “combustible a la venta” y “ñames a la venta”, dijo. «No podemos solo andar de arriba abajo por la calle». «Tienes razón» dijo mi tío, pero él era tímido y caminaba detrás de ella. «Grita» mi tía ordenaba, pero él no podía. «Piensan que estamos cargando estos palos para nuestro propio

fuego» dijo ella. «Grita». Anduvieron desgraciadamente y silenciosamente hasta el atardecer, ninguno de ellos fue capaz de promocionar la venta. La cuarta tía, huérfana desde los diez años, igual que mi madre, lanzó su bulto a los pies de su esposo y lo regañó. «Muriendo de hambre, su esposa e hijos muriendo de hambre, y él maldito es muy tímido como para alzar su voz». Ella lo dejó de pie por su cuenta y tuvo miedo de regresar con las manos vacías. Se sentó debajo de un árbol a pensar, cuando vio un par de palomas en su nido. Tirando su bolsa de ñames, subió y atrapó a los pájaros. Ahí fue donde los comunistas lo atraparon, en el árbol. Le reprocharon por tomar la comida egoístamente para su propia familia y lo mataron, dejando su cuerpo en el árbol como ejemplo. Se llevaron a los pájaros a una cocina comunitaria para compartirlos.

Es confuso que mi familia no fuera pobre para ser defendida. Fueron ejecutados como los barones en las historias, cuando ellos no eran barones. Es confuso que las aves nos engañaran.

Los combates y asesinatos que he visto no han sido gloriosos, han ocurrido en los mugrientos barrios bajos. Peleé lo más durante el bachillerato y siempre lloré. Las peleas son confusas y sobre todo para quien las ha ganado. Los cadáveres que he visto habían sido enrollados y tirados, eran lamentables cuerpecitos sucios tapados con una tela caqui de la policía. Mi madre encerraba a sus hijos en la casa para que no pudiéramos ver a la gente muerta de los barrios bajos. Pero si veía noticias de un cuerpo, yo encontraría una manera de salir; tenía que aprender sobre la muerte si quería convertirme en una espadachina. Una vez encontraron a un hombre asiático apuñalado en la puerta del vecino, con palabras puestas sobre una tela y sujetadas al cadáver. Cuando la policía vino alrededor preguntando, mi padre dijo. «No leer japonés. Palabras japonesas. Yo chino».

También he buscado ancianos que pudiesen ser mis gurús. Un médium de cabello rojo me dijo que una chica que murió en un país lejano me persigue a cualquier lugar que voy. Este espíritu puede ayudarme si la reconozco, ella indicó. Entre la línea de la cabeza y la del corazón en mi mano derecha, dijo, tengo la cruz mística. Pude convertirme en una médium por mí misma. No quiero ser una médium. No quiero ser una malintencionada tomando en una cesta «las ofrendas» del público asustado, quienes, unos tras otros, preguntan a los espíritus cómo ganar más dinero de la renta, cómo curar sus toses o enfermedades de la piel, cómo encontrar trabajo. Y las artes marciales son para niñitos inseguros que dan patadas voladoras bajo las luces fluorescentes.

Ahora vivo donde hay chinos y japoneses, pero no emigrantes de mi propia aldea, mirándome como si yo les hubiera fallado. Vivir entre los propios aldeanos emigrantes puede dar gloria y un buen hogar a un chino lejos de China. «Ese viejo mayordomo realmente es un espadachín», susurramos cuando pasa, «él es un espadachín que mató a cincuenta. Él tiene una gran hacha en su armario». Pero soy inútil, una chica más que no pudo ser vendida. Cuando ahora visito a mi familia, envuelvo mis éxitos estadounidenses a mí alrededor como un chal íntimo; soy digna de comer los alimentos. Desde lejos puedo creer que mi familia me ama primordialmente. Ellos solo dicen «al pescar tesoros en la inundación, sé cuidadoso de no atrapar chicas», porque eso es lo que se dice sobre las hijas. Pero vi tantas palabras salir de las bocas de mi madre y mi padre; miré a sus pinturas de acuarela de gente pobre agarrando con largos

anzuelos las posesiones que flotaban de sus vecinos y empujando a sus niñas bebés al río. Y tuve que huir del rango fóbico. Leí en un libro de antropología que los chinos dicen «las chicas también son necesarias»; nunca he oído a los chinos que conozco hacer esta concesión. Quizás fue un dicho de otra aldea. Me rehúso a intimidarme en nuestro barrio chino, el cual me asigna una tarea según los dichos antiguos y las historias.

La espadachina y yo no somos tan distintas. Ojalá mi gente pueda entender pronto la semejanza para que yo pueda regresar con ellos. Lo que tenemos en común son las palabras que cargamos en nuestras espaldas. Las palabras para referirse a *venganza* son «declarar un crimen» y «declarar para cinco familias». La información es venganza –no la decapitación, no el destripamiento, sino las palabras. Y tengo tantas palabras –también palabras «achinadas» y «amarillas»– palabras despectivas que no encajan en mi piel.

## Leslie Marmon Silko (Laguna Pueblo)

### Yellow Woman

#### One

My thigh clung to his with dampness, and I watched the sun rising up through the tamaracks and willows. The small brown water birds came to the river and hopped across the mud, leaving brown scratches in the alkali-white crust. They bathed in the river silently. I could hear the water, almost at our feet where the narrow fast channel bubbled and washed green ragged moss and fern leaves. I looked at him beside me, rolled in the red blanket on the white river sand. I cleaned the sand out of the cracks between my toes, squinting because the sun was above the willow trees. I looked at him for the last time, sleeping on the white river sand.

I felt hungry and followed the river south the way we had come the afternoon before, following our footprints that were already blurred by lizard tracks and bug trails. The horses were still lying down, and the black one whinnied when he saw me but he did not get up—maybe it was because the corral was made out of thick cedar branches and the horses had not yet felt the sun like I had. I tried to look beyond the pale red mesas to the pueblo. I knew it was there, even if I could not see it, on the sandrock hill above the river, the same river that moved past me now and had reflected the moon last night.

The horse felt warm underneath me. He shook his head and pawed the sand. The bay whinnied and leaned against the gate trying to follow, and I remembered him asleep in the red blanket beside the river. I slid off the horse and tied him close to the other horse. I walked north with the river again, and the white sand broke loose in footprints over footprints.

"Wake up."

He moved in the blanket and turned his face to me with his eyes still closed. I knelt down to touch him.

"I'm leaving."

He smiled now, eyes still closed. "You are coming with me, remember?" He sat up now with his bare dark chest and belly in the sun.

"Where?"

"To my place."

"And will I come back?"

He pulled his pants on. I walked away from him, feeling him behind me and smelling the willows.

"Yellow Woman," he said.

I turned to face him. "Who are you?" I asked.

He laughed and knelt on the low, sandy bank, washing his face in the river. "Last night you guessed my name, and you knew why I had come."

I stared past him at the shallow moving water and tried to remember the night, but I could only see the moon in the water and remember his warmth around me.

"But I only said that you were him and that I was Yellow Woman—I'm not really her—I have my own name and I come from the pueblo on the other side of the mesa. Your name is Silva and you are a stranger I met by the river yesterday afternoon."

He laughed softly. "What happened yesterday has nothing to do with what you will do today, Yellow Woman."

"I know—that's what I'm saying—the old stories about the ka'tsina spirit and Yellow Woman can't mean us."

My old grandpa liked to tell those stories best. There is one about Badger and Coyote who went hunting and were gone all day, and when the sun was going down they found a house. There was a girl living there alone, and she had light hair and eyes and she told them that they could sleep with her. Coyote wanted to be with her all night so he sent Badger into a prairie-dog hole, telling him he thought he saw something in it. As soon as Badger crawled in, Coyote blocked up the entrance with rocks and hurried back to Yellow Woman.

"Come here," he said gently.

He touched my neck and I moved close to him to feel his breathing and to hear his heart. I was wondering if Yellow Woman had known who she was—if she knew that she would become part of the stories. Maybe she'd had another name that her husband and relatives called her so that only the ka'tsina from the north and the storytellers would know her as Yellow Woman. But I didn't go on; I felt him all around me, pushing me down into the white river sand.

Yellow Woman went away with the spirit from the north and lived with him and his relatives. She was gone for a long time, but then one day she came back and she brought twin boys.

"Do you know the story?"

"What story?" He smiled and pulled me close to him as he said this. I was afraid lying there on the red blanket. All I could know was the way he felt, warm, damp, his body beside me. This is the way it happens in the stories, I was thinking, with no thought beyond the moment she meets the ka'tsina spirit and they go.

"I don't have to go. What they tell in stories was real only then, back in time immemorial, like they say."

He stood up and pointed at my clothes tangled in the blanket. "Let's go," he said.

I walked beside him, breathing hard because he walked fast, his hand around my wrist. I had stopped trying to pull away from him, because his hand felt cool and the sun was high, drying the river bed into alkali. I will

see someone, eventually I will see someone, and then I will be certain that he is only a man—some man from nearby—and I will be sure that I am not Yellow Woman. Because she is from out of time past and I live now and I've been to school and there are highways and pickup trucks that Yellow Woman never saw.

It was an easy ride north on horseback. I watched the change from the cottonwood trees along the river to the junipers that brushed past us in the foothills, and finally there were only piñons, and when I looked up at the rim of the mountain plateau I could see pine trees growing on the edge. Once I stopped to look down, but the pale sandstone had disappeared and the river was gone and the dark lava hills were all around. He touched my hand, not speaking, but always singing softly a mountain song and looking into my eyes.

I felt hungry and wondered what they were doing at home now—my mother, my grandmother, my husband, and the baby. Cooking breakfast, saying, "Where did she go?—maybe kidnaped," and Al going to the tribal police with the details: "She went walking along the river."

The house was made with black lava rock and red mud. It was high above the spreading miles of arroyos and long mesas. I smelled a mountain smell of pitch and buck brush. I stood there beside the black horse, looking down on the small, dim country we had passed, and I shivered.

"Yellow Woman, come inside where it's warm."

## Two

He lit a fire in the stove. It was an old stove with a round belly and an enamel coffeepot on top. There was only the stove, some faded Navajo blankets, and a bedroll and cardboard box. The floor was made of smooth adobe plaster, and there was one small window facing east. He pointed at the box.

"There's some potatoes and the frying pan." He sat on the floor with his arms around his knees pulling them close to his chest and he watched me fry the potatoes. I didn't mind him watching me because he was always watching me—he had been watching me since I came upon him sitting on the river bank trimming leaves from a willow twig with his knife. We ate from the pan and he wiped the grease from his fingers on his Levis.

"Have you brought women here before?" He smiled and kept chewing, so I said, "Do you always use the same tricks?"

"What tricks?" He looked at me like he didn't understand.

"The story about being a ka'tsina from the mountains. The story about Yellow Woman."

Silva was silent; his face was calm.

"I don't believe it. Those stories couldn't happen now," I said.

He shook his head and said softly, "But someday they will talk about us, and they will say, 'Those two lived long ago when things like that happened.'"



He stood up and went out. I ate the rest of the potatoes and thought about things—about the noise the stove was making and the sound of the mountain wind outside. I remembered yesterday and the day before, and then I went outside.

I walked past the corral to the edge where the narrow trail cut through the black rim rock. I was standing in the sky with nothing around me but the wind that came down from the blue mountain peak behind me. I could see faint mountain images in the distance miles across the vast spread of mesas and valleys and plains. I wondered who was over there to feel the mountain wind on those sheer blue edges—who walks on the pine needles in those blue mountains.

"Can you see the pueblo?" Silva was standing behind me.

I shook my head. "We're too far away."

"From here I can see the world." He stepped out on the edge. "The Navajo reservation begins over there." He pointed to the east. "The Pueblo boundaries are over here." He looked below us to the south, where the narrow trail seemed to come from. "The Texans have their ranches over there, starting with that valley, the Concho Valley. The Mexicans run some cattle over there too."

"Do you ever work for them?"

"I steal from them," Silva answered. The sun was dropping behind us and shadows were filling the land below. I turned away from the edge that dropped forever into the valleys below.

"I'm cold," I said; "I'm going inside." I started wondering about this man who could speak the Pueblo language so well but who lived on a mountain and rustled cattle. I decided that this man Silva must be Navajo, because Pueblo men didn't do things like that.

"You must be a Navajo."

Silva shook his head gently. "Little Yellow Woman," he said, "you never give up, do you? I have told you who I am. The Navajo people know me, too." He knelt down and unrolled the bedroll and spread the extra blankets out on a piece of canvas. The sun was down, and the only light in the house came from outside—the dim orange light from sundown.

I stood there and waited for him to crawl under the blankets.

"What are you waiting for?" he said, and I lay down beside him. He undressed me slowly like the night before beside the river—kissing my face gently and running his hands up and down my belly and legs. He took off my pants and then he laughed.

"Why are you laughing?"

"You are breathing so hard."

I pulled away from him and turned my back to him.

He pulled me around and pinned me down with his arms and chest. "You don't understand, do you, little Yellow Woman? You will do what I want."

And again he was all around me with his skin slippery against mine, and I was afraid because I understood that his strength could hurt me. I lay

underneath him and I knew that he could destroy me. But later, while he slept beside me, I touched his face and I had a feeling—the kind of feeling for him that overcame me that morning along the river. I kissed him on the forehead and he reached out for me.

When I woke up in the morning he was gone. It gave me a strange feeling because for a long time I sat there on the blankets and looked around the little house for some object of his—some proof that he had been there or maybe that he was coming back. Only the blankets and the cardboard box remained. The .30-30 that had been leaning in the corner was gone, and so was the knife I had used the night before. He was gone, and I had my chance to go now. But first I had to eat, because I knew it would be a long walk home.

I found some dried apricots in the cardboard box, and I sat down on a rock at the edge of the plateau rim. There was no wind and the sun warmed me. I was surrounded by silence. I drowsed with apricots in my mouth, and I didn't believe that there were highways or railroads or cattle to steal.

When I woke up, I stared down at my feet in the black mountain dirt. Little black ants were swarming over the pine needles around my foot. They must have smelled the apricots. I thought about my family far below me. They would be wondering about me, because this had never happened to me before. The tribal police would file a report. But if old Grandpa weren't dead he would tell them what happened—he would laugh and say, "Stolen by a ka'tsina, a mountain spirit. She'll come home—they usually do." There are enough of them to handle things. My mother and grandmother will raise the baby like they raised me. Al will find someone else, and they will go on like before, except that there will be a story about the day I disappeared while I was walking along the river. Silva had come for me; he said he had. I did not decide to go. I just went. Moonflowers blossom in the sand hills before dawn, just as I followed him. That's what I was thinking as I wandered along the trail through the pine trees.

It was noon when I got back. When I saw the stone house I remembered that I had meant to go home. But that didn't seem important any more, maybe because there were little blue flowers growing in the meadow behind the stone house and the gray squirrels were playing in the pines next to the house. The horses were standing in the corral, and there was a beef carcass hanging on the shady side of a big pine in front of the house. Flies buzzed around the clotted blood that hung from the carcass. Silva was washing his hands in a bucket full of water. He must have heard me coming because he spoke to me without turning to face me.

"I've been waiting for you."

"I went walking in the big pine trees."

I looked into the bucket full of bloody water with brown-and-white animal hairs floating in it. Silva stood there letting his hand drip, examining me intently.

"Are you coming with me?"

"Where?" I asked him.

"To sell the meat in Marquez."

"If you're sure it's O.K."

"I wouldn't ask you if it wasn't," he answered.

He sloshed the water around in the bucket before he dumped it out and set the bucket upside down near the door. I followed him to the corral and watched him saddle the horses. Even beside the horses he looked tall, and I asked him again if he wasn't Navajo. He didn't say anything; he just shook his head and kept cinching up the saddle.

"But Navajos are tall."

"Get on the horse," he said, "and let's go."

The last thing he did before we started down the steep trail was to grab the .30-30 from the corner. He slid the rifle into the scabbard that hung from his saddle.

"Do they ever try to catch you?" I asked.

"They don't know who I am."

"Then why did you bring the rifle?"

"Because we are going to Marquez where the Mexicans live."

### Three

The trail leveled out on a narrow ridge that was steep on both sides like an animal spine. On one side I could see where the trail went around the rocky gray hills and disappeared into the southeast where the pale sandrock mesas stood in the distance near my home. On the other side was a trail that went west, and as I looked far into the distance I thought I saw the little town. But Silva said no, that I was looking in the wrong place, that I just thought I saw houses. After that I quit looking off into the distance; it was hot and the wildflowers were closing up their deep-yellow petals. Only the waxy cactus flowers bloomed in the bright sun, and I saw every color that a cactus blossom can be; the white ones and the red ones were still buds, but the purple and the yellow were blossoms, open full and the most beautiful of all.

Silva saw him before I did. The white man was riding a big gray horse, coming up the trail toward us. He was traveling fast and the gray horse's feet sent rocks rolling off the trail into the dry tumbleweeds. Silva motioned for me to stop and we watched the white man. He didn't see us right away, but finally his horse whinnied at our horses and he stopped. He looked at us briefly before he loped the gray horse across the three hundred yards that separated us. He stopped his horse in front of Silva, and his young fat face was shadowed by the brim of his hat. He didn't look mad, but his small, pale eyes moved from the blood-soaked gunny sacks hanging from my saddle to Silva's face and then back to my face.

"Where did you get the fresh meat?" the white man asked.

"I've been hunting," Silva said, and when he shifted his weight in the saddle the leather creaked.

"The hell you have, Indian. You've been rustling cattle. We've been looking for the thief for a long time."

The rancher was fat, and sweat began to soak through his white cowboy shirt and the wet cloth stuck to the thick rolls of belly fat. He almost seemed to be panting from the exertion of talking, and he smelled rancid, maybe because Silva scared him.

Silva turned to me and smiled. "Go back up the mountain, Yellow Woman."

The white man got angry when he heard Silva speak in a language he couldn't understand. "Don't try anything, Indian. Just keep riding to Marquez. We'll call the state police from there."

The rancher must have been unarmed because he was very frightened and if he had a gun he would have pulled it out then. I turned my horse around and the rancher yelled, "Stop!" I looked at Silva for an instant and there was something ancient and dark—something I could feel in my stomach—in his eyes, and when I glanced at his hand I saw his finger on the trigger of the .30-30 that was still in the saddle scabbard. I slapped my horse across the flank and the sacks of raw meat swung against my knees as the horse leaped up the trail. It was hard to keep my balance, and once I thought I felt the saddle slipping backward; it was because of this that I could not look back.

I didn't stop until I reached the ridge where the trail forked. The horse was breathing deep gasps and there was a dark film of sweat on its neck. I looked down in the direction I had come from, but I couldn't see the place. I waited. The wind came up and pushed warm air past me. I looked up at the sky, pale blue and full of thin clouds and fading vapor trails left by jets.

I think four shots were fired—I remember hearing four hollow explosions that reminded me of deer hunting. There could have been more shots after that, but I couldn't have heard them because my horse was running again and the loose rocks were making too much noise as they scattered around his feet.

Horses have a hard time running downhill, but I went that way instead of uphill to the mountain because I thought it was safer. I felt better with the horse running southeast past the round gray hills that were covered with cedar trees and black lava rock. When I got to the plain in the distance I could see the dark green patches of tamaracks that grew along the river; and beyond the river I could see the beginning of the pale sandrock mesas. I stopped the horse and looked back to see if anyone was coming; then I got off the horse and turned the horse around, wondering if it would go back to its corral under the pines on the mountain. It looked back at me for a moment and then plucked a mouthful of green tumbleweeds before it trotted back up the trail with its ears pointed forward, carrying its head daintily to one side to avoid stepping on the dragging reins. When the horse disappeared over the last hill, the gunny sacks full of meat were still swinging and bouncing.

#### Four

I walked toward the river on a wood-hauler's road that I knew would eventually lead to the paved road. I was thinking about waiting beside the road for someone to drive by, but by the time I got to the pavement I had decided it wasn't very far to walk if I followed the river back the way Silva and I had come.

The river water tasted good, and I sat in the shade under a cluster of silvery willows. I thought about Silva, and I felt sad at leaving him; still, there was something strange about him, and I tried to figure it out all the way back home.

I came back to the place on the river bank where he had been sitting the first time I saw him. The green willow leaves that he had trimmed from the branch were still lying there, wilted in the sand. I saw the leaves and I wanted to go back to him—to kiss him and to touch him—but the mountains were too far away now. And I told myself, because I believe it, he will come back sometime and be waiting again by the river.

I followed the path up from the river into the village. The sun was getting low, and I could smell supper cooking when I got to the screen door of my house. I could hear their voices inside—my mother was telling my grandmother how to fix the Jell-o and my husband, Al, was playing with the baby. I decided to tell them that some Navajo had kidnaped me, but I was sorry that old Grandpa wasn't alive to hear my story because it was the Yellow Woman stories he liked to tell best.

#### "Works Cited" Entry:

**Silko, Leslie Marmon. "Yellow Woman." 1974. Rpt. in *Nothing But the Truth: An Anthology of Native American Literature*. Edited by John L. Purdy and James Ruppert. Upper Saddle River, NJ: Prentice Hall, 2001. 367-74.**

## MUJER AMARILLA

Leslie Marmon Silko

**Traducción: Eliana Torres.**

**Edición: Juliana Borrero.**

### Uno

Mi muslo se adhería a su humedad y yo miraba el sol levantándose a través de los alerces y sauces. Los pajaritos cafés vinieron el río y brincaron a través de lodo, dejando arañazos cafés en la corteza del álcali blanco. Se bañaron silenciosamente en el río. Pude oír el agua, casi en nuestros pies donde el estrecho y veloz canal burbujeaba y lavaba desigual el musgo verde y las hojas de helecho. Lo vi junto a mí, envuelto en la cobija roja sobre la arena blanca. Limpié la arena de entre los dedos de mis pies, entrecerrando los ojos ya que el sol pasaba sobre los sauces. Lo miré por última vez, durmiendo sobre la arena blanca.

Tenía hambre y seguí la ribera por el sur, la ruta por la que habíamos venido la tarde anterior, siguiendo nuestras pisadas que ya casi estaban difuminadas por el rastro de las lagartijas y el recorrido de los insectos. Los caballos aún estaban postrados y el negro relinchó cuando me vio pero no se levantó —de pronto porque el corral estaba construido de ramas gruesas de cedro y los caballos aún no habían sentido el sol como yo. Intenté mirar más allá de las mesetas rojo pálido al Pueblo. Sabía que estaba ahí aunque no podía verlo, sobre la colina de piedra arenisca por encima del río, el mismo que ahora pasó a mi lado y que anoche había reflejado la luna.

El caballo se acaloró debajo de mí. Agitó su cabeza y manoteó sobre la arena. El alazán relinchó y se apoyó contra el portón intentando seguirnos, y lo recordé a él dormido en la cobija roja junto al río. Me deslicé del caballo y lo amarré cerca al otro. Caminé nuevamente hacia el norte por la rivera, y la arena blanca se disipó en huellas sobre huellas.

«Despierta».

El hombre se movió entre la cobija y volvió su rostro hacia mí con los ojos aún cerrados. Me arrodillé para acariciarlo.

«Me voy».

Ahora sonrió, aún con los ojos cerrados. «Vienes conmigo, ¿recuerdas?». Ahora se enderezó con su pecho moreno descubierto al sol.

«¿A dónde?»

«A mi casa»

«¿Y regresaré?»

Él se puso los pantalones. Me alejé de él, sintiéndolo detrás de mí y oliendo los sauces.

«Mujer Amarilla», dijo.

Me volteeé para mirarlo a la cara. «¿Quién eres?» pregunté.

Se rio y se arrodilló en la ribera arenosa, lavando su rostro en el río. «Anoche adivinaste mi nombre y supiste por qué había venido».

Fijé los ojos en el agua moviéndose, más allá de él e intenté recordar la noche pero solo pude ver el reflejo de la luna en el agua y recordar su calor a mi alrededor.

«Pero solamente dije que tú eras él y yo era la Mujer Amarilla —en realidad no soy ella— tengo mi propio nombre y vengo del Pueblo, del otro lado de la meseta. Tu nombre es Silva y eres un forastero que ayer en la tarde conocí en el río».

Él se rio suavemente. «Lo que paso ayer no tiene nada que ver con lo que harás hoy, Mujer Amarilla».

«Ya sé —es lo que estoy diciendo— los viejos relatos sobre el espíritu kachina y la Mujer Amarilla no se refieren a nosotros»

A mi abuelo le gustaba mucho narrar esas historias. Existe una acerca de Tejón y Coyote quienes fueron todo el día a cazar, y cuando el sol estaba cayendo encontraron una casa. Había una chica viviendo sola allí, y tenía cabello y ojos claros, y ella les dijo que podrían dormir con ella. Coyote quería estar con ella toda la noche entonces mandó a Tejón a la madriguera de un perro de la pradera, diciéndole que pensaba que había visto algo ahí. Tan pronto como Tejón se arrastró, Coyote obstruyó la entrada con piedras grandes y se regresó rápidamente a donde la Mujer Amarilla.

«Ven aquí», dijo él suavemente.

Tocó mi cuello y me acerqué a él para sentir su respiración y escuchar su corazón. Me preguntaba si la Mujer Amarilla sabía quién era —si sabía que sería parte de esas leyendas. Tal vez había tenido otro nombre con el que su esposo y parientes la llamaban así que solo el kachina del

norte y los contadores de historias la llamarían Mujer Amarilla. Pero no continué; lo sentí a mí alrededor, derribándome hacia la blanca arena.

La Mujer Amarilla se alejó con el espíritu del norte y vivió con él y sus parientes. Se fue por un tiempo largo, pero entonces un día regresó trayendo consigo dos gemelos.

«¿Conoces la historia?»

«¿Qué historia?» sonrió y me haló cerca de él mientras decía esto. Estaba asustada, recostada sobre la cobija roja. Todo lo que pude reconocer fue la forma en la que él se sentía, su cuerpo junto al mío cálido, húmedo. Esta es la forma en la que ocurre en las historias, meditaba, sin pensar más allá del momento en el que ella conoce al espíritu kachina y se van.

«No me tengo que ir. Lo que ellos cuentan en las narraciones solo fue real entonces, de regreso a tiempos inmemoriales, como dicen».

Él se levantó y señaló mis ropas enredadas en la cobija. «Vámonos», dijo.

Caminé a su lado, respirando fuerte porque él caminaba rápido, su mano alrededor de mi muñeca. Me había detenido intentando alejarme de él, porque su mano se sentía fresca y el sol estaba alto, secando el lecho del río en álcali. Veré a alguien, finalmente veré a alguien y entonces estaré segura de que solo es un hombre –un hombre de un lugar cercano– y estaré segura de que no soy la Mujer Amarilla. Porque ella viene del pasado y yo vivo ahora y he ido al colegio y hay autopistas y camionetas que la Mujer Amarilla nunca conoció.

Fue una cabalgata fácil hacia el norte. Observé el cambio desde los álamos a lo largo del río hasta los arbustos de enebros que de pasada en la ladera nos rozaban, y finalmente solo hubo piñones, y cuando miramos hacia la cima del borde de la meseta, pude ver pinos creciendo en la orilla. Una vez me detuve para mirar hacia abajo, la pálida arenisca había desaparecido y el río ya no se veía y las colinas de lava oscura estaban por todas partes. Él tocó mi mano, sin hablar, pero siempre cantando suavemente una canción de la montaña y mirando a mis ojos.

Me dio hambre y me pregunté qué estarían haciendo ahora en mi casa –mi madre, mi abuela, mi esposo, y el bebé. Preparando el desayuno, diciendo «¿A dónde se fue? –tal vez está secuestrada», y Al yendo a la policía tribal con detalles: «se fue caminando a lo largo del río».

La casa estaba hecha de rocas de lava negra y lodo rojo. Estaba localizada en un lugar alto sobre kilómetros de arroyos y largas mesetas. Sentí un olor de montaña a campo y arbustos ceanotos. Me paré junto al caballo negro, mirando hacia abajo a la pequeña, tenue región que habíamos pasado, y temblé.



«Mujer Amarilla, entra que aquí está cálido».

## **Dos**

Él encendió la estufa. Era una vieja estufa de vientre redondo y una cafetera esmaltada encima. Había solo la estufa, algunas cobijas Navajo descoloridas, una estera enrollada y una caja de cartón. El piso estaba hecho de un suave abobe de yeso, y había solo una pequeña ventana ubicada al oriente. Él señaló la caja.

«Hay papas y un sartén». Se sentó en el suelo abrazando sus rodillas hacia su pecho y me miró fritar las papas. No me importaba que él me mirara porque siempre estaba mirándome –había estado mirándome desde que me lo encontré sentado en la orilla del río pelando con un cuchillo las hojas de una ramita de sauce. Comimos del sartén y él sé limpió los dedos sobre el jean.

«¿Has traído mujeres a aquí antes?». Sonrió y siguió masticando, entonces dije «¿Siempre usas los mismos trucos?».

«¿Qué trucos?». Me miró como si no entendiera.

«La historia sobre ser un kachina de las montañas. La historia de la Mujer Amarilla».

Silva se quedó callado; su rostro estaba tranquilo.

«No lo creo. Esas historias ahora no podrían suceder» dije.

Sacudió su cabeza y dijo suavemente, «pero algún día hablarán de nosotros y dirán “esos dos vivieron hace mucho tiempo cuando cosas como esas ocurrían”».

Él se levantó y salió. Me comí el resto de papas y me puse a pensar... en el ruido que la estufa estaba haciendo y el sonido del viento de la montaña afuera. Recordé el día de ayer y el anterior, y luego salí.

Caminé pasado el corral hasta el borde donde el sendero angosto atraviesa entre el borde negro de la roca. Me sentí parada frente al cielo sin nada a mi alrededor, excepto el viento que descendía del pico azul de la montaña tras de mí. Pude ver imágenes borrosas de montañas a kilómetros de distancia a través de la vasta extensión de mesetas y valles y llanuras. Me preguntaba quién estaba allí para sentir el viento de la montaña en esos riscos azules –quién camina sobre las agujas de pinos en esas montañas azules.

«¿Puedes ver el Pueblo?» Silva estaba detrás de mí.

Sacudí mi cabeza. «Estamos demasiado lejos».

«Desde aquí puedo ver el mundo». Él dio un paso hacia el risco. «La reserva Navajo inicia allá». Apuntó hacia al oriente. «Los límites del territorio Pueblo están aquí». Miró debajo de nosotros hacia el sur, de donde parecía provenir el sendero angosto. «Los texanos tienen sus ranchos allí, donde empieza ese valle, el valle Concho. Los mexicanos arrear ganado por allá también.»

«¿Alguna vez trabajas para ellos?»

«Yo les robo» respondió Silva. El sol estaba cayendo detrás de nosotros y las sombras fueron cubriendo la tierra debajo de nosotros. Me alejé del risco que se asomaba a los valles bajos como un abismo.

«Tengo frío», dije; «me voy a entrar». Empecé a dudar de este hombre que podía hablar muy bien la lengua pueblo pero vivía en una montaña y robaba ganado. Determiné que este hombre debía ser Navajo, porque los hombres de Pueblo no hacen cosas como esas.

«Tú debes ser un Navajo.»

Silva sacudió suavemente la cabeza. «Mujercita Amarilla, nunca te rindes, ¿cierto? Te dije quién soy. Los Navajo también me conocen» dijo. Se arrodilló y desenrolló la bolsa de dormir y extendió cobijas adicionales sobre un pedazo de estera. El sol había caído, y la única luz en la casa venía de afuera –la tenue luz naranja del atardecer.

Me quedé allí parada y esperé a que él se deslizara bajo las cobijas.

«¿Qué estás esperando?» dijo, y me acosté al su lado. Me desvistió lentamente como la noche anterior al lado del río –besando suavemente mi rostro y recorriendo mi vientre y piernas de arriba abajo con sus manos. Me quitó el pantalón y se rio.

«¿Por qué te ríes?»

«Estás respirando muy fuerte.»

Me alejé de él y le di la espalda.

Él me dio la vuelta y me derribó, sosteniéndome con sus brazos y pecho. «Tú no entiendes, ¿verdad, Mujercita Amarilla? Harás lo que yo quiera».

Y nuevamente él estaba encima mío, con su piel resbaladiza contra la mía, y yo tenía miedo porque entendí que su fuerza podía herirme. Estaba acostada debajo de él y supe que podía destrozarme. Pero después, mientras dormía a mi lado, toqué su rostro y tuve una sensación –el

tipo de sensación por él que me hizo rendir esa mañana junto al río. Lo besé en la frente y él se acercó a mí.

Cuando me desperté en la mañana, él se había ido. Eso me causó una extraña sensación porque durante un largo tiempo me senté sobre las cobijas y busqué alrededor de la casita algún objeto suyo –alguna prueba de que él hubiera estado allí o quizás de que fuera a regresar. Solo las cobijas y la caja de cartón permanecían. El Winchester .30-30 que había estado recostado en la esquina no estaba, y tampoco el cuchillo que usé la noche anterior. Él había desaparecido, y ahora tenía la oportunidad de irme. Pero primero debía comer, porque sabía que sería un largo camino a casa.

Encontré algunos albaricoques secos en la caja de cartón, y me senté en una piedra a la orilla de la meseta. No había viento y el sol me calentaba. Me rodeaba el silencio. Dormité con albaricoques en la boca. Y no creí que hubiera autopistas o ferrocarriles o ganado para robar.

Cuando desperté, me quedé mirando mis pies en la tierra negra de la montaña. Hormiguitas negras se movían en manada sobre las agujas de pinos alrededor de mis pies. Debieron haber olido los albaricoques. Pensé en mi familia abajo en el valle. Estarían preguntándose por mí porque esto nunca me había sucedido antes. La policía tribal presentaría una denuncia. Pero si el viejo abuelo no estuviera muerto les contaría lo que sucedió –se reiría y diría «Robada por un kachina, un espíritu de la montaña. Ella regresará a casa –usualmente lo hacen». Hay suficientes de ellos para tratar las cosas. Mi madre y mi abuela criarán al bebé como me criaron a mí. Al encontrará a alguien más, y ellos seguirán como antes, excepto que habrá una historia sobre el día que desaparecí mientras caminaba a lo largo del río. Silva había venido por mí, eso fue lo que dijo. No fue mi decisión ir. Solo lo seguí. Flores nocturnas retoñaban en los montes de arena antes del amanecer, a medida que yo lo seguía. Eso era lo que estaba pensando mientras recorría el sendero entre los pinos.

Era medio día cuando regresé. Cuando vi la casa de piedra recordé que mi intención había sido volver a mi propia casa. Pero eso no parecía importar más, quizás porque había florecitas azules creciendo en el prado detrás de la casa de piedra y las ardillas grises estaban jugando en los pinos junto a la casa. Los caballos estaban en el corral, y había el cadáver de una res colgado en la sombra de un gran pino frente a la casa. Las moscas zumbaban alrededor de la sangre coagulada que escurría del cadáver. Silva se lavaba las manos en un balde lleno de agua. Debió haberme oído venir porque me habló sin voltear a mirarme.

«He estado esperándote».

«Salí a caminar entre los grandes pinos».

Miré al balde lleno de agua ensangrentada con pelos de animal blancos y cafés flotando en él. Silva se quedó ahí dejando sus manos gotear, examinándome atentamente.

«¿Vienes conmigo?»

«¿A dónde?» le pregunté.

«A vender la carne en Márquez».

«Si quieres».

«No preguntaría si no fuera así», respondió.

Chapoteó el agua en el balde después la tiró y colocó el balde boca abajo cerca a la puerta. Lo seguí hasta el corral y lo miré ensillar los caballos. Incluso al lado de los caballos se veía alto, y le pregunté nuevamente si no era Navajo. No dijo nada; solo agitó su cabeza y siguió encinchando la silla.

«Pero los Navajos son altos».

«Súbete al caballo y vámonos» dijo.

Lo último que él hizo antes de que empezáramos el sendero empinado fue agarrar el Winchester .30-30 de la esquina. Deslizó el rifle en la vaina que colgaba de su silla.

«¿Han intentado atraparte?» pregunté.

«Ellos no saben quién soy».

«¿Entonces por qué trajiste el rifle?»

«Porque vamos a Márquez, donde viven los mexicanos».

## **Tres**

El sendero se niveló en una cresta estrecha que era empinada en ambos lados, como la columna de un animal. En un lado podía ver como el sendero le daba la vuelta a las colinas y desaparecía hacia el suroriente, donde las pálidas mesetas de piedra de arena permanecían en la distancia, cerca de mi casa. Del otro lado había un camino que iba al occidente, y cuando observé lejos a la distancia pensé que veía el pequeño poblado. Pero Silva dijo que no, que yo estaba observando el lugar equivocado, que yo solo pensaba que veía casas. Después que dejé de mirar a lo lejos; hacía calor y las flores silvestres cerraban sus pétalos amarillo intenso. Solo las flores cerosas de cactus

florejaban en el sol brillante, y vi todos los colores que una flor de cactus puede poseer; las blancas y las rojas aún eran capullos, pero las moradas y las amarillas eran flores abiertas por completo y las más hermosas de todas.

Silva lo miró antes que yo. El hombre blanco montaba un gran caballo moro, ascendía camino hacia nosotros. Estaba desplazándose rápido y de las patas del caballo moro rebotaban piedras afuera del camino hacia las nubes del desierto<sup>1</sup>. Silva me hizo señas para que me detuviera y observamos al hombre blanco. Él no nos vio de inmediato, pero finalmente su caballo relinchó a nuestros caballos y no siguió cabalgando. Nos miró brevemente antes de galopar al caballo gris a través de los casi trecientos metros que nos separaban. Paró a su caballo frente a Silva, y su cara joven y gorda estaba ensombrecida por el ala de su sombrero. No parecía estar enojado, pero sus pequeños y pálidos ojos se movieron desde el ensangrentado costal que colgaba de mi silla hasta la cara de Silva y después de regreso a mi cara.

«¿Dónde consiguieron esa carne fresca?» el hombre blanco preguntó.

«He estado cazando» dijo Silva, y cuando se movió su peso en la silla, el cuero crujió.

«No se haga el imbécil, indio. Ha estado robando ganado. Hemos estado buscando al ladrón desde hace un tiempo».

El rancho era gordo, el sudor empezaba a empapar su blanca camisa de vaquero y la tela mojada se pegaba en los gruesos rollos de su barriga. Parecía estar jadeando por el esfuerzo de hablar, y olía rancio, de pronto porque Silva lo asustaba.

Silva volteó hacia mí y sonrió. «Vuelve a subir a la montaña, Mujer Amarilla».

El hombre blanco se enfureció cuando escuchó a Silva hablar en una lengua que él no podía entender. «No intente nada indio. Solo siga cabalgando hasta Márquez. Llamaremos a la policía estatal desde allá».

El rancho debía estar desarmado porque estaba muy asustado y si tuviera un arma la habría sacado. Le di vuelta a mi caballo y el rancho gritó «¡quieta!». Miré a Silva por un instante y había algo oscuro y ancestral en sus ojos –algo que podía sentir en mi estómago– y cuando ojeé sus manos vi su dedo en el gatillo del Winchester .30-30 que aún estaba en la vaina de la silla. Di una palmada a mi caballo en el costado y el saco de carne cruda se balanceó contra mis rodillas a medida que el caballo subía galopando por el sendero. Fue difícil mantener el equilibrio, y una vez creí sentir la silla deslizándose hacia atrás; fue por eso que no pude mirar de vuelta.

---

<sup>1</sup> Nota de la traductora: las nubes del desierto también son conocidas como plantas rodadoras del desierto.

No me detuve hasta que llegué a la cima donde el sendero se bifurcaba. El caballo jadeaba profundamente y había una película oscura de sudor en su cuello. Bajé la mirada a la dirección de la que había venido, pero no podía ver el lugar. Esperé. El viento subió e hizo a un lado el aire tibio. Admiré el cielo azul pálido, lleno de finas nubes y caminos de vapor desvaneciéndose dejados por los jets.

Creo que dispararon cuatro veces –recuerdo escuchar cuatro explosiones huecas que me recordaron la caza de venado. Pudo haber habido más disparos después de eso, pero pude no haberlos oído porque mi caballo estaba galopando nuevamente y el rebote de las piedras hacía mucho ruido al dispersarse alrededor de sus patas.

Los caballos tienen dificultades al correr cuesta abajo, pero fui en esa dirección en lugar de cuesta arriba a las montañas porque creí que era más seguro. Me sentí mejor con el caballo galopando al suroriente pasadas las colinas grises y redondas que estaban cubiertas por cedros y piedras de lava negra. Cuando llegué a la llanura a lo lejos pude ver parches verdes oscuro de alerces que crecían a lo largo del río; y más allá del río pude ver el inicio de las pálidas mesetas de piedra de arena. Detuve el caballo y miré hacia atrás por si alguien venía; luego me bajé y lo giré preguntándome si regresaría a su corral bajo los pinos en la montaña. Me miró por un momento y después arrancó un bocado de nubes del desierto que no están secas antes de que trotara de regreso al sendero, con sus orejas señalando hacia adelante, sosteniendo delicadamente su cabeza hacia un lado para evitar pisar las riendas que se arrastraban. Cuando el caballo desapareció sobre la última colina, el costal lleno de carne aún se balanceaba y rebotaba.

## **Cuatro**

Caminé hacia el río sobre un camino de transporte de madera que yo sabía que eventualmente conduciría a una carretera pavimentada. Pensaba en esperar al lado del camino a que pasara un carro para que me llevara, pero para el momento que llegué a la autopista decidí que no era tan lejos ir caminando si continuaba de regreso por la ribera del río, por el camino que Silva y yo habíamos llegado.

El agua del río sabía bien, y yo me senté bajo la sombra de un grupo de sauces plateados. Pensé en Silva, y me sentí triste de dejarlo; aún, había algo extraño sobre él, y traté de descifrarlo durante todo el camino de regreso a casa.

Me devolví al lugar en la ribera del río donde él había estado sentado la primera vez que lo vi. Las hojas verdes que él había cortado de la rama del sauce todavía estaban ahí, marchitas sobre la arena. Vi las hojas y quise regresar con él –besarlo y tocarlo– pero las montañas ya estaban demasiado lejos. Y me dije a mí misma, porque lo creo, que él volverá algún día y estará esperándome junto al río.

Seguí por el camino del río hacia el pueblo. El sol estaba bajando, y pude oler la cena en el fogón cuando llegué a la puerta mosquitera de mi casa. Pude oír sus voces adentro –mi madre le estaba diciendo a mi abuela cómo preparar la gelatina y mi esposo, Al, estaba jugando con el bebé. Decidí contarles que un Navajo me había raptado, pero lamentaba que el viejo abuelo no estuviera vivo para escuchar mi historia porque las historias de la Mujer Amarilla eran las que más le gustaba narrar.